



Parte 1

LA NOVIA *Falsa* DEL
MULTIMILLONARIO
SIERRA ROSE

La novia falsa del multimillonario -

Libro 1

Sierra Rose

Rebecca es una aspirante a actriz que se mete en un gran lío cuando, en una fiesta, se ve acosada por un grupo de ricachonas, y decide que la mejor forma de hacer que se callen es haciéndose pasar por novia del multimillonario que organiza la fiesta. Pero lo mejor está por llegar cuando el multimillonario sigue el juego... y hace a Rebecca una proposición que no podrá rechazar.

“La novia falsa del multimillonario - Libro 1”

Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com

Traducido por Marah Villaverde

Diseño de portada © 2016 Book Cover By Design

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

Página de Titulo

Página de Copyright

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 1

La mañana era de una claridad cristalina, y yo volaba mientras el amanecer teñía el cielo de rosa. Las nubes se deshacían suavemente entre mis dedos. Cogí velocidad y dejé que mi larga melena ondeara al viento, mientras mi corazón se acompasaba en un latido tranquilo y regular. Ahí arriba, nada podía tocarme. Nada ni nadie podía encontrarme.

Cerré los ojos, y una cálida sonrisa asomó a mi rostro.

Esta vez no iba a bajar. Encontraría mi paraíso. Encontraría mi paz.

Hasta que...

Mil gritos desgarraron los cielos, y se desató una lluvia de fuego. Me tapé la cabeza e intenté volver al suelo, pero ya sabía lo que iba a suceder.

El dragón ya había atacado antes muchas veces.

Me hice un ovillo para esquivar las nubes humeantes. Evité los calientes chorros mortales pero, en un momento, la bestia estaba sobre mí. ¡Y era ENORME! Los ojos se me pusieron como platos. Miré hacia arriba aterrorizada, muerta de miedo. El monstruo abrió la boca; casi parecía sonreírme. Pero,

justo cuando inhaló el último aliento antes de aniquilarme de una vez por todas...

...se convirtió en un puzzle y se diluyó en un millón de piezas.

—Espera... ¿qué?

Hice un tremendo esfuerzo por abrir los ojos y, bizqueando, miré al techo, del que caían pequeñas partículas de polvo y yeso. Un previsible *bump* repiqueteó en las vigas, y me tapé la cara con un gruñido. La señora Wakowski iba a empezar su clase de Zumba más temprano de lo habitual. Mi alarma aún no había sonado.

Lo hizo en ese momento.

— *Vas a llegar tarde otra vez. Tonta, irresponsable. Vas a llegar tarde.*

Hablando del rey de Roma. El despertador repetía las mismas frases una y otra vez. Lo golpeé y maldije, una vez más, a las fuerzas cósmicas que me mantenían presa en ese apartamento. No era fácil encontrar un sitio barato para vivir en East Hollywood. Había que hacer algunas espeluznantes concesiones. La señora Wakowski y su temprana clase de Zumba matutina no eran más que la punta del iceberg: también había cucarachas, fugas de gas, helicópteros de la policía y la omnipresente peste a orina que venía de las aceras. Pero, ¿y mi sueño recurrente con el dragón...?

Para ser sincera, no tengo ni idea de cómo encajaba en todo eso.

Conseguí salir de la cama y aterricé en el suelo con un batacazo bastante poco digno. Mi ventilador industrial (o mi salvador, más bien: ¿te he dicho que no tengo aire acondicionado?) me peinó violentamente hasta dejarme con cara de susto. Por suerte, conseguí esquivarlo justo cuando iba a golpearme un dedo del pie. Me levanté y me miré, recelosa, en el espejo.

Eso era a lo que se referían cuando hablaban de “buscarse la vida en Los Ángeles”. Yo debía ser la chica del póster central.

Una larga melena caoba, piel lechosa, cara bonita y cuerpo delgadísimo. En cualquier otro sitio sería lo más. Sería una estrella. Pero, por la razón que fuera, en esta ciudad construida a base de multas de aparcamiento y alquileres trampa de otras estrellas de pueblo, yo era una entre un millón. Y no en el buen sentido.

Con el suspiro habitual, me incliné sobre el espejo para comprobar el informe de daños. Tenía los ojos rojos, pero sin bolsas. Las ojeras ya se estaban esfumando.

No estaba mal del todo, después de haber bebido tanto anoche. ¿Cómo estaría mi hígado? Mejor no pensarlo mucho.

Últimamente había habido muchas noches así. Todo había empezado como una tradición entre Amanda, mi compañera de piso, y yo. Cada vez que no conseguíamos el papel de una audición a la que habíamos ido (y esto incluía darse la vuelta antes de entrar, porque a alguien le habían dado ya aquel codiciado papel de dos líneas en algún momento de las seis horas que llevábamos en la cola), nos dábamos un festín de tequila y Netflix mientras nos regodeábamos en nuestras penas ahogándolas en alcohol. La verdad es que era bastante divertido. Mucho más que esperar eternamente en las colas de los castings.

El sonido de un vómito amortiguado, proveniente del baño, me indicó que Amanda no lo estaba pasando tan bien como yo.

Me puse unas zapatillas violeta, recogí mi pelo en un moño desmadejado y cogí una barra de cacao antes de salir al pasillo. Deevus, nuestro gato de tres patas, renqueaba a mi espalda, persiguiendo un diabólico remolino de polvo empujado por mi ventilador. De camino al baño, tropecé con su lomo lleno de bultitos. Soltó un aullido.

—Lo siento, Deevus. ¿Sabes qué? Te traeré un poco de leche.

Vertí un poco de leche en un plato y lo dejé en el suelo.

—¿Me perdonas?

Maulló. Le di un beso en la cabeza y escuché sus ronroneos. Mi compañera de piso lo había recogido de la calle. No sabíamos si había sufrido algún accidente, pero lo queríamos igual. A veces se ponía gruñón, y entonces lo queríamos aún más.

Me puse un zapato y llamé a la puerta suavemente.

—¿Estás bien?

Como respuesta, obtuve un gorgoteo ahogado. Hacía un ruido asombrosamente parecido al de nuestro gato. Oí la cisterna, el agua correr y, un segundo después, Amanda se tumbó en el suelo, al otro lado de la puerta.

—Ha sido la última vez —gimió—. Lo digo en serio.

—Sí. Estoy de acuerdo —respondí. Yo también esperaba que fuera la última vez—. Me voy a trabajar, ¿vale?

—¿Cómo puedes pensar en trabajar a estas horas?

Sonreí, poniendo los ojos en blanco. La predecible respuesta de una princesa mimada.

—Me *encanta* —respondí sarcástica—. Desearía poder estar allí *todo el tiempo*.

La oí resoplar de risa al otro lado de la puerta. Casi podía verla, apoyando su mejilla sudorosa en las frías baldosas del suelo. Lo habíamos hecho muchas, muchas veces. Era agradable. Y también era la razón por la que el suelo del baño estaba siempre impecablemente limpio.

—¿Era Deevus el que lloraba?

—Sí —Me puse el otro zapato—. Tengo que irme. Voy a llegar tarde.

—¿Ese tío de anoche te dio su número de teléfono? Estaba bueno.

Respiré profundamente.

—¿La has vuelto a liar? —preguntó—.

—No. Bueno, más o menos. Me puse a contarle lo triste que estoy porque la señora Johnson haya empeorado tanto. Creo que fue demasiado para él. Pero me preocupa esa mujer. Ha sido mi paciente durante meses, y nos llevamos muy bien.

Puede que no llegue a la semana que viene. Estoy preocupada por ella.

—Hablar de muerte no es la mejor forma de relacionarte cuando acabas de conocer a alguien.

—Puede que tengas razón —respondí, mordiéndome el labio.

—Trabajas en cuidados paliativos. Ya sabes que esa gente está cerca del final.

Y es genial que les des tanto cariño y apoyo, pero tienes que dejar que se vayan.

—Me apego mucho a mis pacientes.

—Ya sé que lo haces. Y por eso necesitas a un tío que te comprenda. Voy a encontrarte al hombre más comprensivo y bondadoso de todo Hollywood.

—No más citas a ciegas.

—Esta será diferente, te lo prometo. ¿Qué te parece? Edward. Aún vive con su madre, pero es un tío super mono. Te lo juro.

—Llego tarde —repetí—. Pasaré por la tienda de camino a casa. ¿Necesitas algo?

—Sí. No —Se revolvió contra la puerta—. Espera, sí. Coge unos caramelos de esos que comimos la semana pasada donde Billy. Esos con forma de rana. ¿Vale?

Asentí distraída y lo anoté en mi teléfono.

—Ranas. Vale. Bueno, me largo —dije, dando una palmada a la puerta—.

Ponte buena. Te veo esta noche.

Ya estaba casi fuera cuando oí que me llamaba débilmente.

—¿Bex?

—¿Sí?

—Apunta tequila en esa lista.

—Ya estaba apuntado.

Capítulo 2

Para llegar a la residencia para enfermos terminales de Westwood solo tenía que tomar un metro y un autobús. Estaba junto a una bonita zona residencial, separada de las empresas de Fortune 500 por un bosquecillo de árboles y un millón de acogedoras cafeterías. A pesar de la charla de Amanda, me dio tiempo a coger pronto el autobús, con lo cual podría acercarme a mi cafetería favorita antes de empezar mi turno a las diez.

La acera estaba atestada de perros de diseño y bicicletas atadas. Sonreí para mis adentros mientras rodeaba un extraño cruce de labrador-caniche-retriever-pug. Por cosas como esta era por lo que me gustaba trabajar en Westwood. No era un lugar definido por los sueldos de sus habitantes, como Santa Mónica o Pasadena. Era terreno neutral. Un refugio seguro en el que los dos bandos podían juntarse y disfrutar de una simple taza de café. No había lugar para la lucha de clases cuando lo único que querían todos era cafeína, ¿no? En la acera había sitio suficiente, tanto para los caniches como para las bicis Schwinn.

Y en este inusualmente soleado paisaje me encontraba cuando, de repente, me vi en medio de una pelea.

—No me importa qué prisa tengas, ¡solo quiero que muevas el maldito coche!

Me quedé rígida, mirando paralizada a los dos hombres que discutían frente a mí. Uno de ellos parecía trabajar en mantenimiento. Llevaba un anodino uniforme color teja, con una etiqueta de nombre borroso, y tenía demasiado vello facial. Apretaba las llaves en su puño cerrado y, por la forma apresurada en que había aparcado, dejando su camión en doble fila delante de una limusina, supuse que no le importaba lo más mínimo haber estacionado allí.

El otro hombre... era totalmente distinto.

Todo en él era brusco. Desde su traje o su corte de pelo hasta la forma en que apretaba su angulosa mandíbula. Tenía las manos vacías y, aunque el tipo de mantenimiento parecía acabar de retirarse de una vida dedicada a la lucha libre, sus dedos se retorcían buscando pelea. Llevaba dos anillos de plata, uno en cada mano. Y un par de jodidos gemelos-de-diamantes. En serio. Seguro que era un tío rico, de familia bien, con una gran casa y servicio doméstico.

Me hacía una idea de a quién pertenecía la limusina.

—Mira.

Juraría que vi centellear sus ojos bajo los cristales de sus gafas de sol.

—No quiero problemas, pero ya había aparcado cuando paraste detrás. ¡Ese sitio no es tuyo!

—¿ *Aparcado*? —rugió, arrojando un par de guantes de trabajo al suelo—. ¡Una mierda, aparcado! ¡Saliste de la nada y me quitaste el sitio!

El Sr. Ralph Lauren sonrió, tranquilo.

—Podrás aparcar en cinco minutos. Solo voy a tomar un café rápido.

—¿Crees que voy a dejarte salir, pijo imbécil? —gritó—. Pienso dejar tu coche bloqueado. Llegarás tarde al trabajo. ¿Qué vas a hacer? ¿Llamarás a la grúa? ¡Te voy a joder, gilipollas!

¿Una bronca por un sitio para aparcar? ¿En serio? Tenía que intervenir. Una pelea así podía pasar de 0 a 100 en segundos.

El chico de mantenimiento estaba al borde del colapso. Yo, como profesional de la salud, me percaté de que la vena que palpitaba en su cuello podía explotar en cualquier momento. También podría coger carrerilla y darle un buen mordisco en la cara al niño rico.

Desde el punto de vista de “mi primera pelea”, ambas posibilidades parecían interesantes. Pero en cualquiera de las dos yo llegaría tarde a trabajar. Entonces apareció la aburrida pacifista que llevo dentro, y antes de que empezaran a insultarse de nuevo, me metí entre los dos.

—¡Eh, eh! ¡Calmaos!

Quizá fue por mi ridículamente frágil aspecto de pajarillo, agitando los brazos contra sus pechos. Ambos me miraron y dieron un gran paso atrás. Sentí una cálida oleada de satisfacción que me hizo sonreír. ¡O quizá fue porque yo era *jodidamente genial*! «*Sigue así, Bex. Ahora viene la parte en que quedas como una heroína super guay*»

Me quité las gafas de sol con el gesto grave de un experto detective.

—¿Cuál es el problema?

El ricachón empezó a hablar, pero me giré deliberadamente hacia su oponente. Barry, el hombre de mantenimiento (ahora sí podía ver su etiqueta) se había puesto del color del marisco hervido.

—El problema es que este tío ha venido a tocarme las narices con su puñetera limusina.

—No, yo no. Mi chófer. Escucha, me gustaría seguir con esta conversación, pero llego tarde a una reunión muy importante.

—¿Tu chófer?

Barry dio otro paso atrás.

—Venga ya, hijo de puta. Estoy a punto de...

—Escuchad —dije, intentando suavizar aquello. La multitud se había empezado a congregarse y estaba empezando a temerme que, cuando la diversión acabara, todos entrarían en mi cafetería favorita y yo no podría llegar al trabajo a mi hora.

Otro empleado de mantenimiento apareció de repente junto a Barry.

—Esa limusina y ese corte de pelo de sesenta dólares dicen a voz en grito «soy un gilipollas».

Alguien sofocó una carcajada cerca de mí, pero preferí ignorarlo.

—Te he oído —repliqué, intentando calmar a ambas partes antes de que estallara la revuelta—. Escucha, Barry, ¿por qué no entramos y te invito a un espresso? Mantengamos la calma, ¿vale?

Le guiñé un ojo, y vi como su cara volvía a recobrar un color normal.

—Que sea doble —murmuré, dirigiéndose obedientemente hacia el interior del café.

«*¡He desactivado la bomba! ¡Chuta yyyy... goool! Primero amanezco sin ojeras, y ahora esto. ¡Hoy es mi día!*

La multitud me vitoreó. Respondí haciendo una leve reverencia, y un hombre silbó. ¿Acaso es esto lo que se siente al ser famosa?

—¡Así se hace! —exclamó una mujer—. ¡Eres adorable!

—Cadena de favores —dijo otro hombre.

—¡Eres la leche! —gritó alguien más.

Quizá Barry encontraría un hueco para aparcar. No pensaría dejar el camión en doble fila, ¿no? Bueno. Al menos detuve la pelea. Radiante por lo que había logrado, me giré para seguir a Barry cuando una voz fría me hizo mirar a mi espalda.

—¿No hay un espresso para mí?

El tipo rico se había quitado las gafas de sol, y el reproche automático que estaba a punto de salir de mi boca se retrasó un par de segundos. Sus ojos verdes grisáceos me habían obnubilado. Eran del

color del océano. Pero no del océano de esas playas atestadas de gente del sur de California, que parece pintado con lápices de colores. No. Era uno de esos océanos gélidos, con playas de cantos en vez de arena. El tipo de océano en el que me podría quedar horas perfectamente aislada, mirando al agua mientras las gotas saladas salpicaban mi cara.

Madre mía. Ese hombre era una preciosidad. Estaba impactada por su encanto, y no me salían las palabras.

—Lo siento —balbuceé agitando la cabeza antes de devolver mi atención al hombre—. ¿Qué? *Es que estaba pensando en océanos.*

La comisura de su boca se arrugó. El hombre inclinó la cabeza a un lado.

—He dicho, ¿no hay un espresso para mí?

Volví a mirar a su limusina. El chófer por fin había conseguido sacarla del sitio, y miraba al hombre expectante. Gemelos. ¡Otra vez! Quería tirarme de los pelos.

Entonces se esfumó el hechizo de los ojos océano. Me coloqué las gafas.

—Llegas tarde a una reunión importante. Tú mismo lo dijiste. —Miré de reojo al chófer y sonreí—. Además, es obvio que puedes pagártelo tú.

Me devolvió la sonrisa mientras entraba por la puerta de la cafetería. La multitud, haciéndome campeona del común de los mortales, se disolvió en solidaridad conmigo. Conseguí llegar al mostrador en un momento. Kelly, mi barista favorita, volaba por la barra; un temporizador por aquí, un poco de canela por allá... Pero levantó la vista y me sonrió al verme.

—¡Buenos días, Becca! ¿Lo de siempre?

Apoyé los codos en el mostrador, mirando con desdén la portada del último álbum de la pop star de moda.

—Sí. Ah, y pon otro para ese chico, Barry —indiqué, señalándole con el dedo.

Barry me sonrió.

—Hecho.

Saqué un billete de diez y esperé mientras Kelly iba afanosamente de un lado a otro. Por el rabillo del ojo, vi que el tío rico entraba en el café y se colocaba al final de la cola. Creo que me sonrojé ligeramente, pero seguí mirando al frente. Una bajada de humos tan cinematográfica sería mejor si podía salir limpiamente de ella.

La música de ascensor no estaba ayudando, precisamente.

—¿Amanda y tú habéis perdido otro papel? —preguntó Kelly al volver.

Llevaba dos bebidas humeantes—. Pareces cansada.

—No he dormido demasiado muy bien —respondí, dándole el dinero.

Kelly frunció el ceño y me dio el cambio.

—¿Otra vez el sueño del dragón?

—¡Sí! —Me incliné sobre el mostrador, ansiosa por charlar con ella—. No sé qué pasa, pero cada vez que se me acerca, de pronto...

—¡Eh! ¡Vosotras! —dijo una voz impaciente en la cola—. Algunos tenemos que ir a trabajar.

Lancé una mirada furiosa en la dirección de la voz, y descubrí que la multitud que me seguía ya se había disuelto. La fama era efímera.

—Luego te lo cuento —dije a Kelly con exagerada importancia—. Llego tarde a trabajar.

Haciendo acopio de dignidad, cogí mi capuccino con moca y salí del café con la cabeza bien alta. Al cruzar la puerta sentí los ojos del tío rico escrutándome, pero mantuve la mirada en la acera. Con mi suerte, la línea final de aquel guión acabaría conmigo tropezando en medio de la calle, o algo así.

Capítulo 3

La residencia estaba muy cerca del café, y solo tenía que dar un corto paseo para llegar al trabajo. Durante el camino me persiguieron como media docena de palomas obesas. Como acostumbraba a hacer cada día, di el cambio que llevaba al anciano mendigo que vivía bajo una de las palmeras.

Cuando entré por la puerta de la residencia, me sentía estupenda.

—Buenas, Becca. —Lisa, mi estresada supervisora, me dedicó una sonrisa cansada mientras entraba en el mostrador para fichar—. Te veo... ¿vivaracha?

Sonreí con demasiado entusiasmo.

—Acabo de practicar un arresto imaginario a un mal ciudadano en la puerta del café. Ya sabes: manteniendo la ciudad segura.

—Ahá —respondió. Me había oído, pero no me había escuchado; estaba inmersa en sus papeles—. Bueno, allá vamos: hay que medir el azúcar en sangre del señor Cartivan, de la 308. —Sí, me habían enseñado a hacer labores de enfermera—. La señora Wakley se niega a ducharse. Y, oh, aquí hay uno que te gustará. La señora Díaz, de la 207, insiste en que su familia está cruzando el país ahora mismo para venir a verla. Lleva toda la mañana haciendo un cartel de bienvenida.

Lisa me dio una pila de tareas que tenía que hacer antes de irme, y se fue con una gran sonrisa.

—Uh... gracias.

—Suerte.

Me guiñó un ojo y se fue.

A las 10:05, mi subidón de adrenalina ya se había esfumado. Deambulé de habitación en habitación, recorriendo el camino de siempre y viendo las mismas caras. No me malentiendas; me gustaba mi trabajo. Solo es que... llevaba casi tres años en el mismo sitio, y para entonces ya debería haber conseguido mi primer gran papel. La residencia no era un sitio en el que quisiera estar para siempre.

Los pacientes estaban divididos en dos categorías: por un lado, los que venían derivados de la sanidad pública. Estaban aquí para recuperarse, y el gasto para el estado era menor al de tenerlos en un hospital. Por otro lado, estaban los que venían no a recuperarse, sino a morir.

De cualquier forma, daba igual a cuánta gente conocieras. Nadie estaba aquí durante mucho tiempo.

Amanda siempre me decía lo mismo. No comprendía cómo podía pasarme la vida entera rodeada de muerte y de gente moribunda. Yo les daba cuidados paliativos, y veía cómo morían un poco más cada día. Quería hacer que sus últimos días por aquí fueran cómodos. Quería que confiaran en mí, ayudar a los pacientes y a sus familias a encontrar comodidad y dignidad. Pero daba igual de cuántas formas distintas se lo contara: Amanda siempre acababa diciendo que sonaba como una película de Stephen King, y cambiaba de tema rápidamente.

Al cruzar una de las puertas, la señora Díaz, una mujer con la que había hablado cada día durante los últimos ocho meses, me preguntó mi nombre. Cerré la puerta con un suspiro.

Iba a ser un día muy largo.

Cuando por fin crucé la puerta de casa, Amanda se levantó a recibirme como si no hubiera estado toda la mañana imitando a los de *The Walking Dead*.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó risueña.

Me quité la bufanda, tiré el bolso al suelo y le alargué la bolsa con las cosas que había comprado en la tienda.

—Bien. —Llevaba los últimos mil años haciendo la misma pregunta, y yo siempre daba la misma respuesta. Quizá fuera hora de cambiar un poco—. Me han vomitado encima.

—¡Increíble! —exclamó, pasando totalmente de lo que le decía. Esperaba impaciente su turno para hablar.

Sofoqué una risa mientras ella se movía inquieta. Sus ojos oscuros iban a estallar de entusiasmo en cualquier momento.

—Y bien, Amanda, ¿qué tal te ha ido el día?

—¡ME HAN LLAMADO! —chilló.

Se me abrió la boca de par en par. Amanda empezó a bailar por la habitación como un muñeco cabezón trastornado.

—¡¡Sí!! Es para esa peli del oeste distópica. Voy a ser... ¡Tía Buena del Rancho Número Siete! —Sonriendo, sacó la botella de tequila de la bolsa—. ¡Vamos a celebrarlo! ¡No puedo creer que me hayan dado el papel!

—¡Es genial! —dije, imaginando las posibilidades—. Y, uhm, yo podría haber sido la número ocho.

—No, ya tenían cubierto el cupo de chicas blancas —dijo, pragmática—. Para ser la número ocho, tendrías que ser asiática.

—Vaya. ¡Felicidades! ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—¡Gracias! Y gracias por pasar por la tienda.

—No hay de qué. ¡Oh, tía! —Recordé de pronto—. ¡Hoy he visto una pelea!

—Hala —dijo, levantando una ceja—. Tu primera bronca callejera. ¿Qué pasó? ¿Fue algo de bandas?

—Discutían por una plaza de aparcamiento —dije en tono imponente—.

Bueno, conseguí pararlos antes de que empezaran los puñetazos... pero estoy segura de que habrían acabado así.

Me miró detenidamente.

—Entonces, cuando por fin has conseguido estar en una pelea de verdad, algo que llevas esperando ver toda tu vida, ¿la paras antes de que lleguen a los tortazos?

Me sentí como si me desinflara.

—Eh... sí, supongo.

Amanda me dio una compasiva palmadita en el hombro.

—Bueno. Vamos a comer algo, he pedido chino.

—¡Gracias! Me muero de hambre.

La seguí a la cocina. Para mi asombro, la mesa estaba puesta para una celebración. Amanda había sacado nuestra mejor cubertería y, por una vez, no íbamos a comer en platos de plástico. Incluso había colocado un par de velitas de té descascarilladas para crear ambiente.

—¿Qué co...?

Amanda pulsó un botón, y Florence and the Machine empezó a sonar a todo volumen.

Me giré hacia ella, entrecerrando los ojos de forma inquisitiva.

—¿Todo esto es por Tía Buena del Rancho Número Siete?

—Bueno... no exactamente. —Amanda estaba nerviosa. Sacó una silla y me invitó a sentarme con un adorable ademán—. Es que, Bex... he conseguido un papel para las dos. Pero no tiene nada que ver con tías buenas de ranchos.

—¿En serio? Eso es maravilloso.

—Lo es, y no lo es.

—¿Qué quieres decir? —Levanté una ceja.

—Bueno, no nos pagarán casi nada. —Fruncí el ceño. Amanda sonrió de oreja a oreja—. Pero va

a ser genial para nuestra imagen. Y puede que conozcamos a gente importante. Además, ganaremos una buena comisión si hablamos de la agencia. Si les llevamos trabajo, nos pagarán un buen pico. Piensa en ello como un trabajo divertido. ¡Vamos a ir a una fiesta! ¡Y es esta noche!

—¿Una fiesta?

—¿Quién no quiere ir de fiesta un viernes por la noche? Te contaré más en la peluquería. ¡Nos van a dejar estupendas!

—¿Quién?

—Confía en mí. Vamos, nena. ¡Es hora de emperifollarse! Después de esta maravillosa comida que he pedido para las dos, claro.

—Oye, no vamos a comer en platos de plástico —respondí, riendo a carcajadas—. Y eso, para mí, ya es una comida de cinco tenedores.

—Por no hablar de que tampoco usaremos tenedores de plástico.

Capítulo 4

—¿Sabes? Aquí hay tanta hipocresía que no sabría ni por dónde empezar — dije.

Amanda y yo estábamos cómodamente sentadas en un salón de belleza de Beverly Hills, recibiendo toneladas de halagos y excesiva atención por parte de un ejército de gays y una mujer demasiado emperifollada. El olor acre del quitaesmalte me estaba empezando a dar dolor de cabeza, pero me mantuve en guardia. En ese momento, Paulo se acercó a mi silla con una docena de aerosoles distintos y un par de instrumentos de aspecto letal que podrían haber pertenecido, perfectamente, a la Inquisición Española.

Una nube pegajosa me envolvió momentáneamente. Emergí de los vapores un segundo después, triste y agarrotada, sintiéndome como una desdichada superviviente del bótox.

—A tomar por saco los pantanos —murmuré, preguntándome cuántos kilos de toxinas acababa de lanzar Paulo a la atmósfera con su ejército de sprays.

Amanda se giró para mirarme. Tenía la cabeza metida en un cacharro que parecía estar a punto de extraerle el cerebro.

—¿Qué dices?

—Nada.

Mi silla se reclinó por voluntad propia, y de repente me vi mirando al techo.

—¿Qué pasa? —pregunté, nerviosa.

—¡*Silensio!* —ordenó Paulo, cerniéndose sobre mí con otro cepillo. Cerré los ojos en un mohín mientras él retorció y acorralaba el poco pelo que me quedaba hasta recogerlo en un apretado nudo en mi coronilla. Al acabar, incorporó de nuevo mi silla y desapareció en busca de más suministros.

—Cuéntame un poco más de esa fiesta —suspiré—. Pero antes de nada, te diré que solo con la preparación ya lo estoy pasando de narices.

Amanda rió por la nariz mientras hacía aspavientos con las manos. Trataba de secar sus uñas, recién cubiertas por un grueso esmalte dorado.

—Me enteré en el casting. Ese que va a cambiar mi vida para siempre.

—¿El del western distópico? —supuse. Ya estaba harta de oír hablar de ese casting.

—Sí. Bueno, Billy me pidió que viniera. Dijo que necesitaba tener a alguien de la agencia en la fiesta del playboy trillonario.

—Ahá. El trillonario. ¿Esa palabra existe de verdad?

—Claro que existe.

—¡Te la acabas de inventar!

—Qué va. El tío se llama Marcus Taylor, ¡y he oído que es guapísimo! Ojalá pudiera cazarlo. Pero, por lo que sé, ninguna lo ha conseguido. Es indomable.

—Hmm. ¿Indomable? ¿Me estás desafiando? O sea, yo conseguí domar al odioso de nuestro gato. Amanda rió.

—Apuesto lo que sea a que serías capaz de echar el lazo a ese potrillo.

—Estoy de coña. No me apetece domar a ningún multimillonario salvaje.

—¿Y por qué no? ¿Es que te has colado por ese tío del café del que me hablaste?

—¿Colado? Por dios, le conocí esta mañana.

Amanda rió.

—Claro, puede que Marcus Taylor no sea tan guapo como ese tío. Pero seguro que está bueno. Espero poder saludarle, por lo menos, antes de que acabe la fiesta. Con un poco de suerte, será un gran anfitrión y recibirá personalmente a todos sus invitados.

—No me he colado por el tío del café.

—Sí.

—¡Venga ya! Estaba bueno.

—Entonces tendrías que haberle invitado al maldito café.

—Vale, tendría que haberlo hecho. Mierda, lo hago todo al revés. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo.

—Seguro que vuelves a verle. Solo tienes que entablar conversación la próxima vez que te lo cruces en el café.

—Bueno, es guapísimo, pero demasiado rico para mi gusto. No creo que me hiciera ni caso.

—Pues olvídate de él. Piensa en la exagerada fiesta de Marcus. ¡Iremos a su mansión! —dijo, cantarina.

—Suenas divertido.

—A Marcus le vuelven loco las mujeres, así que seguro que se pone a tiro.

Solo tendrás que sonreír y ligártelo.

—Y por qué quiero que se me ponga a tiro un tío que puede elegir entre millones de mujeres?

—Para hablarle de la agencia, claro. Yo pienso conseguir una comisión enorme, gigantesca. Si conseguimos que vaya alguien de nuestra parte, nos pagarán mil dólares. ¿No es genial?

—¡Lo es!

—Por lo que sé, Marcus acaba de volver a Los Ángeles desde Nepal o algún sitio de esos. Será el evento social de la temporada.

Las carcajadas se me escaparon por la nariz, tan alto que todos en el salón de belleza me miraron escandalizados.

—Lo siento... es que, ¿te das cuenta de lo que dices? ¿Acaso hay «eventos sociales» en «nuestra temporada»?

Amanda titubeó, pero se recompuso antes de continuar. Estaba segura de que se habría informado concienzudamente en algún sitio “de confianza”, como internet, y ya habría preparado las respuestas para cualquier pregunta que se me pudiera ocurrir.

—¡Por supuesto que los hay! —dijo, en un tono un poco más alto y falso que antes, alargando las vocales hasta el límite del ridículo—. Está el corte de la cinta de Tiffany’s en el Grove, la apertura de Barneys en Rodeo... Karl Lagerfeld busca modelos porque está a punto de lanzar una línea nueva, y luego está esa gran gala para recaudar fondos contra la diabetes...

—Gracias, Google —respondí poniendo los ojos en blanco—. Y yo aquí pensando que lo único interesante sería Acción de Gracias.

Amanda frunció el ceño a modo de crítica mientras Veronica Violet (pensé preguntarle si ese era su nombre de guerra, pero tuve miedo de recibir un puñetazo) colocaba cuidadosamente sus rizos por detrás de la nuca.

—No creo que tengan de eso aquí.

—Claro que no —dije con voz lóbrega—. ¿Por qué iban a celebrar Acción de Gracias?

Amanda ignoró mi comentario, concentrándose en su reflejo en el espejo.

—Está perfecto, Veronica. Justo como en la foto.

Veronica dio un paso atrás. Sus pupilas se dilataron como las de un animal hambriento mientras toqueteaba los rizos. Parecía tomarse su trabajo muy en serio.

Eso, o tenía un hambre atroz.

—Está genial, ¿verdad? Bueno, habrá al menos otras diez chicas con el mismo estilismo en la fiesta, así que puedes estar tranquila. ¡Irás a la última!

Amanda asintió con gesto serio. Yo, mientras, las miraba como si estuvieran chifladas. Iba a decir algo, pero Paulo volvió en ese momento y me vi obligada a buscar cobertura para protegerme de sus ataques.

—De hecho, Veronica —dijo Amanda frunciendo el ceño—, ¿no nos hemos visto en algún sitio antes?

—Ella era la Cajera Confusa Número Cuatro —respondí, voluntariosa, desde el otro lado de una muralla de vapor y cables. Me sorprendió que Amanda no la hubiera reconocido aún.

—La Número Tres, si no te importa —corrigió Veronica—. Pero, ¿qué más da? —Dedicando a Amanda su reluciente sonrisa, cargada de mala leche, desapareció con un apurado y caricaturesco claqueteo de tacones.

—No puedo creer que vivamos en una ciudad en la que eso se dice en serio.

Amanda me mandó callar con una mirada de advertencia, y yo fijé mis cansados ojos de nuevo en el espejo para ver a qué nueva fruslería se dedicaba Paulo.

Yo quería haberme mudado a Portland, no a Los Ángeles. Tenía claro que cualquier zona de San Francisco iba a estar por encima de lo que podía pagar, y decidí que Portland iba a ser lo más. La escena artística y musical estaba mejorando mucho, y en todas las fotos que veía por internet salía por lo menos una persona con barba de mago. Eso me intrigaba. Pero Amanda me recordó que la gloria cinematográfica no iba a llamar a la puerta, que tendríamos que buscarla nosotras.

Así que, por desgracia, acabamos aquí, en el estómago de la bestia.

Quizá Amanda no se hubiera mudado tan rápido si hubiera conocido antes a la señora Wakowski, o si hubiera sabido que nos iban a poner tres multas de aparcamiento en las primeras dos semanas que pasamos aquí. O quizá sí. Amanda era imprevisible. Nunca podías saber qué cosas le preocupaban y cuáles le importaban un pimiento.

—De cualquier forma —dijo, respondiendo a la pregunta que le había hecho horas antes—, a ti también te habrían invitado si hubieras venido conmigo al casting.

—Ya te dije que algunas tenemos que trabajar para vivir. No todo el mundo tiene la suerte de que sus padres le paguen el alquiler —respondí, lanzando en su dirección una goma de pelo. Paulo me dio un manotazo en la muñeca.

Tres horas después estábamos de nuevo en la calle. No en la calle en la que me hubiera gustado estar, la verdad. No en mi querida Westwood, donde aún seguía siendo una heroína del pueblo. No. Vagábamos por entre las carísimas tiendas y barras de oxígeno (sí, existen) de Beverly Hills. La agencia que nos había contratado para ser actrices desempleadas había dejado a Amanda un dinerillo para que pudiéramos arreglarnos y dar buena impresión entre la élite que iría a la fiesta. Dos de las

cuatro chicas que íbamos a ir fallaron a última hora por una intoxicación alimentaria (un golpe de suerte para nosotras, según Amanda), así que ese “dinerillo” que nos quedaba al salir de la peluquería era bastante más de lo que ella o yo hubiéramos gastado nunca en una tarde.

Tengo que admitir que, cuando por fin salimos de la peluquería y pude dejar de respirar ese hedor químico, incluso me divertí un poco.

—Vamos a tomar otro café, *cortesía de la agencia* —dijo Amanda en el aristocrático acento sureño que adoptaba siempre que repetía esas palabras. Ya habíamos tomado tres *espressos*, y parado “a picar algo” en dos restaurantes de sushi, pero los fondos que nos habían asignado para congraciarnos con la flor y nata de la ciudad seguían prácticamente intactos.

—No puedo —respondí, agarrándola de la muñeca para alejarla de la puerta de Starbucks—. Tengo demasiada cafeína dentro, creo que estoy empezando a sentir palpitaciones.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Solo es tu corazón *entusiasmándose*, Bex. Está alegrándose por ti.

Me paré en el sitio y la miré, impresionada.

—¡Eres toda una científica! ¡Ni toda la comunidad médica podría compararse contigo!

Amanda rió y me metió a empujones en una tienda. Jamás había visto maniquíes tan aterradores como aquellos.

—Vale, si el encantamiento está empezando a desvanecerse, tendremos que comprar algo de ropa y unos zapatos. Van a ser las cinco, y deberíamos estar allí a las siete y media como tarde.

—Espera. —Aún no había cruzado la puerta; un maniquí sin ojos me tenía embobada—. Este está intentando decirme algo.

—Oh, por dios, ¡entra de una vez! —dijo, agarrando mi muñeca firmemente y empujándome al interior—. E intenta no avergonzarme.

Mientras Amanda me conducía a toda prisa por la tienda, cogí al vuelo una fusta etiquetada en la colección “negocios informales”.

—Solo por probármela.

Capítulo 5

Hora y media después, estaba exiliada en un probador por voluntad propia, preguntándome en qué coño me había metido.

Me gusta llevar cosas bonitas. Me gusta llevarlas tanto como a cualquier chica que no esté inmersa en algún tipo de limpieza existencial.

Pero... ¿esto? Esto era como jugar en otra liga.

Parecía como si me hubieran pintado. Como si mi piel estuviera cubierta de un reluciente encaje metálico.

Amanda decía que era color plata, pero yo adopté rápidamente el término *plomizo* tras habérselo oído murmurar a un dependiente que pasaba por mi lado.

Era un color escarcha un poco más oscuro, con tonos tormenta que daban al vestido un aspecto increíble. Caía sobre mi cuerpo como una segunda piel, y era realmente favorecedor. De hecho, mi piel casi parecía de un brillante blanco translúcido gracias a los reflejos del encaje. La tela subía hasta formar un elegante cuello halter, y desaparecía en el centro para dejar paso al escote más bajo que hubiera visto nunca. La cintura, estilo imperio, estaba rodeada de delicadas cuentas, y en vez de ensancharse en una amplia falda, como la mayoría de mis vestidos, se abrazaba a mis estrechas caderas para caer recto hasta el suelo.

Hechizada por el vestido, me hice una foto y se la envié a mi madre antes de salir a mirarme en

los espejos.

—¡Oh, dios mío! —soltó efusivamente Amanda—. ¡Estás... estás tan distinta!

¡Estás preciosa!

Fruncí el ceño un segundo al oír su comentario.

—¿Gracias...? No te voy a mentir, ¡me encanta! Ya le he mandado una foto a mi madre.

Los ojos de Amanda se iluminaron al ver el vestido que estaba a punto de probarse.

—¿Y qué ha dicho Sharon?

Bajé la mirada al teléfono, que justo entonces acababa de vibrar.

—Dice que el hurto mayor es delito, y que lo vuelva a colgar en la percha — respondí con una sonrisa retorcida.

Amanda soltó una carcajada y se metió en uno de los probadores. Un minuto después, oí el crujido de sus ropas.

—Vale —dijo, abriendo la puerta con una floritura—. ¿Qué te parece?

Me llevé las manos a la boca de asombro y palmoteé nerviosa.

—¡Estás impresionante! Ese verde queda *perfecto* con tus ojos. —Cogí rápidamente el móvil y le hice una foto. Sabía que le gustaría tener la “reacción del probador” immortalizada para la eternidad. Al acabar, le pedí que diera una vuelta—. En serio, Mandi —dije sonriendo—, estás perfecta. A veces creo que fue ayer mismo cuando estábamos probándonos la ropa de nuestras madres, y míranos ahora. No sé ni qué decir.

Amanda me miró fijamente. Por un momento, pensé que también estaba recordando nuestra infancia. Pero empezó a hacerme gestos impacientes.

—¡Oh! —exclamé, recordando las líneas de mi guión—. ¡Y te hace unas tetas increíbles!

—Síi —respondió sonriente mientras se colocaba el escote corazón para mostrar todo lo posible—. Creo que esto es lo que tenía en mente Billy cuando me dijo que causáramos buena impresión.

Me puse a su lado frente al espejo. La seguridad que reflejábamos era apabullante.

—Dos buenas impresiones.

—Sí, *dos* buenas impresiones —respondió Amanda, mirándose los pechos a propósito—. Tienes razón, Bex.

Puse los ojos en blanco y la empujé hasta la caja; teníamos que irnos.

Nuestra entrada triunfal habría quedado un poco deslucida de llegar en el Volvo que habíamos tomado prestado de un amigo. Así que aparcamos justo en la puerta con la intención de subir andando por el jardín hasta la entrada principal, donde los famosos y los fotógrafos se lo pasaban de miedo haciendo como que se ignoraban mutuamente. Aunque bien pensado, quizá “subir andando por el jardín” no había sido la mejor idea.

—¿Cuánto quedará? —lloriqueé mientras caminábamos trastabillando por el césped, cuidadosamente segado, hacia las luces de la mansión—. No creí que estuviera tan lejos.

—¡*Auaaayyy*! —chilló Amanda, corriendo a mi lado al ver que un pavo real salía de entre los arbustos y nos examinaba con sus pequeños ojos recelosos—.

¡Becca, échalo! —Se quitó uno de sus letales tacones y lo aferró como si fuera un cuchillo—. ¡Atrás, bestia, *atrás*!

—¡Mandi! ¡Cálmate! No es un pit bull.

—Ya, ya lo sé. ¡Es aún peor! ¡Podría picotearme hasta la muerte!

—No vamos a hacer daño a ese pobre pavo real. Vuelve a ponerte el zapato.

El pavo real giró la cabeza con un lánguido graznido y se encaminó lentamente hacia la mansión,

donde esperaban los aparcacoches. Juraría que vi un destello de lástima en sus ojos. Le seguimos a una distancia prudencial hasta que pudimos darle esquinazo sorteando los coches aparcados de la entrada.

Finalmente, conseguimos llegar hasta el gorila que guardaba la puerta principal.

—Hola —dijo Amanda dulcemente, desplegando todo su encanto—. Soy Amanda Gates, y esta es mi amiga, Rebecca White.

El hombre, sorprendentemente inmune a los encantos de Amanda, recorrió la lista con la mirada. *Debe ser por todas las chicas preciosas que hay aquí esta noche*, pensé mientras me alisaba el vestido.

Hasta entonces no había prestado atención a la casa; estaba demasiado ocupada huyendo del feroz pavo real. Y... *casa* no era, ni mucho menos, la palabra apropiada. Era más bien un... complejo. Cuartel general. Guarida. Algo así.

Era la casa más pomposamente opulenta y ridículamente rica que serías capaz de imaginar en Hollywood Hills. Setos tallados, fuentes destellantes, animales salvajes exóticos y mortales. Lo que imaginaras, ese tío lo tenía. Y mucho más.

—Aquí estáis —dijo finalmente el gorila, tachando nuestros nombres de la lista—. ¿Sois de la Agencia de Talentos de William Colson?

—Esas somos nosotras —sonrió Amanda mientras el gorila levantaba el cordón de terciopelo para que entráramos—. Gracias. Que tengas buena noche.

El hombre se mostró sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a recibir agradecimientos ni palabras amables en el trabajo. Y yo, solo con ver las pintas de todos los que bajaban de aquellos cochazos deportivos de importación, supuse que sería así. Era como si hubieran comprado a toda aquella gente para ir a juego con la casa. Ni una caloría de más, ni un hilo de poliéster entre la multitud.

Los ecologistas de PETA se habrían puesto las botas...

Entré detrás de Amanda. Por primera vez esa noche, estaba algo nerviosa.

Hice todo lo posible por evitar quedarme boquiabierta como una idiota.

Y por fuera parecía grande...

Fue como saltar atrás en el tiempo y entrar en una de esas salas de baile de los cuentos de hadas. Del techo colgaban diez arañas de diamantes que brillaban como orbes etéreos; su luz se reflejaba en forma de acuosos estanques dorados sobre los suelos de mármol blanco. Una sinuosa y enorme escalinata conducía al piso superior. Supuse que no se podría subir, pero aún estando allí la noche entera seguro que no tendría tiempo de explorar cada una de las habitaciones del piso inferior. El inmenso recibidor daba a una sala de estar, que a su vez daba a una salita (¿acaso hay diferencia?), que daba a otra sala de estar, y esta a un comedor, que a su vez daba a un salón de baile, y así hasta la extenuación. Las paredes estaban cubiertas de lo que hasta una pasota del arte como yo podría identificar como obras de valor incalculable. Eran las únicas notas de color en un ambiente extravagante, pero aséptico a la vez.

Por todas partes salían camareros de la nada, portando bandejas plateadas con copas de efervescente champán, y se desvanecían en la misma nada cuando sus bandejas se vaciaban. Unos altavoces invisibles emitían música de Stravinsky.

Uh, borra eso. Era una orquesta de verdad que tocaba en el mirador.

Quise reírme; estaba en un sitio que requería del uso de la palabra “mirador”

para mi descripción mental. Desde luego, nuestra vida normal estaba muy lejos de East Hollywood.

—Vaya... es más pequeño de lo que imaginaba —dijo Amanda, volviéndose hacia mí con un

resoplido de desdén.

Me encogí de hombros, indiferente.

—¿No hay guardarropa? Eso es de muy mala educación.

Nos echamos a reír, algo desconcertadas por el imponente entorno que nos rodeaba.

—Pero te apuesto lo que quieras a que a este tío le encantaba jugar con Legos de pequeño.

Amanda rió por la nariz.

—Vale, pongámonos en marcha. Relaciónate con tanta gente como puedas.

—Entendido.

—Y deja caer el nombre de la Agencia Colson tantas veces como puedas.

—Entendido.

—Y no te emborraches demasiado.

La miré dubitativa.

—Ehm... según como vaya la noche.

—Vale —asintió Amanda aliviada—. Pero no te columpies en las lámparas cuando estés pedo. —

Se entremezcló en el mar de gente con una sonrisa—.

Llámame si necesitas algo.

—¡Claro, te avisaré desde la lámpara! —bromeé. Pero ya se había ido.

Paseé la mirada por la sala de baile. Nerviosa, cogí una copa de champán de la bandeja que tenía más a mano y me la tomé en tres largos tragos. La cambié por otra, que decidí beber a sorbitos de forma algo más recatada. Me deslizaba cual camarera entre el gentío, esperando poder meterme en un par de conversaciones por el camino.

—...lo mismo cada año. Tenemos esta súper reunión a la que hasta su madre está deseando venir, y nunca llega a tiempo. En serio, es como... ¿por qué no esperas a llegar a casa y empiezas tu fiesta después?

Un musical murmullo de risas de cortesía siguió a la frase. Me acerqué al grupo, mezclándome entre la multitud que se arremolinaba detrás. Vi a una mujer en el centro. Era una de esas mujeres que parecen serpientes, esas que a los hombres les resultan atractivas y a mí horrorosas. La mano que sostenía su copa de vino tenía unas uñas perfectamente manicuradas, y su vestido parecía estar a punto de reventar. Era el centro de atención, y lo estaba disfrutando. La miré, sonriendo educadamente. Era lo que mi madre llamaría una ramera.

Levantó su copa y continuó hablando.

—Y, en serio... ¿el *servicio*?

La sonrisa se esfumó de mi cara. Sus admiradores reían nerviosamente, y en ese momento me di cuenta del tipo de gente que eran.

—O sea, ¿dónde encuentra a esa gente? Hasta la que me hace las ingles tiene mejor pulso.

—¿Quieres un poco más de vino para tragar todo ese veneno? —la interrumpí, haciendo que todas las miradas se giraran hacia mí. La mujer me miró de arriba abajo con gesto agrio. Había intentado ir un paso más allá, mostrándose provocadora con su referencia a la depilación, pero mi afilada lengua había neutralizado su comentario ingenioso—. Es que acabo de ver que tienen un montón de variedades.

—¿Y tú quién eres? —siseó con la más falsa de las sonrisas pintada en la cara.

Una vocecilla interior me instó a ir con cuidado. Seguro que esa mujer me comería para desayunar si no fuera por los carbohidratos. Pero ignoré a la vocecilla y seguí, azuzada quizá por mi triunfo mañanero en la cafetería.

—Rebecca White —dije con una amplia sonrisa. La gente a mi alrededor sonrió también—. Creo

que dar una fiesta tan magnífica a un montón de desconocidos es un gesto encantador. Creo que lo menos que podemos hacer es estar agradecidos con nuestro anfitrión, en vez de meternos con sus empleados.

La mujer me miró y puso los ojos en blanco.

—Claro, ya sé por qué te molesta tanto. Tú también estás trabajando.

Sí, supongo que eso era cierto. Más o menos. Puede que la agencia cobrara, pero yo desde luego no.

—Sí, la vi conducir una chatarra —dijo una pelirroja—. Casi me muero de risa. Estuve a punto de hacerme pis encima.

Puede que fuera en la limusina que pasó por delante mientras aparcábamos.

—No hay por qué ser desagradable —respondí.

—Puede que vayas vestida como nosotros, pero no eres de los nuestros. Estás como un pulpo en un garaje. Obviamente, eres una de las modelos que han contratado. Y tu coche dice a gritos que vives en el lado equivocado de la ciudad.

Pero seguro que la agencia te ha disfrazado con ropa bonita y maquillaje. ¿Has venido a cazar a un millonario? Porque nadie en esta fiesta te tocaría, ni con un palo. ¿Cuánto te pagan? ¿Cuánto cobras por hora por estar aquí, con nosotros?

—¿Cuánto cobro? Nada.

—Eso es aún más patético —dijo una sarcástica voz de mujer.

—Trabaja a comisión —dijo una rubia que llevaba un vestido plateado—. Le pagan mil dólares por cada cliente que lleve a la agencia.

—Eso sí que es triste.

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo, y todos los ojos volvieron a posarse en la serpiente, como si estuviéramos en un partido de tenis. Se le estaba hinchando un músculo detrás del mentón, pero llevaba la misma sonrisa de Rembrandt pintada en la cara.

—No ha venido aquí a menear el culo para llevarse una comisión.

Obviamente, viene a cazar a un chico con dinero —dijo la morena. Su suave tono de voz no conseguía ocultar el veneno en sus palabras, pero, para ser sincera, no la culpo. Yo fui quien había empezado las hostilidades, así que tenía todo el derecho a estar enfadada.

No sé si fue por el comentario de los camareros, por el gorila asombrado de la puerta o por el condescendiente pavo real de la entrada, pero escupí en un único y catastrófico comentario todo lo que me bullía dentro. Un comentario que me iba a perseguir durante más tiempo del que podía imaginar.

—Ya he cazado a un chico con dinero, así que te aseguro que no es eso por lo que estoy aquí.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Eres una mentirosa. ¿Por qué no te largas? Vuelve a tu mierda de coche y desaparece de aquí.

—Marcus es mi novio. Y creo que quiere que esté aquí en la fiesta, con él.

Puede que no tenga mucho, pero Marcus me quiere por lo que soy. ¿Qué chica no querría eso?

Es broma, es broma, es broma. ¡Joder, dilo , Becca!

Pero no dije nada más. Solo mantuve la mirada de la serpiente, que tenía cara de haberse tragado un bicho.

—¿Eres la novia de Marcus Taylor? —Sus depiladísimas cejas corrían un serio peligro de desaparecer bajo la línea de su pelo. Me apresuré a defenderme.

—Sí, lo soy —dije, para asombro de la multitud—. De Marcus —añadí, sintiendo cómo, de alguna forma, esa única palabra me reforzaba. Al menos una docena de pares de ojos me miraron

fijamente de arriba abajo. Yo, demasiado expuesta en mi minúsculo vestido de encaje, comencé a sentir la calidez que precedía a un sonrojo de los grandes, así que decidí actuar cuanto antes y salir rápidamente de allí—. Perdonadme.

—Marcus no saldría de ninguna manera con una basura como ella —dijo la mujer—. Lo sé.

—Oh, cielo. Es guapa. Puede que la haya encontrado irresistible. Será su novia de esta semana.

—Imposible. Está mintiendo y pienso probarlo. Va a ser el hazmerreír de la fiesta.

Sin más dilación, me apresuré a cruzar la sala en busca de Amanda. *Solo tienes que causar buena impresión. Claro. No hay problema. Diré a todos que me acuesto con el anfitrión.* En serio, no creo que las cosas hubieran podido ir peor si Amanda hubiera apuñalado a ese pavo real con su *stiletto*.

La encontré en el centro de un grupo de hombres, riendo y charlando como si fuera la dueña de la mansión y acabara de despertar de una siestecita. Con total naturalidad, esboqué una amplia sonrisa y la cogí del codo para reclamar su atención.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —dije en un susurro ronco.

Amanda sintió el peligro: vi cómo sus músculos faciales se tensaban.

—¡Claro! —respondió, con la misma jovialidad.

Salimos delicadamente de entre el gentío. Amanda quiso avanzar un par de pasos más antes de dejarme hablar, pero no pude contenerme.

—Tenemos que irnos. Ahora.

—Becca... he conseguido meterme en una faja para estar aquí —respondió, con cierto tono de irritación en la voz—. Dime, ¿qué ha pasado?

Alcé las manos fingiendo ser inocente.

—¡No he podido evitarlo, te lo prometo! Todo empezó con esa chica que parecía una pitón, y...

Un golpecito en mi hombro cortó la conversación. Me giré lentamente, con el corazón encogido. Por supuesto, ahí estaba mi Medusa. Sonriente y lista para el Segundo Round.

—¿Qué tal, Becky? —preguntó con una amenazante sonrisa.

Entrecerré los ojos. Me sentía más valiente con Amanda a mi lado.

—Es Rebecca, si no te importa.

—Bueno, *Rebecca*, estás de suerte.

Empecé a sentir un inquietante pavor. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

La serpiente me dedicó otra malvada sonrisa.

—Tu novio acaba de llegar.

Capítulo 6

—¿Tu *novio*? —dijo Amanda en tono acusatorio.

Medusa sonrió como si hubieran echado un ratón en su terrario.

—Sí, su novio.

Un sudor frío me subió por todo el cuerpo. La boca y los ojos se me secaron a la vez, y sentí un inexplicable olor a quitaesmalte en la garganta. Me preguntaba si me habían embalsamado sin que me diera cuenta.

—Sí —respondí ofendida—, mi novio.

Dos pares de pestañas postizas falsas aletearon furiosamente en mi dirección.

Dos manos de uñas perfectamente manicuradas se retorcieron como si quisieran darme un puñetazo en la cara.

Decidí excusarme una vez más.

—Bueno, entonces será mejor que vaya a por su regalo.

—¿Regalo? —preguntó la mujer.

Di un paso atrás y, sin querer, pisé a una camarera, que fue capaz de volver a equilibrar la bandeja que llevaba de forma milagrosa.

—Tengo un regalo de bienvenida para él y... uhm... disculpa.

¡Estoy amontonando mentiras una sobre otra! ¡¿Qué coño me pasa?!

¡Maldita Agencia de Talentos William Colson! Era hora de abortar la misión.

Amanda podría volver a casa en el Volvo. Yo cogería un taxi.

Partí como un rayo, con el deslavazado paso de una gacela aterrada, en busca de una salida que me permitiera largarme de aquel laberinto bañado en oro que parecía diseñado para retener a sus visitantes. Creí haber encontrado una vía de escape cuando la multitud comenzó a salir al exterior y, ansiosa por salir de allí, me dejé llevar por la marea de gente. Entonces vi que un helicóptero aterrizaba en la hierba; esa no era la dirección en la que quería ir, así que traté de cruzar entre la multitud hacia lo que parecía una entrada de servicio.

—Perdón... perdón...

Murmuraba disculpas una y otra vez mientras trataba de abrirme paso tocando hombros y esquivando un ejército de camareros empeñados en ofrecermé otra copa de champán.

La marea de gente me empujó de nuevo a la sala principal. Un suave murmullo de aplausos retumbaba en mis oídos, y sentí cómo el nudo corredizo se iba estrechando cada vez más en torno a mi cuello. Pero, en ese momento, una mujer con un vaporoso vestido de chinchilla se hizo a un lado, despejando el camino a la puerta principal. Cerré los ojos por un segundo, aliviada, y me prometí a mí misma que jamás volvería a pecar.

No había terminado de rezar para mis adentros cuando un par de garras rojas se cerraron alrededor de mi brazo, haciéndome girar. Era la misma cabrona de antes, la que parecía empeñada personalmente en acabar conmigo. Y tenía a toda su pandilla detrás, como si hubieran ido a animarla. Había un hombre a su lado que, de espaldas, murmuraba algo a un broker con esmoquin.

El hombre se giró a cámara lenta. Cuando nuestras miradas se cruzaron, ambos quedamos boquiabiertos.

—¡Tú! —dijo.

Antes de nada déjame que te diga que, si esta misma situación le hubiera pasado a cualquier otra persona, me habría parecido la cosa más divertida del mundo. Amanda y yo nos habríamos partido de risa ante la imposible ironía, y habríamos apurado un par de tequilas ansiosas de ver lo que pasaría a continuación. Y, posiblemente por eso, el cosmos decidió gastarme una broma.

Era el tío rico del café.

¡*Oh por dios!* ¿Esta era *su* fiesta?

¡*Mierda!*

El corazón me dio un vuelco. ¡Aquello no podía estar pasando de verdad!

Al reconocerme, sus ojos se entrecerraron hasta lo infinitesimal, y yo me quedé del color ahuesado del mármol del suelo. Ojalá pudiera haberme escurrido por entre las baldosas. Ojalá hubiera habido un momentáneo corte de luz, o un terremoto, o incluso la aparición de uno de esos “gigantescos animales” de las pelis de terror y ciencia-ficción que me obsesionaban. Pero no tuve tanta suerte. El ángel de silicona causante del desastre paseaba la mirada de uno a otro, disfrutando del espeluznante resultado con un más que obvio regocijo. Cerré los ojos, preparándome para una de las mayores hecatombes de todos los tiempos.

Pero todo lo que recibí fue un suave beso en la mejilla.

—Hola, querida.

...¿ *Qué*?

Cuando abrí los ojos, él estaba mucho más cerca que antes. Rodeó gentilmente mi cintura con uno de sus brazos.

—Hola, Marcus.

Él sonrió, enseñando unos dientes perfectamente blancos. Su sonrisa no tenía nada que envidiar a la de la más encantadora estrella de cine.

Cuando piensas en la palabra “multimillonario”, normalmente se te viene a la cabeza la imagen de un señor mayor con mechones de pelo canoso saliéndole de las orejas. Pero no había nada canoso en este tío; todo lo contrario. Si tuviera que resumirle en una palabra y “rico” ya estuviera cogida, creo que habría elegido “guapísimo”.

Su piel era clara, pero con un cálido matiz. Indicaba que trabajaba bajo techo pero que, de vez en cuando, tenía tiempo para unas vacaciones tropicales. Tenía el pelo oscuro y sedoso; un poco más largo de lo que hubiera esperado, teniendo en cuenta que todas sus demás líneas estaban perfectamente definidas. Era pelo de tío bueno. El típico pelo que tiene tu compañero de piso, ese que de vez en cuando *tienes* que acariciar mientras juras a todos que solo sois amigos (o eso me han dicho). Y luego... luego estaban sus ojos.

No los había olvidado. A decir verdad, habían vuelto a pasearse por mi cabeza más de una vez desde nuestro encuentro en el café. Ese imposible gris esmeralda que había puesto en pausa todo mi cuerpo por unos segundos. Creí que no volvería a verlos. Creí que no volverían a mirarme de nuevo con esa perturbadora atención.

Esa fue una de las pocas veces en toda mi vida que me quedé sin habla. Por suerte para mí, Medusa continuó por donde yo lo había dejado.

—Tú... ¿tú la conoces? ¿La conoces?

El multimillonario pellizcó mi cintura, y yo miré arriba para encontrarme con aquellos preciosos ojos. Sus océanos brillaron por un momento antes de devolver su atención a la mujer. Una sutil invitación.

Mi autoestima subió un pelín, y me apoyé sin querer en su abrazo mientras recuperaba el equilibrio sobre los tacones.

—Rebecca —recordé con una sonrisa victoriosa que no escondía el temblor de mis rodillas.

Marcus sonrió.

—Perdona. Es que me has dejado sin aliento.

Mis ojos se cerraron en una sonrisa de dibujo animado. Quítate de encima, tío. Si vas a dejarme en ridículo, hazlo ya. Pero no lo hizo: al contrario, siguió con el juego. Oye, soy actriz. Así que me metí en el papel. Le miré, seductora.

—Entonces, ¿te gusta mi vestido, cielo?

—Rebecca, eres una delicia para los ojos —dijo embelesado—. No puedo dejar de mirarte.

Acaricié su cara y sonreí. Él se inclinó y pude besarle suavemente en los labios. Un calambre me recorrió de arriba abajo.

—Gracias. Sabía que era tu color favorito y quería estar perfecta para ti.

—Entonces, ¿la conoces de verdad? —preguntó su amiga.

Marcus me miró a los ojos como si estuviera completamente colado por mí.

—Llevamos saliendo desde... Oh, ¿desde cuándo dirías, cariñín?

Sus dedos pellizcaron mi cintura otra vez. Tragué saliva; quizá no iba a conseguir una salida

cómoda de todo aquello. Quizá él había preparado esta pequeña tortura para mí. Vale, podía seguir jugando. Nací para esto. Saqué una nota genial en improvisación.

—Oh, ¿sabes? —Mis ojos recorrieron rápidamente la habitación buscando la salida más cercana—. A veces... a veces siento como si acabáramos de empezar.

Él echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas, como si acabara de decir la cosa más divertida del mundo. Mientras tanto, la chica intentaba retractarse tan rápido que creí que iba a explotarle la cabeza.

—L-lo siento, Marcus, yo...

Él me miró durante una fracción de segundo, como si hubiera adivinado mi dilema. Volvió a mirar a su parloteante invitada, sonriendo de forma juguetona. Yo vigilaba cada uno de sus gestos, buscando la oportunidad para escabullirme, pero a él pareció aburrirle la conversación y volvió a mí de inmediato.

—No, ¿cuándo dirías que empezamos? —dijo, adornando la pregunta con una inclinación de cabeza. Su pelo oscuro cayó en mechones sobre su cara—. Yo diría que todo empezó en aquel pequeño café, ¿no crees?

—¿Café? —repetí, un poco mareada—. Oh... casi se me había olvidado.

—A mí no —respondió con una amplia sonrisa—. Pienso en ello todo el tiempo.

El corazón se me iba a salir del pecho. Le miré a los ojos, embobada.

—Qué tierno... —Fue todo lo que conseguí decir.

—¿Os conocisteis en un café? —preguntó la mujer.

Asentí con la cabeza.

—Me metí en una pelea. Marcus estaba a punto de recibir una paliza de un tío cuadrado.

—Tenía la situación totalmente bajo control —respondió él.

—¿Seguro, cariño? Tuviste suerte de que consiguiera engatusar a ese Hulk e invitarle a un café.

—Creo que le gustaste tanto como a mí.

—Fue una suerte que llegara tarde a trabajar aquel día. Si no, no te habría conocido. Creo que el destino cruzó nuestros caminos. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Marcus me besó la mano suavemente.

—Ocupaste mi corazón desde el día que nos conocimos, mi amor.

—Bueno, me alegro de haberte visto, pero tengo que irme a casa, en serio.

Tengo, eh... ya sabes... tengo a ese otro amante que requiere de mi atención.

Las mujeres del grupo rieron.

—Es como una muñequita —dijo una—. Qué graciosa.

—Y por eso la amo —dijo Marcus.

Intenté librarme de su abrazo con fingida indiferencia, pero Marcus me sujetó fuertemente. Meneó la cabeza con otra de sus musicales carcajadas.

—¿Otro amante? Rebecca, qué mentirosa eres —me reprendió. Estaba tan pegado a mí que pude oisquear un débil aroma a sándalo cuando nuestras caras se acercaron—. Los dos sabemos que soy tu único amante.

—Bueno, vale, es verdad.

—Además —dijo Ojos de Serpiente, que la había tomado conmigo—, aún tienes que dar tu regalo a Marcus.

—¿Regalo? —Me había quedado en blanco. Lo olvidé por completo... ¡Por dios, las mentiras seguían amontonándose!

—¿Me has comprado un regalo? —Marcus me dedicó una jovial sonrisa y me liberó de su abrazo

—. Eso es muy considerado por tu parte, cielito.

—Sí... titubeé—. ¿Lo es? —Me llevé la copa de champán a los labios con una mano temblorosa.

Cuando la bajé, todos seguían mirándome.

Marcus también, y parecía estar pasárselo mejor que nadie.

—¿Qué es?

Casi me atraganto con las burbujas.

—¿Qué es qué?

—Mi regalo. —Sus malditos ojos océano estaban riéndose de mí—. ¿Me lo das?

Mi cerebro se redujo en una niebla de auténtico pánico pero, a pesar de todo, tuve un instante de claridad. Hazlo a lo grande o vete a casa, eso dicen, ¿no? Y ya había ido demasiado lejos.

—De hecho... no es para ti. —Sonreí dulcemente—. He encontrado una pareja para Dolly.

Marcus hizo un mohín y meneó la cabeza con curiosidad.

—El pavo real —aclaré. La ingenuidad me había sorprendido incluso a mí.

Me temblaron los labios; mi personaje estaba en peligro.

—¿Te refieres a Eduardo?

—¿Quién es Eduardo?

—El pavo real.

La sonrisa de mi cara se congeló.

—¿Es macho?

Marcus se rió a carcajadas y volvió a rodearme con su maldito brazo.

—Sí, querida. Los machos son los que tienen esos plumajes tan coloridos y exagerados.

—Otro ejemplo más de la vida imitando al arte —respondí, paseando la mirada con desdén por la sala de baile.

La mujer serpiente emitió una débil risita, pero los ojos imposibles de Marcus me sondeaban profundamente, buscando los secretos que escondía mi interior. Me acercó a él aún más y se inclinó para susurrarme en el oído.

—¿Te importaría bailar?

Miré a la gente de la pista, que bailaba un ostentoso vals en ese momento, y reprimí un escalofrío.

—¿Bailar como un cupcake vienés? Uhm, creo que no.

Entonces su boca se retorció en una malvada sonrisa. Le brillaban los ojos.

—Excelente.

Un segundo después, no sé cómo, estábamos en el centro de la pista de baile, girando como tacitas de té trastornadas.

— *Mierda* —bufé, aferrándome a sus brazos como si me fuera la vida en ello.

Estuvimos a punto de colisionar con un par de vestidos revoloteantes.

—Mira, siento haber mentido, ¿vale? Pero piénsalo de forma racional; no es para tanto.

Marcus rió suavemente y me estrechó contra su pecho evitando, no sé cómo, mis espasmódicos y letales taconeos.

—¿Por qué lo has hecho?

Suspiré.

—A decir verdad... no pensé que fueras a enterarte.

Volvió a reír mientras girábamos en un amplio círculo.

—Entonces, ¿fue por el reconocimiento?

Abrí mucho los ojos.

—No, no fue por el reconocimiento. Fue para poner en su sitio a esa ridícula víbora monstruosa.

Me estaba tratando como a una mierda, y pensé que sería más amable conmigo si decía que era tu novia. Y me salió solo. No estaba planeado, lo juro.

Seguimos girando hasta llegar a una esquina. Yo tenía las uñas clavadas en sus brazos. No tenía ni idea de cómo podía llevar el baile y además hacerlo bien, pero tampoco pensaba quedarme para averiguarlo.

—Le dije *una* cosa a *una* persona. ¿Vas a humillarme por eso frente a una multitud?

Vi un destello en sus ojos.

—Bueno, no sería el primero de los dos que hace algo así.

...Vale, me había pillado.

Apoyé la frente en su pecho, tratando de quitarme de encima el pánico que estaba empezando a nublar me la vista. De pronto me vi ahí, con mi vestido de marca, mis tacones letales, mi peinado y mi maquillaje, y me sentí completamente fuera de lugar. Si la pesadilla de algunas personas era llegar en pelotas a clase y sin los deberes hechos, esta era la mía. Mi pesadilla personal. Bailar a la fuerza, como ahora, en una habitación llena de gente.

—No puedo bailar —murmuré. Mi frente se estaba perlado de pequeñas gotas de sudor.

—Lo estás haciendo genial.

—¿Ah, sí?

—Oye —dijo en un tono de voz que reclamaba mi atención. Alcé la vista y le miré a los ojos; por primera vez en toda la noche, estaba serio. Me sostuvo la mirada con una sinceridad que no pude pasar por alto—. No voy a tirarte. Solo estamos bailando. No te vas a caer.

En sus ojos no había broma ni engaño. Asentí rápidamente, tomando una bocanada de aire, y me aferré a su mano y su hombro.

—Eso es —sonrió—. Te tengo.

Empezamos a girar más y más rápido y, en cuestión de segundos, todo el mundo alrededor se había desvanecido. Resoplé y me pegué a él aún más. Sus preciosos ojos seguían puestos en mí.

—Ahora, aguanta.

Sofoqué un chillido. Cruzamos la sala de punta a punta, como si estuviéramos bailando solos. Él me sostenía en sus brazos, elevándome tanto que casi ni podía tocar el suelo con los tacones. Le sonreí, y él me devolvió una sonrisa de mil vatios. Era la sonrisa más bonita del mundo. Girábamos una y otra vez, trazando elegantes líneas entre las arañas centelleantes, y empecé a sentir mariposas en el estómago. Ya había pasado lo peor, esto estaba ocurriendo de verdad y yo estaba saliendo victoriosa, así que me permití lucir una enorme sonrisa. Reí de felicidad. Marcus me miraba radiante. Me lanzó delicadamente al aire, y me recogió en su abrazo cuando casi tocaba el suelo con el pelo. Me lo estaba pasando genial.

Entonces le miré a los ojos y todo se congeló, como si fuéramos los únicos que no estaban bailando en aquella habitación llena de muñecas que giraban incesantemente. Y en ese momento alguien carraspeó junto a mi hombro y rompió la magia.

Mis pies tocaron por fin el suelo. Al darme la vuelta, me encontré frente a un hombre de negocios de aspecto asiático y cara arrugada, flanqueado por dos versiones más jóvenes de sí mismo. Por la expresión de su cara, le gustaba bailar tanto como a mí.

—Señor Takahari —exclamó Marcus, dando un paso atrás. Su saludo fue cauto y deferente. Y algo más. Parecía casi... nervioso. Era raro ver una expresión así en un hombre tan guapo y seguro de sí mismo. Marcus no daba la impresión de ser de esos que se ponen nerviosos. Siempre parecía tener todo bajo control, incluso cuando el operario-ex-boxeador estuvo a punto de patearle el culo en la puerta del café.

Marcus me suplicó silenciosamente con la mirada. Levanté una ceja, pero decidí darle la mano y callarme. Él había evitado que me atropellaran en la sala de baile, así que yo podría devolverle el favor.

—Señor Taylor —respondió el caballero asiático. El único que no le había llamado Marcus—. Disculpe mi intrusión. Estaba a punto de irme, pero no he podido evitar fijarme en su encantadora acompañante. Normalmente suele tener a dos o tres alrededor.

¿Dos o tres?

Miré a Marcus con curiosidad. Se sonrojó y colocó la mano sobre mi cintura.

—No es ninguna intrusión. Esta es Rebecca, mi novia.

Aunque ya había oído esas palabras en boca de todos los que atestaban la sala de baile, él las había dicho con un tono diferente. Eran como una súplica. No sé si fue por el subidón del baile, o por el alivio de que Marcus no desvelara mi identidad, pero me metí en el papel sin dudarle un instante.

Y por unos segundos me sentí como una princesa. Estaba vestida para el gran baile, y el guapísimo príncipe se había referido a mí como “su novia”. Deseé que esa noche durara para siempre. Porque nunca me había ocurrido algo así.

—Encantada de conocerle. Puede llamarme Becca —dije, ofreciendo mi mano al hombre, que la estrechó mecánicamente—. Ahora es cuando trataría de agradarle recitando algo singular en japonés pero, ¡ups! No he venido preparada.

Hubo una incómoda pausa, y a los pocos segundos la cara del hombre se resquebrajó en un millón de líneas al tiempo que soltaba una extraña y gutural carcajada. Me retiré hacia atrás, de forma imperceptible, para esquivar la nubecilla de saliva que salió disparada con su risa. Por lo visto, lo había hecho bien. A pesar de su aspecto malhumorado, el hombre me gustó. Me recordaba a alguno de mis pacientes. Desvié la mirada buscando la aprobación de Marcus, pero él seguía mirando al hombre con el mismo gesto circunspecto. Como si no le hubiera oído reír, como si no supiera que podía reír también.

—No hablas nada de japonés, ¿verdad? —graznó el hombre.

—Aprendí un poema una vez. Algo de unas libélulas rojas y otro montón de imágenes bonitas. Aunque, para serle sincera, solo lo hice para impresionar a un chico.

El hombre siguió riendo escandalosamente, pero Marcus seguía paralizado.

Ni los ayudantes de Takahari parecían saber qué hacer.

Cuando por fin se tranquilizó, tomó mi mano y me condujo a un lateral de la sala de baile. Marcus, perplejo, nos seguía un paso por detrás.

—En unos días organizo un torneo de golf benéfico. Espero verte por allí, Becca.

Ni de coña.

—Comprobaré mi agenda —dije, sonriendo gentilmente y dándole un apretón en el brazo—. Ahora, caballero, deje de acapararme; tengo que echar el lazo a un millonario.

Mi comentario provocó en el hombre otra carcajada con su correspondiente emanación de saliva, pero yo ya estaba de nuevo entre la multitud, tratando de abrimme camino hasta la puerta y huyendo del follón que se había montado a mi espalda. Debería haberme despedido de Amanda. Y de Marcus, pensándolo bien.

Pero el instinto me decía a gritos que era hora de irse, antes de que las cosas pudieran ponerse peor. Llevaba toda la noche bailando en el filo de una hoja, en sentido literal y figurado. Era el momento de irse a casa.

—No puedo creer lo que acabas de hacer.

La voz de Marcus, a mi espalda, me frenó en seco. Cuando me di la vuelta, sostenía dos copas de champán, una en cada mano.

Sí, bueno, yo tampoco puedo creer el montón de cosas que he hecho esta noche, pensé.

—No debí haber dicho lo del millonario —respondí—. Pero solo estaba bromeando. Además, se rió. —Me pasé los dedos por el pelo, pero se me enredaron en el casco de laca que antes era mi melena—. Me ha encantado conocerte. Gracias por seguirme el juego. Te libero de esta carga, voy a buscar a mi amiga y nos iremos a casa. Lo hemos pasado genial en tu fiesta, ha sido estupenda.

Gracias por todo.

Marcus me sonrió.

—Sé que quieres irte pero, ¿qué tal si tomamos la última? —Alzó las copas e hizo un gesto con la cabeza en dirección al mirador—. Para celebrar nuestro éxito.

Quería irme. Y debería haberme ido. Pero es necesaria demasiada voluntad para dejar a un hombre guapísimo con dos copas de champán en la mano y volver a un cuchitril en East Hollywood. Así que lo pensé por un momento y cedí.

—Que así sea.

Le seguí en silencio, cruzando cortinas de terciopelo, hasta llegar a la planta superior, hasta entonces vetada. Miré, boquiabierta, a lo largo y ancho del inmenso recibidor.

—¿Eso es un Degas? —pregunté con curiosidad. Era prácticamente el único pintor cuya obra podía reconocer. El cuadro colgaba junto a una pintura infantil de una mariposa llena de manchas.

—No, lo hice yo cuando tenía siete años. El Degas es el que está colgado junto a él.

Arrogante.

Con una sonrisa de arrepentimiento, le seguí hasta unas puertas de cristal que daban a un pequeño balcón en el lateral de la casa. Nos apoyamos en la barandilla de piedra y chocamos nuestras copas bajo las estrellas, brindando por nuestro genial engaño mientras la masa alcoholizada abandonaba la fiesta.

Tras un momento de apacible silencio, roto solo por ocasionales sorbos de champán, Marcus empezó a hablar casi en susurros.

—¿Sabes por qué odio venir a estas fiestas?

—Creí que te encantaría relacionarte con las celebrities más supermillonarias del mundo —respondí.

Eso, o tenía complejo de Gatsby. Ya se lo preguntaría más tarde.

Me fulminó con la mirada, pero su cara se suavizó en una sonrisa mientras clavaba los ojos en la gente de abajo.

—Todos son grises y aburridos —dije.

Su sonrisa se resistía a desaparecer, relajando las líneas de su cara hasta convertirla en algo que solo podría describir como achuchable.

—Esta noche no —dijo.

Por lo que fuera, me gustó oír aquello. Fue como si esas tres palabras, *esta noche no*, nos transportaran, nos eximieran de toda culpa y pusieran el perfecto broche de oro a una noche de locura.

Me apoyé junto a él en la barandilla de piedra y eché un vistazo al exterior.

—Me gusta que pienses eso.

Marcus levantó una ceja y ladeó la cabeza, alargándome una mano.

—Por cierto, soy Marcus.

No pude evitar reír mientras estrechaba su mano.

—Sí, la agencia ya me dijo quién organizaba la fiesta.

—Ah, eres de la agencia. ¿Modelo o actriz?

—¿No es obvio? —respondí sonriendo.

Él rió.

—Actriz.

—Sí. Soy Rebecca.

—Rebecca es un nombre bonito —respondió con esa sonrisa de estrella de cine.

—Gracias.

—Entonces, mi novia se llama Rebecca —dijo con una estafalaria media sonrisa.

Negué con la cabeza, riendo.

—¿Las tres se llaman así? ¡Menuda coincidencia!

—No hagas caso a los rumores, ni al señor Takahari. No siempre estoy rodeado por dos o tres mujeres.

—Intentaré recordarlo —dije, dando un sorbito a mi copa.

Su expresión se nubló por un instante. Volvió a mirarme, aún con un rastro de sonrisa, pero más perspicaz, como si me evaluara.

—Al señor Takahari le encandilaste de verdad.

—Parece un señor adorable.

—Nunca oí a nadie decir algo así de él. Jamás. Y desde luego nunca le he visto encandilarse con nadie.

Me encogí de hombros. Mi vestido era demasiado fino, y tiritaba un poco.

—Me alegro de haberle gustado. ¿Quién es?

—Un cliente muy importante.

Marcus se quitó su chaqueta y la puso sobre mis hombros en un grácil movimiento. Un aroma embriagador me subió hasta la nariz, y me envolví aún más en ella mientras daba otro sorbito a mi champán. ¿Quién se creería esta historia cuando se la contara? Aquí, con un multimillonario en la cima del mundo.

“Surrealista” no era suficiente para describir la situación.

—¿Rebecca?

Me miraba fijamente. Se mordió el labio, como si estuviera dando vueltas a algo. Un segundo más tarde, me quitó la copa de la mano y la dejó en la barandilla.

Me quedé inmóvil, muerta de curiosidad. Marcus me agarró las muñecas con sus manos y se inclinó para susurrarme al oído...

—Tengo que proponerte algo.

Capítulo 7

—¿Me estás haciendo una proposición, como si fuera una fulana? —grité. Me había quedado pálida. Le di una patada en las pelotas—. Puede que no sea rica, que no pertenezca a este mundo, pero ¡esa no es razón para que me trates como a una prostituta!

—No es lo que quería decir —jadeó.

Eché a correr, con Marcus siguiéndome de cerca. De vez en cuando, renqueaba y hacía muecas de dolor. Me sentí como Cenicienta, saliendo del baile a toda prisa. Era hora de ponerme otra vez mis harapos.

—¡Rebecca, por favor! ¡Ni siquiera me has dejado hablar! ¡Escúchame!

—¡Déjame en paz!

Aceleré, adelantando a una pareja de tortolitos jamaicanos que se hacían arrumacos, y abrí de un tirón la puerta de la primera limusina que vi.

— Rebecca...

El conductor se giró, sobresaltado.

—Oiga, señorita, este no es su coche.

—Mire —resollé—, le aseguro que los que le pagan siguen ahí dentro poniéndose hasta el culo. ¿Podría hacerme un favor enorme y dejarme en el Taco Bell de abajo?

La mirada del conductor pasó de mí, la chica temblorosa del vestido, a Marcus, que venía corriendo, jadeante y con el esmoquin desaliñado. Levantó el mentón e hinchó el pecho.

—Claro, señorita, claro que la llevo.

—Es usted una joya.

Subí a la limusina de un salto y cerré de un portazo justo cuando Marcus llegaba. Apoyó las manos en las ventanillas del coche; el pelo, revuelto, le caía sobre la cara.

—Rebecca, no es lo que quería decir, ni mucho menos. Dame solo un minuto para explicarme.

Bajé la ventanilla un centímetro.

—Me importa una mierda lo que quisieras decir, y me importa una mierda lo que estés acostumbrado a conseguir de los demás. No soy ese tipo de chica.

Marcus, frustrado, dio un golpe al coche.

—Te importaría escuchar lo que...

—Será mejor que se aleje del coche, hijo —dijo el conductor, saliendo de la limusina. Sus bíceps parecían a punto de estallar dentro del traje. Miró a Marcus con cara de pocos amigos—. La señorita le ha pedido que se vaya. Y no queremos que nadie salga de aquí jodido, ¿verdad?

Marcus, que aún no había recuperado el resuello, levantó las manos y dio un paso atrás en un gesto de lo más teatral. Parecía muy enfadado, pero quizá el hecho de que el chófer midiera unos dos metros había tenido algo que ver en su retirada.

—Eso está mejor —dijo el chófer, sonriendo con suficiencia. Se acomodó de nuevo en su asiento y arrancó el motor, mientras yo subía la ventanilla con aire triunfante.

—Por cierto, deberías ponerte hielo ahí —dije a Marcus, señalando su entrepierna.

Salimos del aparcamiento dejando atrás una nube de polvo. Sentí un tremendo subidón, pero para cuando salimos de la propiedad y empezamos a bajar la colina, ya se había bajado por completo. El chófer y yo nos miramos, curiosos, a través de la ventanilla interior.

—Si no le importa que le pregunte... ¿dónde está su coche?

Desabroché las tiras de mis zapatos y me quité los pendientes; la noche, oficialmente, había llegado a su fin.

—Se lo he dejado a mi compañera de piso. Además, tiene las llaves en su bolso. No puedo dejarla aquí tirada, y no quiero volver después a recogerla.

Porque no me apetece cruzarme con Marcus Taylor. Una agencia de talentos nos mandó aquí a mi amiga y a mí para “causar buena impresión”, o lo que quiera que signifique eso. ¿Se lo puede creer?

El chófer miró por el retrovisor la figura de Marcus, cada vez más pequeña mientras nos alejábamos.

—Bueno, es el anfitrión, ¿verdad? Seguro que le ha dejado impresionado.

Su pragmatismo me provocó una carcajada.

—¡Sí, probablemente!

Hicimos el resto del camino en silencio hasta llegar al aparcamiento del restaurante de comida

rápida.

—¿Estará bien aquí? —dijo el conductor, echando un vistazo a la calle desierta.

—Sí, llamaré a un taxi.

Asintió con la cabeza.

—Espere dentro, ¿vale?

—Lo haré.

Sonreí, agradecida, y saqué todo lo que llevaba en el monedero para dárselo.

—Gracias otra vez. De verdad, muchas gracias.

Rechazó el dinero con un gesto y se metió de nuevo en el coche.

—No, señorita, es usted buena gente. Pero aléjese de todos esos personajes despreciables. ¿Lo pillas?

Me guiñó un ojo al arrancar y se fue. Me quedé ahí, de pie en el aparcamiento, algo desmoralizada.

—Sí, lo pillo.

Suspiré, cansada, y me metí en el Taco Bell para pedir un taxi.

Treinta minutos y cuatro tacos después ya estaba de vuelta en mi lóbrego apartamento, acurrucada con Deevus y esperando a que Amanda volviera. No tuve que esperar mucho; mi salida había causado un pequeño revuelo, y Amanda había decidido volver a casa al no encontrarme en la fiesta.

—¿Rebecca? —dijo mientras abría la puerta a empujones.

Parecía preocupada. Solo me llamaba Rebecca cuando estaba muy enfadada, muy preocupada o muy borracha.

—¡Estoy aquí! —respondí rápidamente. Deevus salió corriendo hacia la puerta.

Amanda apareció un segundo después, sonrojada y desaliñada.

—¿Qué coño ha pasado?

Me preparé para contar la historia que llevaba preparando desde el segundo taco, pero antes de que pudiera darme cuenta, mis ojos estaban bañados en lágrimas.

—Ha sido el momento más increíble... y más horrible de mi vida.

Y en ese momento me vine abajo y me puse a llorar en el suelo como una cría.

Amanda me miró boquiabierta y se agachó al momento para consolarme.

—Estamos... ¿estamos llorando por esto? —preguntó, incrédula. Mi mano voló hacia la botella que había sobre la mesa, y Amanda se apartó justo a tiempo.

—Oh... vale. Vamos a por el tequila.

Trató de acariciarme el pelo, pero se enredó entre los mechones llenos de laca y optó por darme palmaditas en la espalda.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—Ese tío, M-Marcus... —balbuceé. Casi no podía ni hablar—. Me llevó al centro de la sala, y, uh, ¡empezamos a b-bailar!

—Oh —dijo, sujetando la botella justo antes de que se me derramara por el vestido—, sé que odias bailar.

—¡Me encantó! —respondí, alargando las palabras entre mocos y lágrimas.

Sus ojos se dilataron ligeramente en la penumbra mientras trataba de comprenderlo.

—Eh... vale. Bueno, cielo, eso no suena tan mal.

—Es el rico del café.

—¿Ese del que me hablaste? ¿El de los ojos más bonitos del mundo?

—Sí. Era él.

—¡Era Marcus Taylor!

—El mismo. Créeme. A mí me impactó más que a nadie.

—¿Y bailaste con él? ¿Cómo es bailar con un multimillonario?

—No pensé en el así. O sea... no tenía símbolos de dólar revoloteando sobre su cabeza ni nada así.

No pensé en el dinero. Sabes que no soy así.

—¡Me habría encantado bailar con ese tío! ¡Te busqué tanto rato que ni siquiera pude presentarme!

—Lo siento. Marcus baila muy bien. Yo no tanto.

Le conté la historia de las snobs, cómo les había dicho que era la novia de Marcus y todo lo que pasó después. Amanda escuchó pacientemente, sin juzgarme.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo al fin.

—Claro. Pregunta.

—¿Cómo se siente una al ser la novia de un multimillonario? Sé que fue un engaño, pero... ¿cómo te sentiste en ese momento glorioso?

—Pues... estaba tan alucinada que no sabría decírtelo. Pero fue maravilloso.

Me gustó ir a su lado, aunque no durara mucho. Sonaba una música preciosa, y me sentí como en un cuento de hadas. Como Cenicienta en el baile, ¿sabes? Él era mi príncipe. Pero en vez de dar las doce, el tío me hizo un ofrecimiento raro. Así que le di una patada en las pelotas y me largué. Vaya final para un cuento de hadas, ¿eh?

—Bueno, este no funcionó... no te preocupes. Habrá más cuentos de hadas.

Aunque no deberías ir diciendo por ahí que sales con el príncipe.

—¡Soy una idiota!

Sorbí los mocos mientras la máscara de pestañas corría por mis mejillas en largas líneas negras. Con la habilidad de una veterana de guerra, Amanda sacó un pañuelo de papel y me limpió la cara.

—G-gracias —dije, tragándome las lágrimas antes de dar otro trago a la botella—. Bueno, resulta que me llevó al piso de arriba y...

—Bex, dime que no intentó hacerte nada —dijo Amanda con expresión grave.

Sus ojos brillaron de rabia; podía imaginarla perfectamente volviendo a esa fiesta hecha una furia y ahogando a Marcus con su propia corbata—. Debí imaginar que ese tipejo tramaba algo. Te lo juro, si te ha...

Negué con la cabeza rápidamente.

—No, no. Subimos a un balcón y tomamos champán. Estuvo muy bien. —Mi voz se deshizo en un sollozo. Amanda me miró sin saber qué hacer. Finalmente, cogió la botella de entre mis manos sudorosas y la dejó en la mesa.

—Vale, Bex, vas a tener que echarme una mano para que lo entienda. ¿Qué ocurrió que fuera tan malo?

Levanté la barbilla.

—Ya casi. Estuvimos brindando con champán. De pronto, dejó las copas en la barandilla, se me acercó y me cogió de las muñecas. ¡Y tenía las manos *ardiendo*, Mandi! Y entonces dijo «tengo que proponerte algo».

Terminé, entusiasmada con mi historia, y alargué la mano para coger la botella de nuevo. Amanda miró con desaprobación, pero no hizo nada por detenerme. Estaba sentada en el borde de la silla.

—Y... ¿qué era?

Entonces me di cuenta de que no había considerado esa pregunta ni por un segundo.

—No... no lo sé —confesé temblorosa—. Le di en los huevos y me fui corriendo.

Amanda se quedó boquiabierta, con una cara mitad divertida mitad enfadadísima.

—Bex...

Levantó las cejas. No sabía si iba a reír o a suspirar.

—¿Qué? —pregunté. Me había puesto de los nervios—. Ellos dicen «tengo que proponerte algo» hablando en ese tono, como si fueran hijos de Tony Montana o de Jafar, y entonces es cuando salimos corriendo, ¿no?

—Bueno... normalmente sí. —Me miró igual que la vez que me probé un pintalabios pensando que era “moderno”; ella dijo que le recordaba a un pez—. Es solo que... no sabes lo que iba a decirte. Podría haber sido cualquier cosa.

—¿Como qué? —dije burlona.

—Como... ¿Qué te parece si juramos que nunca le contaremos a nadie la grandísima mentira que hemos representado esta noche frente a todos mis invitados y socios?

Parece plausible... pero ahora mismo es irrelevante.

—Bueno, me fui corriendo —repetí con ebria simplicidad—. Y le di una patada en...

Amanda rió por la nariz y me quitó la botella para dar un largo trago.

—Sí, claro, además tenías que darle una patada. Al anfitrión de la fiesta. Al jodido Marcus Taylor.

—Síí... ¿Qué coño de nombre pretencioso es ese?

Traté de coger de nuevo el tequila, pero Amanda sostuvo la botella, mirándome dubitativa.

—Oh, vamos. Tienes que haber oído hablar de él.

Lo pensé un momento.

—Qué va. No hasta hoy. Aunque sí que había oído hablar de... Bard Taylor.

—Ese era su padre. Murió el año pasado.

No se si fue a causa de todo aquel alcohol o porque estaba especialmente sensible, pero eso me entristeció. Recordé la enorme casa vacía y sus jardines infinitos, preguntándome si a él le parecería tan solitario todo aquello como a mí.

—Vaya.

Amanda saltó rápidamente ante mi abrupto cambio de tono.

—No, no, conozco esa cara —dijo poniéndose en pie mientras yo la miraba distraída.

—¿Qué cara?

—La de que te estás hundiendo en una ciénaga de tristeza.

—Ni de coña —respondí.

—El abismo del remordimiento y la desesperación.

—¿Eso son sitios de verdad? ¿Vas ahí cuando no estoy?

Amanda me agarró de las muñecas y me puso en pie.

—Venga, una ducha y a la cama. Ya has tenido demasiadas emociones esta noche.

Me tambaleé ligeramente mientras Amanda cerraba la botella.

—No me pongas límites. Las emociones nunca pueden ser demasiadas.

Me dio una palmadita en la mejilla.

—Eres algo delicada para este tipo de cosas. Venga, vamos. A la ducha.

Los ojos empezaron a pesarme una barbaridad. Miré la puerta de mi habitación.

—No, a la cama. Ya me ducharé por la mañana.

Amanda me sopesó con la mirada.

—Si pasas la noche respirando todas esas sustancias químicas que tienes en el pelo, parirás hijos

con branquias.

Entorné los ojos por un momento, pensando en un montón de maravillosas posibilidades. Pero llegué a la conclusión de que Amanda tenía razón y caminé obediente y dificultosamente hasta el baño. Abrí el grifo y miré mi reflejo en el espejo mientras este se nublaba lentamente con el vaho. Una cara pálida y llorosa me devolvía la mirada. Forcé mis músculos hasta componer una sonrisa acuosa.

Había pasado un rato fantástico aquella noche. Aterrador, emocionante, peligroso, increíble. Todo lo malo había sido culpa mía, y todo lo bueno había sido gracias a Marcus.

Recordé su cara al elevarme por los aires cuando bailábamos: un despreocupado placer que subió de temperatura cuando me bajó lentamente al suelo.

Un tardío escalofrío recorrió mis piernas, y de pronto me pregunté si Amanda tendría razón. ¿Y si mi asumida condición de “chica sola en la gran ciudad” había hecho que apretara el gatillo con demasiada facilidad?

¿Qué iba a proponerme? ¿Permitiría que esa pregunta me persiguiera durante toda la vida?

Dejé de ver a la chica del espejo cuando una densa nube de vaho cubrió el cristal. Con un suspiro, dejé caer los hombros y me metí en la ducha bajo el agua caliente. Era inútil seguir haciéndome preguntas. El chico, la chica, la noche de imposibilidades fantásticas... todo había terminado ya.

Era hora de despertar.

Capítulo 8

—¡Es hora de despertar!

Cuando abrí los ojos, una extraña criatura se cernía sobre mí. Amanda tenía media melena recogida en rulos de goma, y la otra media caía lacia al otro lado de su cabeza. En una mano llevaba una enorme cuchara de madera de la que goteaba huevo batido, y en la otra blandía mi despertador.

—*Vas a llegar tarde otra vez. Tonta, irresponsable. Vas a llegar tarde.*

La voz parecía cansada. Me pregunté cuánto tiempo llevaría sonando.

Amanda, frenética, lo acalló de un golpe.

—Adivina qué, tonta del culo. Llegas tarde a trabajar.

—Señorita, tienes un problema con la gestión de la ira.

Me miró con cara de asesina.

—¡Levántate! Venga. ¡Tienes que salir de aquí!

Conseguí levantarme, esquivando una gota de yema de huevo por el camino.

No entendía muy bien por qué estaba tan colérica.

—¿Sabes? Se supone que tienes que cocinar eso, no llevarlo contigo por toda la casa.

—Oh, gracias, mente brillante. Estaría cocinando si no te hubieras dormido, obligándome a abandonar mi puesto —dijo, mientras se encaminaba de nuevo a la cocina—. Barry viene a desayunar.

Barry. El último en la serie *Las castraciones de Amanda Gates*.

Fruncí el ceño mientras me restregaba los ojos.

—Creí que era una de esas cosas que ofreces para parecer encantadora pero que luego nunca haces.

—Ya, yo también lo creí —respondió furiosa—. Pero ¡oh, sorpresa! Suena el teléfono esta mañana y, ¿sabes quién viene de camino?

—¿Barry?

—Oh, pírate —dijo, lanzándome una zapatilla mientras entraba en la cocina a coger un yogur. ¡*Falloooooo!* Tendría que hacer otro intento—. Y no olvides llevarte nuestro coche. Tienes que dejarlo en el taller a la hora de comer para que lo tengan listo cuando salgas.

Nuestro coche. Eso había sido muy generoso por su parte, porque la verdad es que era su coche. Se lo habían comprado sus padres, pero siempre lo compartió conmigo como si fuera de las dos. A las dos semanas de tenerlo ya lo habíamos llenado de porquerías, como si fuéramos adolescentes; música, velas, comida, maquillaje, ropa. Toda la mierda que puedas imaginar. Ahora estaba hecho una birria y echaba demasiado humo. Cada semana se le caía algo. Pero a una mala, podríamos vivir de todo lo que tenía dentro si alguna vez nos veíamos necesitadas.

—Claro —dije mientras me ponía los zapatos. Hice otro intento de coger el yogur—. ¿Qué le pasa ahora?

—No lo sé —dijo con un gesto de desdén, devolviendo su atención a los huevos humeantes—. Será la correa de distribución, el encendido, las bujías. Algo así.

—Vale —dije, poniendo los ojos en blanco—. Les diré eso a los del taller.

Ya estaba en la puerta cuando Amanda se giró de pronto, esparciendo gotitas de huevo por todas partes.

—¿Bex? Qué... ¿qué crees que pensará él de mí?

Recorrí con la mirada la caótica cocina. Amanda estaba en pánico.

—Pensará que eres multitarea. —Sonó un ruido al otro lado de la puerta—. ¡Y eso es bueno! ¿No?

Punto para mí. Salí por la puerta abriendo la tapa del yogur que tanto me había costado conseguir. Había olvidado coger una cuchara.

—Señorita White.

Me quedé paralizada, con un pie en el aire. Era la viva imagen de la culpa.

Teller Hamburg, mi casero, salía en ese momento de su oficina en el segundo piso. Su aguileña cara de rata mostraba indiferencia, pero estaba segura de que llevaba un rato ahí, esperando que saliera.

—Señorita White —repitió con una empalagosa sonrisa mientras se acercaba—, llevo unos cuantos días intentando verla, pero parece que no coincidimos.

—Debe ser eso —murmuré, pegándome a la pared en un vano intento de huida.

Con una floritura entrenada hasta la perfección, sacó una pesada hoja de papel color crema y la dejó caer en mis manos. La acerqué a mi nariz.

—¿Es un pergamino?

—Es su aviso de desahucio.

Leí rápidamente el documento, boquiabierta. Lo ponía muy claro: debía abandonar el apartamento por un retraso de mes y medio en el pago de la renta y “flagrante impertinencia”. Roja de rabia, arrugué el papel y lo introduje en mi bolso.

—¿Flagrante impertinencia? —dije, enarcando mucho las cejas.

Hamburg sonrió.

—Legalmente, no puedo echarla por eso. Pero sí por la renta atrasada, así que no vi razón para no incluirlo.

—Esto está a mi nombre. ¿Qué pasa con Amanda? Compartimos el apartamento. ¡No puede echar a una de las dos!

—La señorita Gates nunca ha fallado en el pago de su renta. Solo usted, señorita White —dijo, acercándose un poco más y mirándome de forma ominosa—. Solo usted.

Le aparté de un empujón con evidente desagrado. A la semana de vivir allí había rechazado educadamente una invitación para cenar y, desde entonces, nuestra relación había sido una constante Guerra Fría.

—No se preocupe —sonrió—. Seguro que puede vivir en esa mierda de coche que tiene.
No crea que no lo he pensado.

—Ya me encargaré de esto luego —respondí, sonriendo sarcástica mientras bajaba las escaleras—. Algunos tenemos trabajos de verdad. Ya sabe, no nos dedicamos a reptar por los pasillos esperando a...

Oí su puerta cerrarse de un golpe. Mejor; me estaba quedando sin palabras.

Caminé dificultosamente por el aparcamiento, con el aviso de desahucio pesándome en la conciencia. ¿Cómo iba a evitarlo, así, por arte de magia? ¿De dónde iba a sacar la renta de dos meses en diez días? Amanda podría pedir ayuda a sus padres, claro, pero no quería que me prestaran dinero. Y la mitad de mi sueldo de ese mes iba a llevársela la reparación de ese maldito coche.

Abrí la puerta del coche de un tirón y me metí dentro. Cerré los ojos, apoyándome en el agrietado asiento de cuero. Olía a café cortado y a patatas fritas podridas. Genial.

Bueno... ya se me ocurriría algo. Como siempre.

Tiré el yogur abierto al asiento trasero y contuve el aliento mientras giraba la llave del contacto; recé porque Amanda se hubiera equivocado y la “cosa rota” no fuera el encendido.

Me vomitaron encima en el trabajo. Se rieron de mí en el taller. Siete horas después de recibir mi aviso de desahucio, estaba empezando a pensar que las fuerzas cósmicas se lo estaban pasando de miedo a mi costa.

Mi hora de comer pasó volando en lo que parecía una fuga en el sistema de refrigeración, así que llegué a casa muerta de hambre. Salí del coche con la mente puesta en la cocina, deseando que hubiese quedado algo de comida china que echarme a la boca antes de salir de nuevo. En media hora debía irme a un casting.

Seguro que Amanda ya estaba allí, guardándonos el sitio en la cola. O eso, o su desayuno con Barry se había prolongado más de lo esperado y me desahuciarían de mi casa dos veces en el mismo día.

Iba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de la oscura silueta del hombre que me seguía hasta que fue demasiado tarde. Contuve el aliento y agarré fuertemente mi bolso. Estaba demasiado lejos del apartamento como para correr en busca de ayuda, y demasiado lejos del coche como para volver corriendo.

El corazón se me iba a salir por la boca. ¡Vale, lo admito, estaba cagada de miedo!

Esto no puede estar pasando. Seguro que te equivocas.

Pero era obvio que el hombre me estaba siguiendo. Caminé tan rápido como pude sin llegar a correr, pero cada vez lo tenía más cerca.

Respira hondo. Has vivido esto en tu cabeza un millón de veces. Sabes lo que tienes que hacer.

Llené los pulmones de aire lentamente, manteniendo la mirada fija. El eco de los pasos que me seguían sonaba cada vez más fuerte, pero esperé hasta sentir la presencia del hombre justo a mi espalda. Entonces, saqué mi spray de pimienta del bolso y disparé...

...a los ojos de Marcus Taylor.

Capítulo 9

—¡Por el amor de Dios!

Se llevó las manos a los ojos. Me llevé las manos a la boca. ¿Qué coño acababa de hacer? Menos mal que aún estaba un poco lejos y el gas no le había dado de lleno. Seguramente no le habría entrado mucho, pero lo suficiente como para hacerle pasar mal un rato.

¡Mierda! ¡Soy una idiota!

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Marcus dio unos pasos atrás, tapándose la cara.

—¡Creí que ibas a atacarme! —dije, tirando al suelo el spray de pimienta.

—¡Tú eres la que me ha atacado! ¡Nunca he conocido a nadie con un pronto tan violento como el tuyo!

Apretó los puños contra sus ojos, maldiciendo. A pesar de mi pánico culpable, y aunque no tenía ni idea de cómo había encontrado mi apartamento, resistí el impulso de salir corriendo. Estaba pasándolo mal, y yo no podía quedarme ahí sin hacer nada. Mi formación médica tomó las riendas, e intenté hacer palanca con las manos para verle la cara.

—Déjame ver...

—¡Quítame tus manos de encima, Rebecca!

Creo que no estaba pensando, precisamente, en lo bonito de mi nombre.

—Estoy intentando ayudar... soy auxiliar de enfermería.

—Ya conozco Westwood. Te he visto allí antes.

La respuesta parecía sencilla, pero un montón de preguntas se agolparon en mi cabeza.

Me erguí, dando un paso atrás.

—¿Y cómo sabes que trabajo allí?

—Te vi el mes pasado. ¿Te acuerdas de esa reunión con un montón de comida china?

—¿Toda esa gente trajeada? Sí, me acuerdo.

—Estaba allí. Te vi haciendo compañía a una mujer mayor que lloraba. Tú estabas abrazándola, consolándola, y me pareció muy tierno. Me llegó al corazón...

fue auténtico y sincero.

—Su marido acababa de morir. Era lo menos que podía hacer.

—Fuiste muy humana.

—Apuesto lo que quieras a que ahora mismo no estás pensando eso.

Marcus rió.

Le llevé a ciegas hasta mi coche, y le ayudé a sentarse. Cuando por fin se tranquilizó, me apresuré a rebuscar en el asiento de atrás, y emergí poco después con una camisa limpia y una botella de agua mineral.

—Ven —dije, humedeciendo el dobladillo y tirando suavemente de sus muñecas. Se resistió unos segundos, pero al fin bajó las manos, dejándome limpiar la piel alrededor de los ojos. Poco después, la comisura de su boca dibujó una leve sonrisa. Seguí limpiando sus ojos hasta que la sonrisa fue demasiado grande como para ignorarla.

—¿Qué es exactamente lo que te parece tan divertido?

—Nada... solo que estamos sentando un peligroso precedente.

No pude evitar reír.

—No para mí, por lo visto.

—Espera —avisó—. Se acerca tu hora.

Tiré de su pelo un poco más fuerte de lo necesario para inclinarle la cabeza.

—Intenta mantener los ojos abiertos. Vamos a enjuagar esto todo lo que podamos.

Con toda la delicadeza de que fui capaz, eché su cabeza hacia atrás y vertí lo que quedaba de la botella de agua, que cayó en pequeños regueros a través de su cabello haciendo reflejos plateados antes de formar pequeños charquitos en la acera.

Al acabar, abrió los ojos rápidamente.

—¿Y bien? —preguntó.

—Has sobrevivido. En mi opinión profesional, te podrás bien. Tuviste suerte de que te disparara desde lejos... podría haber sido mucho peor. Y quiero pedirte perdón otra vez. Siento mucho haberme asustado. Y tendré que invitarte a un café, sin duda. Pero hoy no, porque llego tarde.

Había pensado constantemente en Marcus Taylor desde que nos conocimos en el café, pero esa proposición había hecho que le perdiera el respeto. Yo no era ninguna golfa. Aunque claro, después de haberle gaseado, lo menos que podía hacer era invitarle a una taza de café. Se la debía.

—¿Tengo que hacer esto para conseguir que me invites a un café?

Sonreí.

—Supongo que el otro tío lo tuvo más fácil, ¿eh?

Marcus emitió un gruñido de disgusto, algo a medio camino entre un bufido y una burla.

—Siento que llegues tarde por mi culpa.

—No pasa nada.

Marcus respiró hondo, tratando de recuperar el control de la situación, y empezó a hablar.

—Vine para disculparme, lo primero, por haberte asustado en mi fiesta.

Siento que te llevaras la impresión equivocada.

Me mordí el labio inferior nerviosamente, sin decir nada. Marcus negó con la cabeza y se secó los ojos con mi camisa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

Entonces salté.

—Intenta ser una chica y vivir sola en esta ciudad. Verás lo nervioso que te vuelves.

—Touché —susurró. Levantó la vista con curiosidad—. ¿Vives sola?

No había por qué mentir. Total, ya estaba aquí.

—Con Amanda, mi compañera. Y con Deevus, claro.

—¿Quién es Deevus?

—Nuestro gato cojo.

—¿Por qué le llamaste así?

Fruncí el ceño, tratando de recordarlo. *Ni puñetera idea, la verdad.*

—Es una larga historia. ¿Qué es lo segundo?

—¿Cómo?

—Lo segundo. —No sabía qué narices estaba haciendo aquí, pero tenía que irme al casting corriendo y mis niveles de azúcar en sangre estaban empezando a bajar peligrosamente. Si no empezaba a hablar pronto, tendría que recurrir al canibalismo—. Dijiste que «lo primero», querías disculparte... Así que, ¿qué es lo segundo?

—Lo segundo —dijo, mirándome con detenimiento—, es que quería hablarte de esa proposición. Pero espero que no me des otra patada. O me acuchilles, o me gasees, o me asfixies, o...

—Lo pillo, lo pillo —respondí levantando las manos—. Si no hay prostitución de por medio, no te pasará nada. Palabra de scout.

Sonrió ligeramente. Yo le di un codazo.

—No vas a ofrecerme un millón de dólares por pasar una noche contigo, como Robert Redford, ¿no?

—Bah, Robert Redford no tiene ni idea. Yo te habría ofrecido al menos el doble.

Le di una bofetada en broma.

—Hablabas de la peli, *Una proposición indecente*.

—Ya lo sé. Intentaba animarte —respondió guiñándome un ojo.

—Vale —sonreí—. Pero ya que te he pegado y gaseado, ¿no deberías estar subiendo colina arriba, alejándote de mí tanto como pudieras?

—En una situación normal lo haría. Pero creo que eres la única que puede arreglar esto.

—¿Yo? ¿En serio? ¿Qué se supone que tengo que arreglar?

Me miró por un momento, como evaluando mi estado emocional, hasta que decidió que era seguro continuar.

—¿Te acuerdas del señor Takahari? ¿El asiático de la fiesta?

—¿El que dijo que normalmente vas por ahí con tres novias?

Titubeó un segundo, pero se recuperó rápidamente.

—Sí. Bueno, de eso es de lo que he venido a hablar contigo. Tengo un pequeño problema de imagen, y necesito causarle una buena impresión.

Recordé la pelea del café y no pude evitar reírme.

—¿Un problema de imagen? ¿Tú? ¡Venga ya!

—Rebecca, ya vale —dijo algo exasperado—. Bueno, no había sido un problema hasta ahora. Siempre mantengo mi vida laboral al margen de la personal.

Pero estoy teniendo problemas con algunos grandes inversores.

Entonces, se lanzó a contarme una sombría y aburrida explicación llena de números, datos, fechas, horas, estadísticas y carteras de acciones. Intenté prestar atención, pero en cuestión de un minuto mi mente ya divagaba hacia el más inmediato de mis problemas: alimentarme. Seguro que tendría algo de comida tirada por el interior del coche.

Me giré y abrí la puerta, mirando educadamente a Marcus de vez en cuando para demostrar que seguía escuchándole. ¿Cómo narices había terminado sentada en la acera escuchando a ese tío hablar de los entresijos de Wall Street? Me estaba muriendo de hambre. ¿Qué tremenda faena me estaba devolviendo el karma?

Desahucio, vómito, el coche averiado, inanición, ¿y también esto? ¿Es que no había sufrido lo suficiente hoy? ¿Es que no había ningún —¡oh! ¡Cheetos!

Asentí de nuevo con la cabeza a lo que Marcus decía, subrayando mi atención con un concienzudo ceño fruncido, mientras sacaba la bolsa de Cheetos del asiento trasero y me abalanzaba sobre ella. No estaban mal. Algo pasados. Caducados, de hecho. Pero seguían sabiendo a delicioso queso. Y en mi estado actual no se me ocurriría tirarlos.

Marcus miró la bolsa con gesto de desagrado, pero siguió hablando mientras yo zampaba a dos carrillos.

—Así que, en pocas palabras, si no consigo que mi imagen pública cambie radicalmente, voy a perder una indecorosa cantidad de dinero.

Hurgué en la bolsa, conteniendo el impulso de poner los ojos en blanco.

Primer paso para arreglar tu imagen: limitar el uso de la palabra “indecoroso”.

—Bueno, parece un problema realmente *indecoroso* —dije masticando un Cheeto—. Entonces, ¿por qué has venido?

Su cara se iluminó a pesar de las quemaduras.

—Tú eres mi solución.

Dejé de masticar.

—Si quieres que mate a alguien por ti, es que has llevado lo de mi “pronto violento” demasiado lejos. Te diré que no me sentiría cómoda haciéndolo. No soy tan violenta, en serio.

—No, no lo has entendido... Yo...

Marcus me arrebató la bolsa de Cheetos de las manos y la tiró en la hierba de atrás.

—¡Hey! —dije ofendida.

—Es repugnante —dijo por toda respuesta—. Ahora, mi solución. —Inclinó la cabeza para darme el mejor de sus perfiles—. Quiero que seas mi novia.

Parpadeé.

—Actuar —aclaré rápidamente—, “quiero que actúes como mi novia”.

No se me ocurría nada que decir. ¿Bill Gates había venido hasta East Hollywood a pedirme una cita falsa? Cuando me di cuenta de que no estaba de broma, de que en realidad esa era su solución, me apoyé contra el bordillo.

—¿Por qué piensas que yo estaría dispuesta a hacer eso?

Marcus ladeó la cabeza con una sonrisa juguetona.

—No tuviste problema en hacerlo el otro día.

—¡Eso fue distinto!

—¿Por qué?

—Una noche. Una persona. Una mentira —dije, golpeando mi dedo índice repetidamente contra la palma de la mano para hacerle entrar en razón.

¿En serio había venido aquí creyendo que yo me prestaría a mentir a toda su empresa? En algún momento, entre el baile y la confusión del pavo real, esto se nos había ido de las manos.

—Y solo te pido que lo hagas una vez más —dijo, desplegando todos sus encantos—. Mira, el día diecisiete hay una importante gala benéfica, y me encantaría que...

—Mi respuesta es no —corté—. Lo siento.

Por mucho que me gustara la idea de salir por la ciudad con mi propio playboy de cincuenta sombras falso, tenía mi vida. Tenía un apartamento del que encargarme y una carrera de actriz que sacar adelante. No tenía tiempo para relaciones de mentira. Mierda, ni siquiera tenía tiempo para relaciones de verdad.

—Además, llego tarde. Pero te invitaré a ese café, prometido.

Solo tenía cinco minutos para llegar al casting. Me puse en pie y abrí la puerta del coche, tirando sin querer una avalancha de papeles y sombreros. Me sonrojé, y Marcus se agachó y me ayudó a recogerlos en silencio. Un papel en particular pareció llamar su atención, pero estaba haciendo todo lo posible por evitar su mirada y no llegué a ver cuál era.

No se enfadó cuando me negué a ayudarle. No parecía molesto por que fuera a dejarle ahí, abandonado en el aparcamiento. Ni siquiera preguntó por qué tenía una colección de CDs rayados de Bob Marley dentro de una boina andrajosa. Solo me entregó todo lo que había cogido del suelo y se metió las manos en los bolsillos.

—Te haré cambiar de opinión —prometió mientras yo me sentaba en el coche y arrancaba el motor.

—¿Ya has olvidado el spray de pimienta? Circula, colega —respondí con una gran sonrisa.

Me miró fijamente y me devolvió la sonrisa. Seguía teniendo las manos en los bolsillos, y una suave brisa le revolvía el pelo. Aunque parecía totalmente fuera de lugar, de pie en el aparcamiento con su traje carísimo, en ese barrio de licorerías y lavanderías de dos dólares el servicio, mantenía

un total aire de confianza, como si fuera el barrio, y no él, lo que estaba fuera de sitio. No estaba nada mal para un chico con problemas de imagen.

Pero... ese era su problema, no el mío.

Accioné dos veces el claxon para que se apartara de mi camino y partí velozmente hacia la contaminada puesta de sol, esperando que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 10

Llamé a Amanda desde la sala del casting para contarle que me había encontrado con Marcus. Ya se había ido, y estaba de camino a casa de Barry.

—¡Mierda! ¿Vino a nuestro apartamento?

—Sí.

—¿Y quiere contratarte como novia falsa?

—Le dije que no.

—¿Te importaría si yo acepto el papel? Porque puedo ser la perfecta novia falsa. Incluso tengo un vestido que le encantaría. Ese negro, brillante y ajustado, que me marca el escote.

—¡Amanda!

—Era broma. Bueno, quizá no. Escucha, háblale de mí si quieres. ¡Puedo ser la novia perfecta! O sea, ese tío está forrado. ¿Por qué coño no le dijiste que sí?

—Porque estoy deprimida. Desde que le conocí en el café no dejo de pensar en él. Y sí, la cagué la primera vez... pero ojalá tuviera una segunda oportunidad.

—¡La tuviste! Y le diste una patada en los huevos.

—Espera, espera. Vamos a rebobinar hasta ahí, ¿vale? Conozco a ese tío en el café y luego descubro su verdadera identidad. Es un multimillonario playboy de mala reputación. Y le conozco en persona, y bailamos. Y aunque no tengo ni idea de bailar, es el mejor baile que he tenido nunca. Y pienso, oye, quizá todo el mundo está equivocado con este chico. Y entonces se porta maravillosamente conmigo. Y ¿qué hace después? La maldita propuesta.

—Pero no era sexo. Era sexo de mentira. Y no le diste oportunidad de explicarse.

—¿Sexo de mentira? Eso tampoco tiene ningún sentido.

—No estaba intentando pagarte para tener sexo, estaba ofreciéndote un trabajo. Para que fueras su novia de mentira. Además, tú fuiste quien empezó toda esa mierda de la novia de mentira en un primer momento.

—Oye, yo no quería que me ofreciera un papel. Quería que me pidiera una cita.

—Ah, ya sé de qué va todo esto. Por eso no lo has aceptado. Vale, pues deja que lo haga yo. Te daré una comisión, si quieres. Porque este tío puede pagar nuestro alquiler de un año entero. Y no te lo dije, pero mis padres dejaron de mandarme dinero el mes pasado.

—Oh, vaya. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Es hora de abrir las alas y volar sola. Pero nos iría muy bien esa pasta. Si no quieres hacerlo tú, ¡déjame a mí! Gastaré todo lo que me pague en la renta, las dos salimos ganando.

—¿Y qué pasa con Barry?

—La palabra clave es “falsa”. Es una relación “falsa”. ¡Es un papel! Y puedo hacerlo, soy una actriz fantástica.

Respiré hondo.

—Deberías haberme dicho que tus padres habían dejado de pasarte dinero.

—No quise que te compadecieras. Pero no te preocupes, está todo bien.

Oí una voz de mujer que me llamaba desde la puerta.

—Rebecca White.

—Oye, acaban de llamarme. Deséame suerte. Hablamos más tarde.

—¡Buena suerte!

—...Y sea cual sea el camino a recorrer por vos, os deseo una buena mañana y una pronta noche...

¿Y una *pronta* noche? ¿Qué narices significaba eso? ¿De dónde habían sacado esas líneas? Igual si subía un poco el acento...

—Gracias, señorita White —dijo una voz incorpórea mientras las luces volvían a encenderse—. ¡Siguiente!

Me puse las gafas de sol, di las gracias y salí de nuevo a la calle, recorriéndola con la mirada en busca de una cafetería mientras en mi cabeza seguían revoloteando los versos de aquel Shakespeare de pacotilla. El anuncio ponía que buscaban locos por el teatro antiguo, así que asumí que el papel al que me presentaba era el de una aficionada al teatro. No esperaba, desde luego, que la película fuera una obra que transcurría en el Sussex de 1640.

Vagué hasta una cafetería, pedí el capuccino con moca de rigor y volví a mi apartamento diez minutos después. Amanda había salido con Barry y, por suerte, no me había vuelto a tropezar con Hamburg al volver a casa. No, Deevus y yo estábamos solos, como de costumbre.

Dejé mi bolso en el suelo y bostezando sonoramente marqué el teléfono de mi madre. Era el día de nuestra charla quincenal sobre la vida. Me contó que estaba tan ocupada como siempre —oh, sí, ocupadísima— con sus clases de yoga, sus clases de spinning, sus clases de flamenco (sí, flamenco, pero no el baile: el idioma) y los trabajos de jardín. Pero por suerte tenía unos minutos para charlar conmigo.

Puse los ojos en blanco y sonreí mientras mi madre recitaba uno de sus sermones habituales. Si alguna vez olvidaba llamarla, seguro que sería capaz de avisar a la Guardia Nacional.

—¿Y tú qué, cielo? —preguntó cuando consiguió respirar—. ¿Qué has hecho hoy?

La cara de un guapo multimillonario envuelto en una nube de gas pimienta cruzó por mi mente, pero conseguí ceñirme a uno de esos “días normales sin mucho que contar”.

—Oh, ya sabes. Trabajando. La cagué en otro casting. —Di un sorbo a mi café—. Lo normal.

Sentí el juicio de valor que ocultaba su suspiro a dos estados de distancia.

—Deja que adivine... has pedido un capuccino con moca, te has ido directa a casa y ahora estás vagando por ahí con esas espantosas zapatillas de pingüinos que tanto te gustan.

Miré a mi café y a mis zapatillas antes de escudriñar recelosa el salón. A veces tenía la horrorosa sensación de que mi madre tenía cámaras en el apartamento.

Miré de soslayo a la luz parpadeante del detector de humos y me levanté, caminando hasta el pequeño balcón del apartamento.

—Ya sabes que me gusta el capucc...

—Bex, tienes que salir de ahí —me interrumpió—. Pasas todo el tiempo en el trabajo con esos viejos.

Reí por la nariz.

—Bueno, algún día, cuando tú también lo seas, seguro que te alegra que haya gente como yo.

—Qué graciosa —dijo, riendo y gimiendo en la misma palabra. Era la única persona que conocía capaz de hacer eso—. Solo quiero que seas feliz. ¡Vive la vida!

¡Coge el toro por los cuernos!

Me tapé la otra oreja; había mucho alboroto en la calle.

—Sí, mamá, pero ciertas cosas no ocurren en la vida real...

Oh...por dios.

El teléfono se me cayó de la mano. Una limusina, que circulaba lentamente por la calle, acababa de aparcar justo debajo de mi balcón, seguida por una pequeña multitud de gente que hacía fotos con sus móviles. Pero no era la limusina a lo que todos hacían fotos.

Era Marcus Taylor, sentado sobre el techo solar con un capuccino con moca en la mano. Apuesto a que su hazaña saldría mañana por la mañana en todos los periódicos. Mierda, seguro que en menos de una hora ya sería viral. Pero no parecía importarle lo más mínimo. ¿Estaba arriesgando su reputación por mí?

Porque asombrar a una chica pobre del lado equivocado de la ciudad no haría mucho por su reputación. Aunque fuera todo falso. ¿No mejoraría su imagen más saliendo con una celebrity rica como él?

Sonreía de oreja a oreja, encantado obviamente con la teatralidad de su plan.

—¡Oiga, hermosa doncella! —dijo, dejando a todas las mujeres de la calle embelesadas—. ¿Puedo subir a hablar con usted?

Me quedé boquiabierta, mirándole como una tonta. ¿ *Hermosa doncella*?

¿Dónde narices estaba cuando ensayé mis líneas un rato antes?

Cogí el teléfono.

—Mamá, te llamo más tarde.

Saqué medio cuerpo por el balcón.

—¿Quién ha estado viendo comedias románticas últimamente?

Me ignoró y trepó por la escalera de incendios como un campeón, sin derramar una gota de café, hasta llegar a mi pequeño balcón. Tengo que admitir que estaba impresionada de que hubiera hecho algo así para llamar mi atención.

—Guau —dije—, impresionante. No se te ha caído ni una gota.

—En las pelis tienen mucha mejor pinta —respondió, calculando con la mirada la estrechez del balcón mientras me pasaba el café.

—Ya, bueno, esto es Los Ángeles. El espacio cuesta dinero. —Agité el café y sonreí; aún quedaba como una cuarta parte—. Oye, tienes que darme el número de este servicio de café a domicilio. ¡Me encanta!

Marcus me guiñó un ojo.

—¿Estás pidiéndome mi teléfono?

Sonreí de oreja a oreja.

Él se alisó la camisa y puso su mejor cara de póker.

—Vale, iré directo al grano. Te pago veinte mil dólares si vienes conmigo al Caribe un fin de semana.

—No soy una puta de lujo —respondí—. Quizá deberías llamar a una, seguro que muchas se apuntan. ¿Prefieres la patada ahora o luego? Ya te dije que nada de prostitución.

—Necesito una actriz, no una puta.

—Vale. Dijiste que querías que hiciera de tu novia para solucionar esa imagen de Casanova que tienes ante los demás. Podrías pagar a una puta para eso, ¿sabes?

Por lo que he oído, tienen paquetes de “novia”.

—No quiero que me relacionen con una puta.

—Claro, si te pillan sería fatal para tu imagen.

—¿Veinte mil te parece justo?

—¿En serio?

—Sí, Rebecca. Totalmente en serio. Actúa como si fueras mi novia por un fin de semana y te lo pagaré.

Mi mente se quedó en blanco. Completamente en blanco. Quizá tuviera algo que ver con los *veinte mil* dólares... Amanda me mataría si no lo aceptaba.

Abrí la boca unas cuantas veces, pero no fui capaz de emitir ninguna secuencia lógica de palabras.

—¿Tú qué...? ¿Estás en serio...? ¿Qué voy a hacer yo sola en el Caribe?

Marcus contuvo una sonrisa.

—Bueno, yo estaré contigo. Un cliente muy importante va a organizar una gala benéfica allí en dos semanas, y quiero dar la impresión de que soy un tío estable.

—Claramente —sonreí.

—Con una estable y encantadora novia —dijo, asintiendo con la cabeza mientras me miraba—. Una que ya sé que le cae bien a mi cliente.

Seguía atontada.

—¿Vas al Caribe solo por un fin de semana? —Me había enredado en otro detalle sin importancia alguna.

¿Por qué siempre que pasaba algo importante en mi vida lo recordaba como una canción de fondo, y no como si estuviera pasando en realidad? Quizá no estuviera hecha para ese tipo de shocks.

Marcus se encogió de hombros sin el más mínimo atisbo de culpa.

—Cuando puedes permitirte ir donde quieras, da igual que vayas solo un fin de semana.

—Oh, claro —respondí débilmente.

Me dedicó una sonrisa celestial.

—¿Entonces...?

Alcé la vista para mirarle. Marcus se agachó, y sus malditos ojos océano brillaron justo frente a los míos. El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

En ese momento, me sorprendí de que mi aviso de desahucio no saliera volando de mi bolso por una misteriosa brisa y me golpeará en los morros. El café, la fiesta, el desafortunado incidente del gas pimienta... el universo me estaba dando empujoncitos, uno tras otro, pero eso mismo era lo que me hacía mantenerme cauta. No me fiaba de los cuentos de hadas. Nunca lo había hecho.

Ignorando la sugerente forma en que su cuerpo se inclinaba hacia el mío, di un paso atrás a propósito, entornando los ojos con recelo.

—Y si, por consiguiente, vamos al...

¿*Por consiguiente?*

Me sonrojé.

—Lo siento. Está siendo un día muy extraño. Fui a una audición para un papel y aún lo tengo en la cabeza. Eh... bueno, si vamos el fin de semana, tú me pagas, ¿y ya está? ¿Luego cada uno por su camino?

No podía creer que estuviera sopesándolo. No podía hacerme a la idea. Y... si dijera que no, ¿qué pasaría? Se iría en su limusina, dejándome aquí, con mi taza de café vacía, esperando junto a Deevus a que Amanda volviera. Se lo contaría todo y ella fliparía. Luego estaríamos un par de noches especulando sobre lo que podría haber pasado hasta que lo olvidáramos. Para cuando llegara el fin de semana, ya sería un recuerdo borroso. Guardado en ese rincón prohibido de mi mente en el que encerraba todos los “y si” y las oportunidades perdidas que, lentamente, fermentaban hasta crear un caldo de amargura y rabia pasivo-agresiva.

No. Esta vez no. Esta vez lo haría. Sin reservas, sin arrepentimientos.

Aunque eso significara estar de acuerdo con mi madre.

—Así es —respondió Marcus, levantando las manos de forma inocente. Antes de que pudiera cambiar de opinión, dejó en mis manos un grueso sobre—.

Considéralo un adelanto. De buena fe, y todo eso.

Miré el sobre, incrédula. Quizá debería establecer ciertos límites y condiciones. Quizá deberíamos preparar algún tipo de papeleo, o encontrar un notario, o algo así. Pero antes de que pudiera abrir la boca para expresar alguna de mis preocupaciones, Marcus cogió mi teléfono y guardó su número en la agenda.

—Nada físico, nada indecente. Habitaciones separadas —dije.

Me devolvió el teléfono y sonrió de nuevo.

—No te preocupes... seguro que para cuando acabe el fin de semana, bueno, no podremos esperar a librarnos uno del otro.

Reí nerviosamente, mirando el sobre.

—Vale.

—Rebecca —dijo, tocándome el hombro. Le miré a los ojos—. Vamos a estar todo el tiempo rodeados de gente. No vas a tener de qué arrepentirte. Te doy mi palabra.

La cínica en mí se deshizo ante la sinceridad que brillaba en sus ojos.

—Vale. La respuesta es sí. Me encantará ser tu novia de mentira. —Le guiñé un ojo—. Y va a quedar genial en mi currículum de actriz.

Marcus ladeó la cabeza, y yo solté una carcajada.

—Era broma.

—Genial —respondió—. No te arrepentirás. Y vas a ayudarme a salir de un lío grandísimo. No podré agradecértelo lo suficiente.

—Tú también me estás ayudando. Gracias a ti no van a desahuciarme. Así que gracias.

—El placer es mío.

—Tienes que darme las fechas exactas de lo del Caribe. Necesito pedir los días en el trabajo cuanto antes.

—¡Por supuesto! Te informaré de todo enseguida.

—Gracias.

Satisfecho por mi satisfacción, Marcus dio un paso atrás y miró, dubitativo, a la escalera de incendios.

—¿Te importa si...?

Hice un gesto con la cabeza en dirección al apartamento.

—Claro, ¿por qué no bajas por la escalera de verdad?

Capítulo 11

En teoría, debí haber pasado la mañana siguiente durmiendo. Me había quedado despierta hasta bien entrada la madrugada. Tras pasar al menos una hora mirando al sobre cerrado que tenía sobre la mesa, reuní el coraje suficiente para abrirlo. Diez mil dólares. Resistí el impulso de bajar las escaleras y abofetear con ellos a Hamburg, pero entré en pánico al pensar que mi pequeño nido de cucarachas en East Hollywood no era un lugar seguro en el que guardar diez mil dólares. Pasé el resto de la noche revolviendo el apartamento, buscando frenéticamente un escondrijo seguro en el que guardar el dinero hasta que pudiera llevarlo al banco. Busqué inspiración en algunas de mis películas favoritas y, al final, después de rayar unas cuantas baldosas tratando de averiguar si alguna de ellas estaba suelta, acabé metiendo los billetes en una bolsa para sándwiches que guardé al fondo

del congelador, justo detrás de unos helados que llevaban ahí siglos. Amanda, por suerte, había pasado la noche en casa de Barry. Se habría asombrado de ver el piso completamente revuelto, y creería que me había vuelto loca del todo. Tampoco importaba demasiado. Supuestamente podría dormir a pierna suelta, porque tenía el día libre.

Supuestamente.

Una música estruendosa me despertó, y tardé un minuto en darme cuenta de que provenía de mi teléfono. Era *Don't Stop the Party*, de Pitbull.

Me levanté sobresaltada.

¿Qué coño...? ¿Una canción de fiesta?

Inquieta por si era alguien tratando de robar mi bolsa para sándwiches, me giré en la cama y vi mi teléfono sonando. Entrecerré los ojos, respondiendo con la voz más amenazante que fui capaz de poner.

—¿Hola?

—¡Buenos días, solete!

—¡Mandi! —Me tiré de nuevo sobre las sábanas soltando un bufido. Amanda, quién si no—. Si pudieras ver mi cara ahora mismo, no me llamarías “solete”.

Amanda rió feliz al otro lado del teléfono.

—Oh, no te habré despertado, ¿verdad? —Casi podía ver su sonrisa de oreja a oreja—.

—¿Has programado tu propio tono de llamada? —pregunté en tono acusatorio.

—Sí, ¿te mola? Va de fiestas. Pensé que te haría gracia.

Puse los ojos en blanco y me aparté el pelo que caís sobre mi cara.

—Ya, claro. ¿Dónde estás?

—En el salón. He venido a darme una ducha y cambiarme. ¿Por qué está el salón patas arriba? ¿Es que has hecho una fiesta y no me has invitado?

Tardé unos segundos en darme cuenta.

—¡Espera! Eh... ¿Estás aquí? ¿Por qué me llamas?

Un golpe en la puerta respondió a mi pregunta. Mi expresión se ensombreció al momento.

¡*Vas a pagar caro haberme despertado!*

Intenté vestirme rápidamente mientras los golpes de la puerta crecían en ritmo e intensidad. Muy pronto empezó a sonar, también, el eco del Zumba matutino de la señora Wakowski.

—¡Entra!

—Hay un multimillonario sentado en nuestro sofá desvencijado. ¡Un multimillonario! ¿Cómo entretenemos a uno de esos? —dijo, soltando una carcajada—. Ya te dije que deberíamos invertir en un cubre sofás. Deberías haberme hecho caso.

—¿Marcus está aquí? ¿Tan temprano? ¡Mierda!

Maldije de rabia mientras me metía en unos vaqueros y luchaba, cepillo en mano, con mi melena enredada. Busqué una camiseta. ¡Maldito día de lavadoras!

Solo tenía limpia ropa del trabajo y unas cuantas prendas solitarias “guardadas en el fondo del cajón por motivos sentimentales”, que me detuve a sopesar con creciente espanto.

Sonriendo con suficiencia, me puse una camiseta rosa con el dibujo de un unicornio borracho. Sentí vergüenza al verme en el espejo de la puerta, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Le iba a caer una buena por haberme despertado. ¡Y a Amanda también!

Abrí la puerta y entré en el salón. Una mano me extendió un capuccino con moca, y mis planes se vinieron abajo.

Marcus sonrió.

—Amanda me dijo que te vería después. Se va a casa de Barry.

—Oh, vale. Me habéis despertado.

—Buenos días a ti también.

—Pero me has traído café, así que estás perdonado.

Marcus miró con curiosidad el caos a su alrededor.

—Y antes de que preguntes no, no me han robado.

Seguí la dirección de su mirada y me mordí el labio. A la brillante luz del día, el desastre que había causado por la noche mientras buscaba un escondrijo seguro parecía aún peor.

—Si quieres saberlo, estuve buscando un sitio para guardar tu sobre.

Me miró divertido.

—Déjame adivinar... en una bolsa en el congelador.

Entorné los ojos a la vez que daba un sorbo al café hirviendo.

—¿Me he perdido algo? ¿Pasa algo hoy? Porque recibí tu mensaje. Faltan dos semanas para el diecisiete. —La cafeína me estaba devolviendo a la vida, y cada vez pensaba con más claridad.

—Tenía trabajo por la zona.

—No por esta zona —murmuré. No me oyó. ¿Qué clase de negocios podría tener en este barrio miserable?

Se apoyó con cuidado entre una caja de herramientas volcada y una pila de libros de biblioteca que debían haber sido devueltos hacía mucho.

—Y... aunque faltan dos semanas para el diecisiete, la Gala de Recaudación de Fondos para la Diabetes es esta noche.

Fruncí el ceño y me senté en la encimera de un salto, apretando las rodillas contra el pecho.

—No soy fan de los diabéticos.

Encontré una horquilla y me recogí el pelo rápidamente en un desastrado moño, deseando que, por una vez, la camiseta no se me subiera por encima del ombligo al levantar los brazos.

Sus ojos se detuvieron un momento en mí. Carraspeó y empezó a hablar.

—He venido para asegurarme de que te pongas algo apropiado. Algo que no se parezca a esa extraña estética tuya que parece de Los Picapiedra.

Le miré de reojo, desconfiada.

—Seguro que nunca has visto Los Picapiedra.

—Cierto —respondió sarcástico—. Pasé la mayor parte de mi infancia eligiendo galgos afganos y olisqueando libros.

—Al menos lo admites...

—Escucha, Rebecca —dijo, colocándose frente a mí y apoyando las manos junto a mis rodillas—. Tenemos que mantener las apariencias hasta que vayamos a la isla. Si no, no tendría sentido.

—Eso es un engaño —dije, haciendo un mohín.

—Pues claro que es un engaño. Esa es la cuestión. Pero no veo ninguna razón para que los dos podamos conseguir lo que queremos.

—No hablo de engaño en general... —Bajé de la encimera, obligándole a dar un paso atrás—. Me engañas a mí. Creí que pasaríamos juntos solo un fin de semana. Nada más. Y ya sé que eso suena muy a prostituta.

Marcus se pasó una mano por el pelo y rió.

—No es prostitución si no hay sexo.

—Ya sabes a qué me refiero, Marcus.

Por alguna extraña razón, se irguió cuando pronuncié su nombre.

—Lo necesito, Rebecca. Tengo que conservar este cliente. Si es cuestión de dinero...

—No quiero más dinero. Ya hay más de lo que puedo esconder entre los helados.

Marcus ladeó la cabeza, curioso. Me froté las sienes, esperando que el café empezara a hacer efecto.

—Mira —continuó—, lo haré por ti. Tu oferta es muy generosa, y a pesar de los esfuerzos que haces por parecerlo, creo que quizá, en el fondo, no seas un completo idiota.

Vale, no debería haberle llamado idiota. Pero salía con tres chicas a la vez.

—Vaya, gracias...

—No he terminado —dije, levantando una mano—. Vas a tener que ser sincero conmigo. No soy un poni de concurso para que vayas paseándome por ahí.

Quiero saber exactamente dónde vamos y, exactamente, qué vamos a sacar los dos de esto.

Marcus asintió lentamente.

—Vale. Bien, necesito que hagas algunas apariciones esporádicas conmigo durante las próximas dos semanas, hasta que vayamos al Caribe. La ciudad está llena de paparazzi en cada maldita esquina, así que vamos a tener que hacerlo bien si queremos que sea creíble. —Se detuvo un momento, como si esperara mis objeciones. Al ver que no hablaba, continuó—. A cambio, te pagaré. Y cubriré todos los gastos.

—Apariciones esporádicas... —Me miré al espejo. Parecía una bailarina venida a menos vestida como una chica de doce años—. Si crees que servirá de algo...

—Lo creo.

—Entonces te ayudaré a vender el ardid de la novia.

—Gracias.

—Pero recuerda que no siempre puedes arreglar tus problemas extendiendo un cheque.

—Ya lo sé. Y no volveré a hacerlo. Estoy feliz porque hayas aceptado.

—Bueno, es un trabajo fácil. Y estoy sin blanca.

Me acabé el café mientras recapitulaba el plan en mi cabeza. El cerebro empezaba a despertar poco a poco.

—Entonces: engañas a los demás haciéndoles creer que eres un ser humano medianamente decente, y yo gano un montón de pasta. Suena razonable. —Marcus me dirigió una cómica mirada—. Veo mucha televisión —dije, encogiéndome de hombros.

—Soy un ser humano decente. Solo porque salga con muchas mujeres y los demás crean que soy un playboy no tengo por qué ser mala persona. Solo es que no estoy listo para sentar la cabeza. Ni siquiera me apetece tener novia. Solo quiero divertirme y poder dirigir mi empresa sin preocupaciones. No quiero comprometerme, ¿qué tiene eso de malo?

—Está bien disfrutar la vida de soltero —respondí—. Pero yo nunca estaría con un hombre que saliera con otras dos chicas a la vez que conmigo. Tengo más autoestima que eso.

—Bueno, tienes suerte. Acabo de sentar la cabeza contigo. Me has vuelto loco, solo tengo ojos para ti.

—Todos pensarán que te he domesticado... hasta que acabe nuestra escapada caribeña, al menos.

—Es un negocio genial para los dos —dijo—. En cuanto los contratos estén firmados, romperemos con una casual bronca en público.

—¿Y volverás a tu vida de antes? ¿A ser un playboy multimillonario que no puede ni sujetar su vaso de tequila? ¿A tener sexo salvaje en Las Vegas?

—Ya veo que me has buscado en Google.

—Te lo hiciste en un ascensor con una corista.

—Era mi novia del instituto. Es curioso que acabara así. Fui a Las Vegas a intentar recuperarla.

—¿Eso es que no quiso volver contigo?

—Así es. Ya ves, el dinero no lo compra todo.

—Supongo que no —dije suavemente.

—Podía comprar todo lo que quisiera. Menos a ella.

—Estoy viendo otra cara de ti. Viendo un poquito del hombre que hay detrás de la cartera.

Dinero. Mujeres. Un buen rato. Marcus podía conseguir todo eso fácilmente.

Y quizá hubiera algo más profundo para él ahí fuera. Seguro que sí, pero no estaba preparado para emprender un viaje de ese tipo. Algún día crecería, claro. Pero por ahora era yo quien debía encargarme de que pudiera conservar a su cliente. Creía firmemente en la monogamia, así que no quería que le asociaran con las excentricidades y los escandalosos titulares de periódico que Marcus daba a menudo. Me dijo que había dejado de beber, y ya solo lo hacía en los eventos sociales. Yo le diría a su cliente que le había echado el lazo, que me había ganado su corazón y que había conseguido que dejara su anterior vida de desenfreno. Si se lo creía, Marcus conseguiría de nuevo su cuenta.

Aquella antigua novia debió haberle hecho daño. Quizá se dio a aquella vida salvaje por no poder recuperarla. Quizá salió con muchas mujeres y bebió demasiado para olvidarse de ella, la única

mujer que lo había rechazado. Quizá quería ahogar la pena. Yo también lo hacía, de vez en cuando.

Nos quedamos en silencio un momento, y Deevus saltó a la encimera. Se quedó mirando a Marcus y se frotó contra él. Marcus lo acarició; me pareció adorable ver que era tan tierno con los animales.

—Es una gran oportunidad para mí —dije—. Estaban a punto de echarme del apartamento. Así que no puedo agradecértelo lo suficiente. Soy una buena actriz, y te aseguro que me meteré en el papel. Te daré una actuación digna de Oscar. No te decepcionaré, te lo prometo.

—Bueno, es algo más que un simple trabajo. Tendrás que viajar, pero también ir de compras, dejarte peinar y maquillar por profesionales...

Parpadeé.

—Compras. Pelo. Maquillaje. Ya veo... No sé si es que aún es muy temprano y no lo comprendo bien o que estás intentando reducirme a un estereotipo chauvinista.

Abrió los ojos ligeramente y paseó la mirada, nervioso, entre el gato y yo. Se sentía juzgado.

—No... no era mi intención. A casi todas las mujeres que conozco les encanta ir de compras.

—Prefiero hacer fotos de las aguas cristalinas y los paisajes del caribe. Será la única vez que pueda ver un sitio tan bonito... así que quiero aprovechar y ver todo cuanto pueda.

—Claro, seguro que volverás.

—Casi no puedo pagarme el alquiler. ¿Cómo voy a permitirme unas vacaciones tropicales?

Era fácil olvidar que Marcus y yo veníamos de mundos muy diferentes. Yo, desde luego, no podía permitirme esos lujos.

Marcus me miró con sorpresa mientras me levantaba para ir a mi habitación.

Deevus, bendito sea su sarnoso corazoncito, me siguió lealmente dando saltos.

—Voy a vestirme. No robes nada.

Marcus rió.

Me tomé todo el tiempo del mundo para ducharme, lavarme el pelo y echarme acondicionador dos veces mientras Marcus esperaba en el salón. Oye, si quieres presentarte aquí a las siete de la mañana, es lo que hay. No esperes que vaya tras de ti como un perrito a la mínima orden. Un rato después, oí que hablaba por teléfono con voz monocorde. Sonreí mientras me envolvía cuidadosamente en una toalla y cruzaba el pasillo para volver a mi habitación. ¿Estás tan aburrido como para ponerte a llamar por teléfono? Mi malvado plan estaba funcionando.

Unos cuarenta minutos después, salí por fin al salón, con un vestido sin mangas que había tomado prestado del armario de Amanda. Levanté los brazos y me preparé para soltar el ingenioso comentario que llevaba preparando la última media hora, pero mi plan se vino abajo cuando vi que Marcus y Deevus estaban dormitando juntos en el sofá.

No pude evitar sentir ternura al verlos. La verdad es que ahí, durmiendo tranquilamente, Marcus no tenía pinta de magnate internacional de las finanzas.

Parecía más bien un niño pequeño, agarrando el cojín que apretaba contra su pecho y con las piernas cruzadas. Un mechón de pelo caía sobre su frente, aleteando cada vez que respiraba, y el gesto sarcástico de hoyuelos burlones había desaparecido de su cara. No había ego, ni intriga; su mente estaba vacía de planes de dominación mundial o cualquier otra cosa. Solo era un chico cualquiera, que dormía en un sofá cualquiera durante una templada mañana cualquiera en el barrio coreano de Los Ángeles.

Con cuidado, le quité el teléfono de la mano. Un segundo después, subí al sofá de un salto, me puse sobre él y le pegué el móvil a la oreja mientras *You're So Vain* rompía el silencio entre nosotros.

Marcus se despertó sobresaltado y me agarró las caderas. Me quedé quieta mientras cantaba la letra en mi cabeza. Casi no podía ni respirar, el corazón me iba a mil; acababa de darme cuenta de

que, sin querer, estaba montándolo.

Una broma genial, Bex. Los infartos con final sexual son divertidísimos.

—Lo siento —jadeé mientras me ponía colorada—. No quería asustarte... solo pensé que sería divertido ponerte un tono de llamada especial.

Marcus se quedó un momento con cara de sorpresa y, para mi alivio, una gran sonrisa asomó a su rostro. Suavizó la presión en mis caderas mientras su pulso volvía a la normalidad.

—Una elección interesante —dijo, con una sonrisa triste, mientras me miraba de arriba abajo.

No fue su culpa que me diera cuenta de cómo su cuerpo se agarrotaba ligeramente entre mis muslos. No fue su culpa que pudiera ver sus pupilas dilatándose y que su mirada se detuviese sobre ciertos sitios de mi cuerpo. Ni siquiera fue su culpa que yo estuviera montándolo.

Era mía, completamente. Y toda la situación estaba siendo un terrible malentendido. Estaba tratando de ser divertida e ingeniosa, pero me había salido el tiro por la culata.

—Bonito vestido.

—Gracias.

Su mirada subió despreocupadamente hasta cruzarse con la mía, que cayó en picado al suelo.

—Lo siento —dije otra vez, evitando sus ojos. Se puso en pie y se alisó la camisa—. Y siento haber tardado tanto. ¿Nos vamos?

Abrió la puerta con una expresión que no supe cómo descifrar.

—Estoy deseándolo.

Capítulo 12

Deja que te diga algo: odio ir de compras. Lo he odiado siempre. No soy una de esas chicas que pasaban la semana esperando a que llegara el domingo para ir de compras al centro comercial con mamá. Yo compraba todo online. No tenía que aguantar la música de ascensor en bucle, el pestazo a colonia y los dependientes parásitos pudiendo comprar todo desde la comodidad de mi salón. Y no sentía que me estuviera perdiendo nada, la verdad. No quería cambiarlo.

Pero... me encantó ir de compras con Marcus.

No sé qué pasó. Desde que apareció en mi apartamento hasta que casi le provoqué un infarto con el móvil, en algún momento, algo cambió dentro de él.

El chico que dormía en mi sofá se había puesto al mando; el Marcus que me llevó de compras era un tío alegre, bromista y completamente desatado. Era encantador.

No estaba segura de si todo aquello estaba pasando de verdad.

Los fotógrafos empezaron a seguirnos desde que salimos del apartamento.

Para él era algo normal, pero para mí era algo increíble. Se movían en manada, como un enjambre, acercándose seguramente más de lo que permitían las leyes.

Justo antes de entrar en pánico sentí una mano de dedos largos y fríos entrelazarse con la mía. Alcé la vista; Marcus me sonrió e inclinó la cabeza para apoyarla cariñosamente en la mía.

—Seguro que estás deseando haberte puesto un vestido más largo —dijo, guiñándome un ojo y poniéndose sus gafas de sol.

Para cuando llegamos a la tienda (de una marca de la que nunca había oído hablar pero con la que Amanda babearía seguro), la nube de paparazzi ya había desaparecido, y Marcus seguía alegre y juguetón. Se movía rápidamente por los pasillos, cogiendo prendas de aquí y allá. Algunas eran un poco ridículas, pero otras conseguían que incluso alguien como yo deseara probárselas.

Al final me decidí por un modelo azul zafiro bastante corto, que se ataba a la espalda con un

laberinto de lazos. Cuando pregunté por el precio, Marcus me dirigió una mirada de aburrimiento y se dirigió al mostrador a pagar.

—¿Quiere también los zapatos?

La dependienta que me estaba ayudando en el probador se daba un aire a Margaret Thatcher. Sacó un par de taconazos con piedras preciosas que, aparentemente, “iban con el vestido”. Me quedé blanca al verlos.

—Oh, ehm, no lo sé. —Miré hacia fuera, tambaleándome ligeramente en la plataforma del probador—. Marcus, ¿debería...?

—Sí.

Vale, esa era una buena respuesta.

Miré a la Thatcher encogiéndome de hombros, y ella me ayudó a mantenerme en pie mientras me ponía los zapatos. Me los abrochó y caminé un poco con ellos frente a los espejos. Gracias a Dios, Amanda y yo habíamos practicado mucho desde el día en que decidimos honrar al mundo del espectáculo con nuestra presencia. Pero, aun así, eran altísimos.

—¿Qué tal los nota? ¿Algo grandes, quizá?

—No —respondí, irguiéndome frente al espejo—, están bien. Además, estaré entretenida toda la noche intentando no caerme.

La Thatcher rió como si mi incomodidad fuera algo novedoso y divertido.

-¡Muy bien! Deberían ir saliendo si quieren llegar a la gala.

La miré con curiosidad.

—¿Marcus le ha hablado de la gala?

—Oh, todo el mundo sabe que es hoy —rió de nuevo, como si yo estuviera bromeando con ella, o algo así—. El señor Taylor la organiza cada año. Es el evento de la temporada.

Claro que sí, las temporadas tienen eventos. Espera... ¿que Marcus la organiza?

Asentí distraída. Para mi alivio, Marcus volvió a unirse a nosotras. Me miró de arriba abajo, impresionado.

—Estás impresionante.

—¡Y mira qué alta! —No pude evitar sonreír de oreja a oreja al acercarme a él; mis ojos le llegaban a la nariz—. Casi tanto como tú.

Marcus me cogió de la mano y salimos; fuera nos esperaba una limusina.

—Adiós, señoras, ¡gracias! —dijo, mirando al interior mientras cruzábamos la puerta.

—¡Sí, gracias!—Yo también intenté darme la vuelta, pero el radio de giro de mis tacones no era el que esperaba. Trastabillé y caí al suelo. Solo que... no caí.

Marcus me agarró en un movimiento tan armonioso que parecía que estuviéramos en el salón de baile. Alcé la vista, jadeante, mientras él me sostenía a centímetros del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Los tacones no eran lo mío. Asentí con una gran sonrisa.

—¿Ves lo que me haces? Me tiemblan las piernas con solo tocarte.

Me devolvió la sonrisa y un flash destelló a pocos metros, sobresaltándome.

Marcus me ayudó a ponerme de nuevo en pie con un grácil movimiento.

—Siempre buscando la atención, ¿eh? —me reprendió en broma. Los flashes seguían centelleando.

Entrecerré los ojos sonriente, dispuesta a continuar el juego.

—Bueno, a veces la gente necesita hacer un esfuerzo extra para conseguir tu atención —dije,

riendo delicadamente para deleite de los fotógrafos.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

—No podría imaginar mi vida sin ti —respondí, mirándole a los ojos.

Un coro de “oooooooooh” sonó a nuestro alrededor.

Nos miramos uno a otro fijamente. Quisiera admitirlo o no, teníamos una conexión increíble, una química asombrosa.

Le besé en los labios. Los fotógrafos verían que las llamas de la pasión refulgían entre nosotros. Marcus no podía haber elegido mejor actriz; estaba representando el papel de mi vida.

—No pueden estar uno sin el otro —dijo una mujer—. ¡Qué suertuda!

—Se les ve super enamorados —dijo otra.

—No pueden esconder sus sentimientos —dijo otra voz algo más lejana.

—¡Que se besen! —gritó alguien.

Sin querer, habíamos armado un pequeño escándalo.

—Puedes tener a cualquier chica en el mundo y, aun así, me elegiste a mí — dije acariciando la cara de Marcus, que me miró con ternura.

—Nunca he conocido a nadie tan bueno como tú.

—Eso es lo más dulce que me han dicho nunca.

Marcus volvió a besarme suavemente y, en un solo movimiento, tomó mi mano y me ayudó a entrar en el coche. Cuando estuvimos dentro, se giró lentamente hacia mí.

—¿Lo estás pasando bien, Rebecca?

—Nunca había recibido tanta atención!

—Pues esto es solo el principio.

Sonreí.

—Eres una gran actriz. He estado a punto de creermelo cada palabra que has dicho.

—Bueno, para eso me pagas. Me alegra que creas que lo estoy haciendo bien... quizá algún día llegue a Hollywood.

Capítulo 13

La gala fue mucho más formal de lo que había imaginado. Ni siquiera tuve que preocuparme por los zapatos; en vez de pasear por una enorme sala de baile, como habíamos hecho en la fiesta de Marcus, esta vez todo el mundo estaba sentado en grandes mesas redondas. Ya sabes, esas mesas con demasiados cubiertos de plata y que tienen las servilletas dobladas con tanta severidad que podrías cortarte la mano con su filo.

No reconocí a nadie, pero todas las caras me resultaban vagamente familiares. Supuse que les habría visto en las portadas de las revistas, o en fotos cualquiera de las cenas con la prensa de la Casa Blanca a lo largo de los años. Sea como fuere, todo el mundo parecía conocer a Marcus. No podíamos tomar ni un bocado de comida sin que alguien viniera a la mesa a reclamar su parte de atención.

Todas y cada una de esas veces, Marcus me presentó como “Rebecca, su novia”. Al final de la noche, ya había oído esas palabras tantas veces que me las estaba creyendo.

En cuanto acabó la cena, empezaron los discursos. Yo me moría de aburrimiento, pero Marcus miraba atentamente a cada orador, escuchando todo lo que decían. Me pareció que aquellos espectáculos de “caridad” iban, más bien, de escenificar política y chocar espadas que de la causa a la que supuestamente apoyaban.

Eso era lo que pensaba... hasta que llamaron a Marcus para extender su cheque.

Su cheque de cuatro millones de dólares.

—Hace nueve años, cuando creé esta fundación, no tenía ni idea de qué ocurriría. Ahora, estoy encantado con el apoyo a estas galas y la contribución de personas como vosotros. A casi una de cada diez personas se le diagnostica esta enfermedad cada año, así que es de vital importancia que nuestra posición privilegiada sirva para echar una mano a aquellos menos favorecidos. Os doy las gracias por vuestra generosidad.

Su discurso fue corto y conciso, solo unas pocas palabras que nadie más había conseguido transmitir durante los incontables monólogos previos. Cuando extendió el cheque al presidente de la fundación, no pude evitar mirar a mi alrededor y sentirme un poquito orgullosa.

Así es, pelotas aduladores. Así es como suena la sinceridad. Aprended un poco.

En cuanto bajó del estrado, la fiesta empezó a desvanecerse. Marcus sorteó la multitud para llegar hasta mí.

—¿Lista para irte? —dijo en voz baja, cogiéndome de la mano.

—No, quiero volver a escuchar a ese subsecretario de Bolivia.

Apreté su mano, y él bajó la mirada sonriendo hasta cruzarse con la mía.

—Venga, te llevaré a casa.

La multitud se abrió ante nosotros como las aguas del Mar Rojo. Caminamos juntos hacia la salida, ignorando a los fotógrafos que se amontonaban fuera. Nos metimos en el coche y partimos rápidamente. Durante todo el camino de vuelta a mi apartamento, no cruzamos más de un par de palabras. Marcus estaba distraído, apagado. Tamborileaba rítmicamente con los dedos mientras miraba por la ventanilla. Cuando por fin llegamos a casa, salió y abrió mi puerta, ofreciéndome la mano.

—Gracias de nuevo por el vestido. ¿Me llamarás mañana?

Asintió con una distante sonrisa. Pensé si debía darle un abrazo de buenas noches; no se veían fotógrafos alrededor, pero no tenía mucha idea del protocolo a seguir en citas de mentira. Le hice un gesto con la mano y me dirigí a la puerta.

Me detuve de repente. Una pregunta llevaba rondando mi cabeza desde que la mujer de la tienda me dijo que Marcus organizaba la gala todos los años.

—Marcus... ¿Por qué?

En la pequeña pausa que siguió a mis palabras, sus hombros se encogieron ligeramente.

—Mi madre murió de diabetes —dijo súbitamente.

—Vaya, lo siento mucho.

Un flash me hizo parpadear.

—Nos han encontrado —dijo Marcus.

Entonces me di cuenta que me había equivocado. Un poco más allá había unos cuantos hombres con cámaras; ni siquiera trataban de esconderse. Supongo que andaban en busca de la foto perfecta.

—¿Pasamos de las cámaras? —pregunté. —A la izquierda. Nos están mirando.

—Entonces demos un buen espectáculo —respondió, guiñándome un ojo.

—¿Algo como el mejor beso de buenas noches del mundo?

—Pongámonos provocativos. Tenemos que convencerles, ¿no?

Abrí ligeramente la boca, anhelante.

Su mirada se perdió en la mía.

—Tenemos que hacer que lo crean.

Se acercó a mí y nos fundimos en un intenso y potente beso. Me encantaba la forma en que sus

suaves labios se movían sobre mi boca, era adictivo. Incliné la cabeza y el beso se hizo aún más profundo; su tacto calentaba cada centímetro de mi piel mientras nuestras lenguas bailaban en perfecta armonía.

Se suponía que estaba actuando, pero esto no parecía solo un papel. Parecía mucho más. Marcus nunca dijo que tuviéramos que besarnos. Solo actuar. Había cruzado la línea. Los dos habíamos cruzado la línea. ¿O puede que solo estuviera intentando hacer la historia más creíble? ¿Qué coño estaba haciendo? *No puedo enamorarme de este tío. Me romperá el corazón.* Esto era un papel, y nada más. Pero entonces, ¿por qué estaba disfrutando tanto del beso?

Su lengua se deslizó sobre la mía en una sensual danza, poniéndome a mil.

Sentí como si estuviera llenando de vida mi alma vacía. Mi cuerpo, cada una de mis células, se estremeció de placer. **Pasé los dedos a través de sus suaves rizos y seguimos besándonos lenta y eróticamente. Era el beso más perfecto y apasionado del mundo, y podía sentir las chispas que me recorrían de pies a cabeza.**

—Buenas noches, Rebecca.

—Buenas noches.

Recorrí el camino hasta mi apartamento a duras penas, pero mis tacones parecieron sentir mi distracción y se comportaron. Pasé por delante de la puerta de Hamburg, preguntándome por qué no había vuelto a abalanzarse sobre mí con otro aviso de desahucio. El olor del curry de la señora Wakowski flotaba en el aire de la escalera.

Cuando entré en el apartamento, las luces estaban apagadas. Me tomé un minuto para respirar, apoyada contra la puerta, y reviví mentalmente unos cuantos momentos de la noche. No sabría decirte qué había pasado en el transcurso del día, pero las cosas con Marcus no estaban igual que como empezaron por la mañana.

Todo era, de algún modo, distinto.

Entonces las luces se encendieron de repente, sobresaltándome.

Amanda me miraba desde el sofá con los ojos entornados mientras acariciaba a Deevus. Me sonrojé, culpable, al ver mi vestido nuevo, y apreté mi pequeño bolso contra el pecho mientras el corazón volvía a su ritmo normal. Sonreí nerviosamente mientras Amanda seguía mirándome y acariciando al gato como una villana de primera categoría.

—Oh, sí —dijo, poniéndome nerviosa—. Vi el espectáculo desde la ventana.

¿Por qué no me cuentas quién es ese tío bueno con el que sales a escondidas?

Porque se parece un montón a Marcus Taylor, el multimillonario.

—No estoy saliendo con Marcus Taylor. Acepté el trabajo. Va a pagarme veinte mil dólares.

—¡Eso es genial!

—Necesitaba el dinero. Yo me haré cargo de la renta.

—¡Oh, gracias, nena! —respondió, boquiabierta.

—Es un gran papel. Y no podía negarme.

—Te pagan para ponerle morritos a un tío guapísimo como Marcus. ¡Guau!

Ese trabajo tuyo tiene beneficios muy interesantes. —Ladeó la cabeza—. Pero... ese beso de ahí fuera no parecía ninguna actuación.

—Ahora sabes lo buena actriz que soy —respondí guiñándole un ojo.

—¡Y tanto que sí!

Capítulo 14

—El puto... multimillonario... Marcus... Taylor.

Negué con la cabeza mientras Amanda repetía las mismas palabras por millonésima vez. Ya estaba amaneciendo, y la peor parte del interrogatorio había pasado. Habíamos sacado mi manta y estábamos tiradas en el suelo, con las cabezas asomando por el balcón y una bolsa de palomitas en medio, escuchando los sonidos de la ciudad mientras mirábamos la luna.

Amanda echó a reír de repente.

—Marcus... soy-un-puto-multimillonario-Taylor.

—¿Quieres parar? —dije, dándole un manotazo en el brazo—. No nos acostamos.

—Aún.

—Jamás.

Amanda negó con la cabeza, mirando a las estrellas. Daba igual lo que dijera, no iba a conseguir que cambiara de opinión.

—Es como una peli.

Puse los ojos en blanco.

—No es más que un trabajo, sin amor ni fantasías. ¿Cuándo vas a pillarlo? Y

aunque nos pasáramos todo el tiempo follando, lo nuestro se acabaría al terminar el trabajo. Porque eso es lo que hace la gente como él, conquista una y va a por la siguiente. No pienso ser su última conquista, y no pienso ni de coña enamorarme del mayor mujeriego del planeta.

Abrí una revista y ante mis ojos aparecieron todas las chicas que habían salido con Marcus. Modelos, una cirujana, cantantes, herederas de inmensas fortunas e incluso una actriz y escritora famosa. Jugaba en otra liga, fuera de mi alcance.

—No, esto podría ser una película —dijo Amanda, perdida en su ensoñación e ignorándome por completo—. Una peli de esas en que el chico pone los pies en la tierra y se enamora de la mucho más cercana y mucho más guapa mejor amiga. Ya sabes, ese tipo de película —farfulló mientras se metía una ingente cantidad de palomitas en la boca.

—Ya han rodado esa peli. Se llama *Jóvenes y Brujas*. Y todos acaban muertos.

—¿Cómo? —respondió, hundiendo la cabeza en un cojín y riendo a carcajadas—. Qué poco atrayente. Pero creo que nunca podría pasar algo así entre el millonario y yo. ¿Qué le diría a Barry?

—¿Barry? —respondí confusa—. Creí que no nos gustaba Barry.

—¿Por qué no iba a gustarnos? —dijo Amanda, sorprendida.

—Vino a la hora de desayunar. Te jodió el ciclo de sueño.

Amanda había mandado a paseo a otros por bastante menos de eso.

—Le amamos —respondió con cara de felicidad. Empecé a prestar atención.

—¿En serio? —¿Barry se había ganado el amor de palomitas-bajo-las-estrellas?—. Barry... vale.

—Creo que estoy enamorada.

Nuestro gato empezó a maullar desde detrás de un puf. De repente recordé la pregunta de Marcus.

—¿Por qué le llamamos Deevus?

Amanda frunció el ceño.

—No me acuerdo. Juraría que lo llamábamos “retorcido” porque se escondía cada poco detrás de la nevera. —Masticó un puñado de palomitas con aire pensativo—. Un día intentó morderte. Y arañarme. Y entonces dijiste que era como un diablo...

Bostecé.

—Sería por eso.

Me incorporé para salir de nuestro pequeño nido.

—Bueno... tengo que dormir. El multimillonario y yo tenemos que ir mañana a un torneo de golf, y hemos quedado para desayunar.

Amanda levantó una ceja y sonrió.

—¿Ahora es el multimillonario? ¿Ni siquiera tiene nombre?

—¿Acaso lo necesita? Ya tiene todos esos millones —respondí en broma.

—Cierto. Bueno, que disfrutes tu día de golf. Seguro que es apasionante.

—Sí. Hinchapelotas, creo que lo llaman.

—Ponte algo de cuadros.

El sol empezaba a teñir el cielo de rosa. Me fui a la cama, feliz porque mi secreto ya no era un secreto. Tenía de mi lado a la única persona que necesitaba.

Capítulo 15

—Me da igual la hora que sea en Suiza, Billings. ¡Quiero hablar con él!

Llegué a la mansión Taylor mucho antes de lo que hubiera querido. Con solo tres horas de sueño encima, iba en reserva, aferrándome a mi capuccino como si de una tabla de salvación se tratara mientras ese pavo real demente merodeaba en las cercanías.

—Lo siento, Rebecca —dijo Marcus, que había separado el teléfono de su oreja para disculparse de nuevo—. Solo quiero encontrar el sentido de ese maldito artículo antes de que esto se salga de —¿sí, Billings? ¡Ya te he dicho que no necesito un traductor, solo que me pongas a ese tío al puto teléfono! —Su tono de voz pasó de la noche al día al girarse de nuevo hacia mí—. ¿Quieres un croissant?

—Sí, gracias.

Mantuve la mirada clavada en la mesa mientras afanaba el croissant de un plato y me lo comía a pequeños mordiscos.

Sobre la mesa, un ejemplar de *Time Magazine* mostraba la cara de Marcus en portada, con el titular *LAS FIESTAS DEL MULTIMILLONARIO: Cómo un magnate de los negocios se convirtió en un fiestero*. La foto principal era una imagen de Marcus, de pie en un yate rodeado de bellezas en bañador. Parecía realmente preocupado; esa publicidad sería muy negativa para él.

—Bien —dijo Marcus en tono abrupto—, si de verdad es tan importante, espero que me devuelva la llamada. Después de todo, solo es *mi puto publicista*.

Colgó y dejó el teléfono en la mesa, visiblemente disgustado.

Chasqué la lengua con desaprobación.

—¿Cómo se atreve a no coger el teléfono a Marcus Taylor? ¿Qué puede ser más importante que tú? —dije, tapándome la cara con la revista.

—Su mujer está dando a luz —respondió con expresión sombría.

Tiré la revista; no podía creerlo.

—¿Y en serio quieres que te coja el teléfono?

—Es el segundo hijo que tienen. No es nuevo para él.

—Vale.

Tomé lo que quedaba de café evitando su mirada, mientras me preguntaba por qué me habría llamado para este enfurecido desayuno cuando podíamos habernos visto directamente en el club de campo.

—Es que no puedo creerlo —empezó de nuevo, clavando los ojos en la revista—. “¿El playboy problemático con problemas de ira?” —En un veloz movimiento, mandó de una patada una bandeja de plata al otro lado de la terraza—. ¡He cambiado mis modales por completo!

Levanté una ceja y hundí la cara en mi croissant.

—Sí, definitivamente se han equivocado.

—Olvídalo, no lo entenderías —dijo, haciendo un gesto de desdén.

—Está claro que tienes ciertas cosas que arreglar. Nos veremos en el club, cariñito. Si llamas a ese mayordomo tuyo para que se asegure de que el pavo real está a buen recaudo, podré volver a mi coche.

—Rebecca... —me cogió la mano rápidamente—. Lo siento mucho. De verdad.

Miré fijamente a nuestros dedos entrelazados. Marcus suspiró.

—Tengo encima mucha presión... necesito cerrar este acuerdo, pero Takahari está indeciso. No me toma en serio. Y este artículo no va a arreglar mi imagen, precisamente.

—Oye —le corté con una cálida e inesperada sonrisa—. Eso era antes, ¿vale?

Antes de que empezaras a lavar tu imagen. Antes de que empezaras a dejarte ver en esas galas y eventos de beneficencia tuyos. Antes de que encontraras a esta novia increíble que va a hacer todos tus deseos realidad.

Una suave sonrisa se abrió paso a través de la ira.

—¿En serio? —dijo en voz baja—. ¿Vas a hacer realidad todos mis deseos?

Mi corazón se agitó nervioso, pero conseguí fruncir el ceño con cara seria y negar con la cabeza.

—Desgraciadamente, eso no está en mi contrato. Aunque creí conveniente darte un pequeño discurso para que te motivaras. Ya sabes, por los veinte mil dólares, y eso.

Marcus soltó una carcajada.

—Es un discurso bastante motivador.

—Tómalo como un regalo. —Di un gran bocado al croissant, mientras miraba el césped como si de mis dominios se tratara—. Entonces, ¿qué vamos a hacer hoy?

¿Solo ir al club?

—Sí. Van a traernos ropa. Podemos cambiarnos aquí y estar allí para las once.

—¿Ropa? —repetí lentamente—. Te refieres a... ¿ropa de golf?

Marcus hizo una pausa.

—A menos que ya te hayas comprado algo a tu gusto.

—Tengo un pijama de rombos que creo que sería apropiado. —Marcus no respondió. Hojeé la revista y miré de nuevo la fotografía con el ceño fruncido—.

¿Estabas de vacaciones?

—Acababa de cerrar un negocio importante. Estaba celebrándolo en Hawaii.

—Estás guapo. Pareces feliz y despreocupado con todas esas mujeres.

—Bueno, estaba bastante bebido cuando hicieron esa foto. Es privada. No tengo ni idea de cómo la han conseguido.

—Seguro que alguien hizo una foto con su móvil y la vendió por miles de dólares.

—Ya no quiero seguir siendo ese hombre, Rebecca. He tenido demasiadas fiestas y borracheras.

—No tienes que darme explicaciones de tu estilo de vida, ¿sabes? Es lo mejor de tener una novia de mentira. Puedes hacer lo que quieras y no me volveré loca ni juzgaré tus actos. ¿Ves? Deberías haberme contratado hace años.

Marcus rió y miró a lo lejos.

—En serio, quiero ser mejor que eso.

—Yo he aprendido de primera mano que da igual cuantas cosas cambie en mi vida: nunca llegaré a ser la mujer perfecta. Todos cometemos errores, somos débiles y nos tambaleamos de vez en cuando. Solo somos humanos. Pero si nos lo proponemos podemos ir mejorando las cosas con el tiempo.

—Espero poder hacerlo.

—¿Qué es realmente importante para ti? Pregúntate eso. ¿Qué es lo más importante?

—No lo sé. Puede que el trabajo. Tendría que pensarlo.

—No pasa nada si no lo sabes. Sigue pensándolo. Te lo volveré a preguntar, pero tienes que ser totalmente sincero.

—¿Tú ves algo bueno en mí?

Le miré un instante antes de responder.

—No te rindes. No te dejas aplastar por la presión, sino que te mantienes fuerte y superas cualquier obstáculo que se interponga en tu camino para conseguir lo que quieres.

—Gracias, Rebecca.

—¿Y yo qué? ¿Tengo alguna cualidad?

—Por supuesto —dijo sonriendo—. Eres comprensiva, empática, solidaria. Te he visto en la residencia. ¿Sabes? Todos allí hablan muy bien de ti. Recuerdo un día que no estabas y yo había ido a una reunión. La señora Harkson se negaba a que le atendiera nadie salvo tú. Gritaba tu nombre por los pasillos.

—Gracias... la señora Harkson es adorable. Es la mujer más buena que he conocido nunca.

Marcus, al contrario que la mayoría de los chicos, no se molestaba cuando hablaba de mi trabajo. Y eso me gustaba. Le hablé de mis pacientes, y de lo mucho que disfrutaba en el trabajo. Incluso le pareció tierno que comprara caprichos para ellos con mi propio dinero. Una vez le compré a la señora Zacks una hamburguesa con queso para comer. Ella me había dicho que era su mayor sueño, así que se la llevé. Nunca había visto a nadie tan feliz. Si podía hacer a alguien feliz, aunque fuera un momento, yo era feliz también. Hablamos y reímos durante horas.

Seis cafés después, entrábamos por la puerta del club.

—Vale, recapitulemos —dijo Marcus, inclinándose sobre mí para arreglarme la coleta. Me preguntaba si ese “toque casual” se le haría tan raro como a mí—. Lo primero es encontrar al señor Takahari e invitarle a una partida. Después...

—No —interrumpí—, eso no es lo que hemos acordado.

Marcus puso los ojos en blanco.

—Vaaaaale. Primero encontramos un baño y después buscamos al señor Takahari.

—Y yo le embelesaré con mi increíble ingenio.

—Después, entre el hoyo ocho y el nueve, sacaré a colación de forma casual una inversión...

—Mientras yo zampo chocolatinas y luzco mi pulsera nueva.

Sonreí feliz y giré la pulsera en mi muñeca para que brillara con el sol. Solo me había puesto diamantes una vez en mi vida: unos pendientes que mi madre me había prestado para mi graduación. Pero Marcus decía que los “cócteles y las piedras preciosas” eran los cimientos sobre los que se asentaba el “deporte” del golf. De camino al club, paramos en Tiffany. Me dijo que eligiera lo que quisiera, y elegí una preciosa pulsera de diamantes que llamaban “brazalete de tenis; en parte, para mostrar solidaridad con mi deporte favorito y en parte porque me quedé blanca cuando la vi. Aunque puse como condición que la devolviéramos al día siguiente. Marcus había protestado, pero me negué rotundamente a aceptar que una pulsera de diamantes entrase en el apartado de “gastos a cubrir”. De ninguna manera: el cuento de hadas acabaría por la tarde, y yo cambiaría mi brillante juguete por la pulsera de identificación de la residencia.

Hasta entonces... la disfrutaría.

La expresión nerviosa de Marcus se convirtió en sonrisa al verme girar la muñeca para cazar los rayos de sol.

—Me encantaría que me dejaras regalártela.

Negué con la cabeza y alisé la falda de mi vestido blanco de cóctel.

—No, porque al día siguiente me dirías “¿Dónde están mis diamantes? ¿No hay diamantes para mí?” Y entonces, ¿qué podría hacer yo? Es el pez que se muerde la cola, así que dejémoslo estar.

Marcus me miraba fijamente, y no sé si en sus ojos se reflejaba el brillo de los diamantes o la felicidad. De cualquier forma, no podía dejar de mirarle.

—Nunca he conocido a una chica que rechazara diamantes.

Rompí el contacto visual encogiéndome de hombros.

—Nunca he conocido a un chico cuyo ritual de las mañanas sea gritar a alguien en Ginebra, pero todos tenemos nuestras pequeñas manías, ¿verdad?

El chófer abrió la puerta y salí en un elegante movimiento, cuidando de que la falda no subiera más de lo debido.

—Y, Marcus, te seré sincera.

Salió del coche tras de mí y esperó, obediente, a que colocara el cuello de su camisa.

—Si hay algo que he descubierto en el poco tiempo que llevamos juntos, es que...

Una docena de flashes destellaron a la vez. Automáticamente, compusimos nuestra mejor sonrisa.

—No eres lo que la prensa deja ver de ti. Eres amable, cariñoso. Me has ganado. Creo que el destino me hizo conocerte en ese café.

Marcus sonrió. Tenía la sonrisa más bonita del mundo, y me la estaba regalando a mí.

Capítulo 16

Tras lo que pareció una eternidad, conseguimos cruzar al otro lado de la prensa y entramos, de la mano, en el club de campo. Todo era tal como lo imaginaba después de haber visto la escena representada en cientos de películas.

Solo que esta vez las apuestas eran de verdad, el precio era alto y las miradas que me dedicaban las otras mujeres eran feroces.

—El tocador está justo ahí —dijo en voz baja Marcus, señalando con una mano mientras apoyaba la otra en mi espalda.

Estudié las miradas asesinas de las arpías que nos rodeaban.

—Una cosa —susurré en su oído—, la palabra “tocador” está un poquito anticuada. Quiero que estés a la última, Señor Multimillonario.

Entornó los ojos y se inclinó sobre mí para susurrar algo igual de mordaz, pero me escapé rápidamente al servicio. Cuando regresé estaba frente a las cristaleras, sosteniendo un vaso en cada mano. Uno era transparente y de aspecto mortal, y el otro, afrutado y curiosamente rosa.

Elegí el último y di un sorbo, agradecida, mientras paseaba la vista por la estancia. No, no lo había imaginado: aquellas mujeres me odiaban de verdad. Pero no parecía que quisieran a Marcus; habrían venido con sus parejas. No entendía nada.

—¿Sabes lo idiota que me he sentido pidiendo esto? —dijo Marcus mirando la enorme sombrilla del vaso con desdén—. Los hombres no piden bebidas rosas.

Sonreí y sostuve el vaso frente a él.

—¡Pruébalo! Te gustará.

—No pienso probar eso.

—¿Por qué, porque no es *single malt*? —dije, alzando la voz teatralmente. Su adusto gesto se transformó en una sonrisa de chiquillo.

—¿Así es como me ves?

—Pruébala y te lo diré.

Me miró divertido pero, antes de que pudiera decir nada, mi cara se iluminó en una acogedora sonrisa.

—¡Señor Takahari! ¡Cómo me alegro de volver a verle!

—Rebecca —respondió, dándome un corto aunque cálido abrazo—. Estoy encantado de que hayas aceptado mi invitación.

—Bueno, ya conoce a este —respondí, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Marcus y poniendo los ojos en blanco—. Si no hubiera insistido en que viniéramos, seguiría en el sofá, babeando sobre los índices bursátiles.

Takahari rió a carcajadas; esta vez, conseguí retirarme a tiempo.

—¿Qué estás tomando? —preguntó con curiosidad—. Es la primera vez que veo algo así en este sitio.

—Es alguna extravagancia de vodka con mango y fresas. ¿Quiere probarlo?

—dije, ofreciéndole mi vaso. Tomó un largo trago.

—Oh, está delicioso. Y sorprendentemente fuerte. —Se volvió hacia uno de sus hombres y murmuró algo en japonés. El hombre desapareció y volvió al poco tiempo, acompañado de otro—. Rebecca, ¿querréis Marcus y tú acompañarme hoy en el green?

Oh, mierda. Esto suponía un serio contratiempo en nuestro plan. Por no hablar de que jamás, en mi vida, había cogido un palo de golf.

—Creo que me quedaré aquí a vigilar el bar —dije rápidamente—, pero seguro que Marcus estará encantado de jugar con usted.

Marcus dio un paso al frente, pero Takahari alzó la mano.

—¡De eso nada! Hoy sois mis invitados, quiero teneros a ambos conmigo.

Vamos, buscaremos unos palos para vosotros.

Y, sin dejarnos elección, se giró y comenzó a andar. Marcus le siguió sin pensárselo, pero le agarré del brazo discretamente.

—Espera —susurré apresurada—, no puedo hacerlo.

Marcus, sin perder el paso, me guió a través de la gente.

—¿Como lo de bailar?

—No, mucho peor —tenía que conseguir que me creyera—. Marcus, en mi vida he jugado al golf. Ni siquiera conozco las reglas.

—Es muy sencillo —dijo mientras llegábamos a una especie de armería. Se puso a cargar dos bolsas con palos—. Tienes que meter la bola en el agujero tan deprisa como puedas. —Me mordí el labio; Marcus alzó una mano, anticipándose—. Si vas a hacer alguna broma, no es el momento.

—No, no, te lo digo en serio. —Agarré su brazo firmemente—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, y no quiero cagarla. Sé que la gente como tú se toma esto del golf muy en serio...

Marcus suavizó su expresión y, sin previo aviso, se inclinó sobre mí y me besó en la mejilla. Le miré, sorprendida. Estábamos solos. Estábamos solos, ¿no?

—No vas a estropear nada —dijo, irguiéndose y guiñándome el ojo—.

Además... así podré enseñarte el swing.

Cerré los ojos en un mohín. Takahari acababa de encontrarnos y se dirigía hacia nosotros.

—Vale —dije en un hilo de voz—, pero espero que me dejéis llevar el cochecito.

Resultó que ni siquiera pude llevar el cochecito. Ni esconderme discretamente detrás de Marcus; Takahari insistió en que él y yo éramos compañeros (no sabía que se jugara al golf por compañeros) y me forzó a ir por delante con él. Antes del primer hoyo, Marcus me había intentado enseñar el swing, pero la experiencia fue bastante frustrante.

—Solo tienes que agarrar el palo con firmeza así. —Se colocó a mi espalda, y sentí un terrible calor aun con la brisa fresca que corría—. Después, acompaña el movimiento girando las caderas.

Lo hice lo mejor que pude.

—¿Así?

Noté cómo su pecho se agitaba; estaba riendo en silencio a mi espalda.

—¿Has visto golf alguna vez?

Giré la cabeza para mirarle.

—La única vez que presté atención a un swing de golf fue cuando decapitaron a un tío en un capítulo de la última temporada de CSI.

Marcus volvió a reír en silencio.

—Vale, entonces piensa que la pelota es una cabecita muy pequeña. ¿Puedes?

—Oh, ya sé quién es —dije en tono ácido.

—Ahora, gira las caderas y relájate.

Lo intenté de nuevo con tan poco éxito como la primera vez. Un segundo después, las frías manos de Marcus se posaron sobre mis caderas. Contuve el aliento. Marcus, mientras tanto, guiaba mi cuerpo suavemente en el giro que había tratado de explicarme. Sentí, de forma casi imperceptible, cómo su frente se apoyaba en mi pelo. Hubo una repentina quietud, y me di cuenta de que él también contenía el aliento.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí que mi cuerpo estaba a punto de explotar, y busqué algo, cualquier cosa, para romper el silencio.

—...Esto parece algo más que un papel.

Cerré los ojos. Eso no es lo que quería decir. Marcus dio un paso atrás, riendo a carcajadas y jugueteando con su palo.

—Inténtalo otra vez.

Miré al green, nerviosa.

—¿Crees que debería quitarme la pulsera? No quiero que se caiga...

—Tranquila, no se caerá. Déjate de tonterías y practica.

—Guárdala en tu bolsillo.

—No va a caerse. Venga, hazme caso.

—Marcus...

—Ahora, señorita White.

—¡Vale!

Rezando en silencio, cerré los ojos, dejé escapar el aire y lo hice lo mejor que pude. Un sonoro “ooh” a mi espalda me sacó de mis pensamientos. Miré a la pelota que aterrizaba, en ese momento, asombrosamente cerca de la pequeña bandera.

—¿Lo has visto? —chillé.

Marcus, sin pensarlo, me cogió en brazos y giramos en círculo.

—¡Ha sido brillante!

—¡Giré las caderas!

—¡Giraste las caderas!

Nuestras risas se desvanecieron lentamente mientras nos mirábamos a los ojos. Me sonrojé y bajé la mirada. Marcus me dejó en el suelo con cuidado y dio un pequeño paso atrás. Takahari llegó en ese momento-

—¡Akio! ¿Ha visto eso? —grité.

—¿Akio? —dijo Marcus, levantando una ceja.

—¿Ese golpe fue tuyo, Marcus?

—No. Fue de Rebecca —respondió él, girándose hacia mí con una gran sonrisa.

—¿En serio? —Takahari me agarró del brazo y empezamos a caminar hasta el lugar donde había aterrizado la bola—. En ese caso, señorita White, tendrás que contarme tu secreto.

—Está en las caderas.

Marcus subió en el cochecito con un asistente y nos adelantaron en el green.

Caminamos juntos en un agradable silencio, hasta que Takahari empezó a hablar.

—¿Viste el artículo que salió esta mañana?

Trastabillé ligeramente.

—Lo vi.

—No ponía muy bien a tu novio.

—No —admití con un suspiro—. Supongo que no. —Dimos unos cuantos pasos más, y me detuve—. Pero, ¿sabe? Marcus nunca se las ha dado de santo.

—Continúa —respondió Takahari, curioso.

Con la mirada perdida en el green, busqué la mejor forma de decirlo.

—Creo que cualquier hombre que done cuatro millones de dólares cada año para luchar contra la enfermedad que mató a su madre es digno de consideración —dije, negando con la cabeza.

Takahari asintió, pero su expresión era seria.

—En los negocios, el sentimentalismo no es una de las mejores virtudes.

—Disiento. No deberíamos asustarnos de las emociones, aunque a veces parezcamos algo sensibleros. Hace que una empresa sea más humana, ¿no cree? Y

eso es una ventaja frente a la competencia.

Takahari rió y me agarró el brazo de nuevo. Seguimos andando.

—Los cuatro atributos más importantes para un asesor son la integridad, la competencia, la accesibilidad y la amabilidad. Marcus los tiene todos. Y, ¿sabes? la integridad es el más importante.

—Estoy de acuerdo. Es importante ser honesto y justo.

—Los dos sabemos que Marcus es honesto. Su padre lo era. Viene de una familia honrada y trabajadora.

—No podría estar más de acuerdo.

—Y es competente, también. Tiene amplios conocimientos en muchos campos. Puede aconsejarte sobre inmuebles, impuestos, planes de pensiones, seguros, gestión de riesgos, cash flow, presupuestos y planes de empresa.

—Oh, sí. Marcus sabe mucho. Incluso más que su padre. Y es accesible, desde luego. Aunque ser accesible no tiene sentido si no se es íntegro y competente. Si necesita hablar con Marcus, siempre está disponible. Sé que su empresa está por encima de todo. Le encanta lo que hace, es su vida.

—Sí, siempre coge mis llamadas.

—Y amable. Bueno, sin las otras tres, esta tampoco tendría sentido. Pero Marcus es agradable y educado.

—Oh, sí, es encantador. Me ha llevado por ahí a cenar unas cuantas veces.

Pero no me gusta que sea tan mujeriego, es lo que más me molesta de él.

—Pero ahora me tiene a mí. Creo que estaba algo perdido. ¿Sabe? Cuando murió su padre, trató de reconquistar al amor de su vida. Ella le rechazó, y Marcus no se tomó muy bien esas dos pérdidas. Se dio a la mala vida. Pero ha aprendido de sus errores. No quiere perderme. Y va a poner todo de su parte para ser mejor persona. Creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no?

Takahari me miró, reflexivo.

—Marcus le será leal —continué—. Trabajaré duro y se comprometerá con su empresa. Trabajaré para usted lo mejor que pueda, y antepondrá los intereses de su empresa a los suyos propios. Eso ya lo sabe. Y no es que solo sea leal a su empresa, también a usted. Me contó que su padre trabajó para usted muchos años, y él también quiere tener la oportunidad. ¿Sabe? Tiene muchas ideas y planes para usted. Incluso una fusión. Debería darle una oportunidad. Es un buen hombre, y creo que ya lo sabe.

—¿Tú invertirías tu dinero con él?

Miré a Marcus, bajo el sol, estudiando el hoyo mientras planeaba su siguiente golpe. Dibujé una pequeña sonrisa al ver su cara de extrema concentración. En ese momento, sin dudarlo, golpeó la bola, que salió directa al hoyo.

—¿Sabe? —Ambos miramos cómo la bola golpeó en la bandera—. Creo que lo haría.

Capítulo 17

—¡Quiere una reunión! —Marcus sonreía de oreja a oreja mientras la limusina aceleraba bajo el sol—. ¡No puedo creerlo! Una reunión de estrategia preliminar para hablar sobre una fusión.

—Es genial, Marcus —dije, sonriendo mientras miraba por la ventana.

—No sé qué le habrás dicho pero, sea lo que sea, ¡funcionó!

Me giré para mirarle.

—No he sido yo, has sido tú. Tú eres con el que va a invertir.

Por segunda vez ese día, me cogió la mano. Levanté la vista, sorprendida; Marcus me miraba a los ojos fijamente, pensativo y sincero.

—En serio, Rebecca. Esto significa un mundo para mí. Gracias.

—De nada.

Sonrió de oreja a oreja, y su cara se iluminó otra vez con ese entusiasmo de chiquillo.

—Bueno, el día aún no ha acabado. ¿Dónde quieres ir? —Me miró un segundo y se corrigió rápidamente—. O puedo llevarte a casa. Como quieras.

Lo pensé un momento; no quería irme a casa. Lo creas o no, aparte del hecho de que había pasado el día en un campo de golf, me estaba divirtiendo.

—Al muelle de Santa Mónica.

—¿Al muelle? —repitió, asintiendo al conductor mientras la limusina cambiaba de dirección.

—Tú me has enseñado un poco de tu mundo. Yo quiero enseñarte un poco del mío.

Pasamos el resto de la tarde caminando por la playa de la mano (solo por si había alguien mirándonos, claro), hablando distendidamente de todo y nada mientras el sol del atardecer doraba el cielo y persiguiendo las relucientes olas. No hubo temas incómodos, ni preguntas invasivas, ni historias tan ridículas como para no contarlas. Montamos siete veces en la noria gigante del otro extremo del muelle.

Al final de la noche, había reído más que todo ese mes junto. Cenamos perritos en pan de maíz y algodón de azúcar, y nos tumbamos en una manta a ver las estrellas.

—Y así fue como descubrí que mi compañero de piso era gay —dijo Marcus—. Y también descubrí que tengo alergia a las abejas.

Reí tanto que se me escapó el chocolate caliente por la nariz. Marcus levantó una ceja.

—Oh, ¿un trauma así te parece divertido?

No podía ni hablar de la risa. Marcus cogió una gran bola de algodón de azúcar y me la metió en la boca.

—Toma, a ver si te ahogas.

Cuando por fin pude tomar aire Marcus, ensimismado en sus pensamientos, miraba las olas. Sentí un escalofrío, y me envolví aún más en la chaqueta que él me había dejado. Nos quedamos mirando al horizonte.

—¿Por qué Takahari es tan importante para ti? O sea, no creo que necesites su dinero. ¿Por qué tanto empeño?

Marcus se puso tenso, y por un segundo temí haber cruzado una invisible línea roja. Bajó la mirada y trazó dibujos en la arena, distraído. El pelo le caía sobre la frente.

—Era cliente de mi padre —dijo en un susurro—. El primero que tuvo. Y el primero que perdió al morir, cuando yo me quedé con la empresa.

Abrí la boca, sorprendida. No sabía qué decir. Ojalá no hubiera sacado el tema. Aunque Marcus no parecía enfadado, más bien... resignado.

—Fue por mi culpa —continuó, monótono—. Mi padre era la única persona que me quedaba. Cuando murió, caí en barrena. Me convertí en el estereotipo.

Miraba fijamente cómo las olas rompían en la arena.

—Takahari hace bien en dudar de mí. Yo también lo haría si fuera él. Hace unos meses, me enteré de que buscaba alguien con quien invertir y... no sé, volví a poner las cosas en orden. Vendí los coches de carreras, contraté a una empresa de relaciones públicas, volví aquí...

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Vendiste los coches de carreras?

Su expresión pensativa se transformó en una gran sonrisa.

—Vendí *la mayoría* de los coches de carreras.

—Oh, ya veo.

Hundí los dedos de los pies en la arena y miré al océano. Marcus me miraba.

Me miraba como si no lo hubiera hecho lo suficiente.

De pronto, frunció el ceño y alargó la mano a mi pulsera.

—¿Puedo verla un minuto? —Me la quité y se la entregué—. Parece que tiene una marca aquí...

—Oh, ¡no! No podremos devolverla —dije, abriendo mucho los ojos.

—Tiene algo grabado.

—¿El qué?

— *Nos pertenecemos*.

—¿Es cosa tuya? —dije sonriendo.

—Sí. Para mantener la farsa.

—¿Elegiste el grabado?

—Sí.

Las señales que recibía eran contradictorias. Me había dicho que no quería tener novia, que esto era solo un engaño. Aun así, nos habíamos besado. O sea, nos habíamos besado con pasión de verdad. Teníamos química, y nos sentíamos atraídos mutuamente. ¿Acaso estaba intentando darme una pista de que había algo más? Él no quería tener novia... y yo no quería salir con un mujeriego.

—¿Hay algún significado oculto en esto?

Marcus se encogió de hombros y volvió a colocar la pulsera en mi muñeca.

—No podemos devolverla... está grabada.

Me quedé boquiabierta mirándola una vez más. Ahora era mía.

—No puedo creer que hayas hecho esto —susurré—. Gracias.

—No estás enfadada.

—¿Cómo iba a estarlo? Es un detalle precioso. Me encanta.

Se acercó más a mí y me miró a los ojos. Estaba tan cerca que podía contar cada uno de sus cabellos, cada una de las motas grises de sus ojos verde océano.

Entreabrí la boca y mi mente empezó a ir a mil por hora. No había ni un alma alrededor. Estábamos ocultos en una pequeña ensenada. No había ninguna razón para que se acercara así a mí, excepto...

El viento hizo volar un mechón de pelo que Marcus retiró delicadamente de mi cara, acariciándome la mejilla con los nudillos. Se inclinó un poco más sobre mí, con la boca entreabierta, mirando mis labios. Respiraba entrecortadamente. Sentí un cálido rubor en las mejillas y cerré los ojos.

No puedo creer que esto esté pasando de verdad...

Una fresca brisa se abrió paso entre nosotros. Cuando abrí los ojos, Marcus estaba irguiéndose, con la mirada fija en la arena.

—Debería llevarte a casa —dijo en voz baja.

Parpadeé sorprendida. La noche se había enfriado de repente.

—Sí... debería irme a casa.

Capítulo 18

El día de golf con Takahari fue el último gran evento antes de la gala en el Caribe, así que no vi a Marcus durante la siguiente semana y media, aunque nos enviábamos mensajes de vez en cuando. No eran gran cosa, del tipo de *¿Has visto el último número de Forbes?* (no) o *¿Tienes listo el pasaporte?* Después de la noche en la playa, ambos pusimos tierra de por medio.

Aunque vi a muchos de sus esbirros.

Gente de aspecto elegante, con trajes de aspecto elegante, que entraban y salían de mi apartamento como una plaga de langostas, sobre todo en los días previos al viaje. Una mujer me tomó las medidas, otra me trajo un par de maletas vacías y me ofreció un bote de spray autobronceador. Me trajeron cajas y cajas de zapatos, y me preguntaron cosas tan raras como si tenía conocimientos de buceo.

Otros quisieron ofrecerme una sinopsis de la fusión de Takahari, esperando que pudiera responder si él me pedía mi opinión sobre alguno de los puntos del negocio. Rehusé educadamente; Takahari sabría, seguro, que a mí no me importaban una mierda esas cosas legales. La descarada indiferencia era parte de mi encanto. A los robots de Marcus no les pareció demasiado bien, pero mantuvieron la boca cerrada.

Todos parecían llamarse Charles en alguna de sus variaciones, incluso las mujeres. Traté con ellos de la forma más amable que pude. Cuando por fin, la noche antes del viaje, el último de ellos salió de mi salón, me dejé caer en el sofá sintiendo que me iba a estallar la cabeza.

—¿Se han ido ya los autómatas cuatro a nueve? —gritó Amanda desde la habitación de el lado. Estaba tan impresionada como yo con el séquito de Marcus.

—¡Sí, se han ido! —respondí. Un segundo después, Amanda se tiró junto a mí en el sofá—. ¿Sabes? Entiendo que este fin de semana sea muy importante para la empresa de Marcus, lo entiendo, de verdad. Y no soy capaz ni por asomo de comprender la logística necesaria para la fusión de dos corporaciones internacionales...

—¿Pero...?

—...pero no sé qué coño tiene que ver todo eso con el estado de mis cutículas.

Amanda asintió con sabiduría.

—Me perdí cuando uno de ellos empezó a aleccionarme sobre los beneficios de la col rizada.

—¿Era Chuck, el del bigote?

—Uhm... Charleigh, el de... el del bigote, también.

Me froté los ojos y ahugué un exasperado chillido.

—Amanda, ¿qué coño estoy haciendo? ¡No quiero ser responsable de todo esto!

Mi compañera me miró, solemne.

—Un gran poder conlleva una gran...

—No me cites a Spiderman, ¡te estoy hablando en serio! —Paseé la mirada por el atestado apartamento—. ¿En qué coño de lío me he metido?

Amanda se sentó junto a mí y me dio una palmadita en la rodilla.

—Bex, estarás bien. Todo lo que está pasando, la empresa, la fusión, tú no eres responsable de ninguna de esas cosas. Marcus te pidió que fueras con él como su novia de mentira. Tómame unas copas y haz reír a ese viejecito con tus artimañas —dijo guiñando un ojo—. En cuarentay ocho horas, todo habrá terminado. Será fácil.

Deevus saltó a mi regazo y paseó su cola frente a mi cara.

—Claro, muy fácil —respondí con un resoplido—. Solo tengo que convencer a un hotel lleno de ricachones de que soy como ellos.

—Intenta no hablar demasiado —dijo Amanda tras pensarlo un momento.

Me reí y le di un cojinazo en la cara. Deevus saltó de mi regazo en busca de un lugar más seguro.

Amanda se quedó pensativa al mirar mis nuevas maletas vacías.

—¿Sabes? Tengo que admitir que tienes pelotas. Sobre todo teniendo en cuenta tus antecedentes.

—¿Qué antecedentes? —Fruncí el ceño.

—Lo de mirar antes de saltar —respondió Amanda, encogiéndose de hombros.

—El proverbio dice que...

—No, lo que quiero decir es que nunca saltas. Te quedas ahí, mirando. Como una rana atrofiada.

—Bostezó y se estiró en el sofá—. O como un antílope sorprendido.

Vale, se estaba preocupando por mí.

—Es como si los hermanos Grimm escribieran cuentos de colorines y unicornios. Así es como ves tú el mundo. Oye, estoy intentando halagarte —dijo riendo—. Por fin te has lanzado a la piscina. ¡Estoy orgullosa de ti!

—Hablas como mi madre.

—Sharon y yo hablamos de vez en cuando.

—Para —avisé—. Antes de que se vuelva en tu contra.

—Por cierto, tienes que hacer las maletas —dijo, señalando con un gesto de cabeza a las dos grandes maletas que nos miraban desde la puerta. Me encogí de hombros. Sentí como si me estuvieran mirando, como si no tuviera suficientes cosas bonitas para poder llenarlas.

—Ese es el menor de mis problemas. ¿Te he contado que vamos a ir en su propio avión?

Se me heló la sangre al pensarlo otra vez. Aparte de los tiburones y ciertos tipos de marisco, lo que más miedo me daba en el mundo era volar. Había conseguido evitarlo toda mi vida, convenciendo a mis amigos (cada vez más celosos) de que viajar por carretera sería mucho más divertido que lanzar nuestros cuerpos por el aire a velocidades de vértigo. La única vez que me vi obligada a viajar en avión tropecé con la acera mecánica de la terminal, caí en la barandilla de cristal y pasé la mayor parte del vuelo en un estado de semiinconsciencia, vigilada de cerca por inquietos auxiliares de vuelo. Ni que decir tiene que el vuelo fue solo de ida.

—Guau, no, no me lo habías dicho —respondió mirándome fijamente—.

Bueno, no puedes ir en coche al Caribe, pero... ¡irás en un avión privado! Eso está bien, ¿no?

Alcé las manos en un gesto desesperado.

—¡No! ¿No preferirías jugarte la vida en algo muy, muy grande, algo lleno de gente que puedes sacrificar y comerte si hay un accidente, antes que en algo muy, muy pequeño? Tan pequeño que no te encontrarán cuando se hunda en las cálidas aguas de Cuba y los ocupantes sean devorados por los tiburones y...

—Y por los moluscos, sí, vale, vale.

Amanda asintió lentamente, enfriando mi pánico antes de que se me fuera de las manos.

—Por suerte, tu mejor amiga ya se ha anticipado a este hecho, y te ha preparado una maletita de mano...

Capítulo 19

El taxista, siguiendo mis indicaciones, pasó por una pequeña entrada trasera del aeropuerto de Los Ángeles que no tenía ni idea de que existía, y llegamos a una apartada pista llena de limusinas y aviones privados. En vez de detectores de metal y padres tristes, aquello estaba lleno de pequeñas alfombras rojas y bandejas de champán. Un botones de aspecto señorial, cuyo traje costaba tanto como mi coche, sacó mi equipaje del maletero antes de que pudiera darme cuenta, y en cuanto puse un pie en el asfalto el séquito de Marcus empezó a asediarme.

—Señorita White, ¿ha traído su pasaporte?

—Señorita White, ¿ha podido echar un vistazo al itinerario que le enviamos?

—Señorita White, ¿no será, por casualidad, alérgica a los champiñones?

Giré en círculos, murmurando confusa y formando las respuestas, cuando vi que Marcus salía de detrás del avión y venía hacia mí. Compuse una gran sonrisa y me di cuenta, con cierto alivio, de que me alegraba de verle. No estaba segura, después de nuestro abrupta despedida en la playa, de cómo me sentiría.

Y esa era una de las razones por las que había venido preparada.

En cuanto me vio sonreír, su cara se relajó. Seguro que había estado tan nervioso como yo hasta entonces.

—Señorita White —dijo, imitando el tono de sus esbirros mientras se acercaba—, ¿le ha dicho alguien lo absolutamente arrebatadora que está hoy?

—Señor Taylor, es usted un adulator. Muchas gracias por su encantador piropo. —No podía dejar de mirarle a los ojos—. Oh, tiene usted unos ojos preciosos. Podría perderme en ellos.

—Gracias.

—Está estupendo. Ya veo por qué puede tener a la mujer que quiera. ¿Cuál no querría saltar en sus brazos? No me importaría entrar ahora mismo con usted en el club Mile-High. Ya sabe, esa gente que tiene relaciones a muchísimos pies de altura. ¿Interesado? —dije, pellizcándole el culo.

Creo que arrastré las últimas palabras. Su cara cambió al instante.

—Esta no eres tú. ¿Has bebido?

—Oh, quizá un poquito —dije, bajando la voz en tono conspiratorio—. Confía en mí, es mejor así.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo volar. He estado a punto de no venir, pero no quería enfadarte. Tenemos un trato, y sé que este culo mío tiene que aterrizar en el Caribe.

Espero que no te hayas enfadado.

—Bueno, yo he bebido más de la cuenta unas cuantas veces también. Esta vez me toca estar en el

otro lado.

—Señor Taylor —interrumpió el piloto.

Marcus pasó un brazo protector sobre mis hombros.

—Estamos listos para despegar cuando desee.

—Gracias, Jim.

Marcus me condujo hasta una pequeña rampa lejos de la tripulación, tratando de aparentar normalidad. Cuando estuvimos solos, me agarró suavemente del brazo y me acercó a él.

—Deberías haberme dicho que te da miedo volar.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Darme unos Valium y ponerme a dormir?

Miré a los lados con recelo y abrí mi bolso para que pudiera verlo. Unas veinte botellitas de vodka, cortesía de mi compañera de piso, tintinearón en el interior mientras apretaba el bolso contra mi pecho.

—¡Mierda, Rebecca! —Marcus abrió los ojos, incrédulo—. ¿Cuántas te has tomado ya?

—Solo seis —susurré—. Baja la voz. No quiero que me las confisquen.

—¿Por qué has...?

—No lo entiendes. Era esto o un traumatismo craneoencefálico —dije con voz sombría mientras recordaba—. Como la última vez.

—¿Un traumatismo craneoencefálico? Rebecca, no sé lo que estás...

—He dicho que bajes la voz.

Sus manos, sin previo aviso, me agarraron firmemente los hombros.

—Rebecca White —dijo, agachándose hasta mirarme a los ojos—. El avión es mío. Nadie va a confiscarte nada. Puedes llevar lo que quieras. Eso no es lo que me preocupa.

—Marcus... ¡es genial!

—Lo que me preocupa es que sientas la necesidad de drogarte antes de que despeguemos. ¿Es como esa fobia irracional que tienes a los pavos reales? ¿Debería preocuparme?

Ladeé la cabeza y le miré, pensativa. Los bordes de su cara estaban borrosos pero, aparte de eso, me sentía estupenda.

Di un paso hacia él.

—Dime una cosa... ¿qué te pasó aquel día? O sea, ¿te levantaste y pensaste, así como así: “¡Este césped necesita un pavo real!”?

Marcus frunció los labios.

—Voy a subirte al avión.

—Señor Taylor —interrumpió de nuevo el piloto—, ¿Puedo hablar con usted un...?

—Ahora no, Jimmy.

—Marcus, ¡ya está bien! Haz caso a este hombre.

Dos pares de ojos volaron en mi dirección, y pensé que lo mejor sería escabullirme al interior del avión.

Todo lo que sabía sobre aviones privados era lo que había visto en las películas, pero preferí creer que mi inteligencia natural y la pinta de vodka que rodaba por mi estómago me dieron la confianza suficiente. Cuando la azafata vino a preguntarme si quería una copa de champán, rehusé educadamente, preguntando dónde estaban los chalecos salvavidas de sobra. Quizá podría hacerme una balsa con ellos. La azafata desapareció enseguida, y no volví a verla.

Minutos después, Marcus subió, nos abrochamos los cinturones y, por fin, el ataúd volante salió disparado hacia los cielos.

—¿Rebecca? —Marcus hizo una pausa deliberada—. Rebecca, ¿sigues aquí?

Abrí los ojos. Un multimillonario guapísimo me miraba fijamente.

—¿Te han dicho alguna vez lo guapo que eres?

—Estás echándome muchos piropos hoy. Me gusta.

—Quizá quieras tenerme bebida todo el tiempo. Así soy mejor compañía.

Marcus rió a carcajadas.

—Oye, Marcus. ¿Qué piensas de nuestro beso? ¿Fue parte de todo ese rollo de la novia de mentira? ¿Para engañar a esa gente? ¿O fue de verdad? Ah, puedo preguntarte esto ahora porque estoy super pedo.

—Bueno... solo ocurrió. No lo planeé. Fue espontáneo.

—Pero, ¿cómo fue el beso?

—Pues... fue dulce, caliente y muy apasionado.

—Yo pienso igual —dije sonriendo—. Un beso merecedor de un Óscar. La lujuria a un nuevo nivel. Ojalá hubiera podido subirme hasta mi cama. ¿Sabes?, ¡estaba super caliente! Y, solo para que lo sepas, cuando empiezo a beber, no me preguntes cosas. Porque nunca me callo.

Marcus pestañeó.

—¿Te gusté cuando me conociste? ¿O fue el dinero que te tiré a la cara?

—Me gustaste muchísimo. Parte de mí deseaba que fuera verdad todo lo que le conté a aquellas víboras. Cuando te vi, deseé que todo fuera real. Y cuando esperaba que me dejaras en evidencia... no lo hiciste. Seguiste el juego. Y eso que eras un completo desconocido. Yo estaba en tu casa, en tu fiesta, contando a esas mujeres que eras mi novio. Y tú seguiste el juego.

—¿Viste la cara que se les quedó?

—Impagable —reí.

—No pensaba permitir que esas pumas se metieran contigo.

—Gracias, de verdad. No tenía derecho a hacerlo.

—Pero estoy contento de que lo hicieras. Si no, nunca nos habríamos conocido.

—Eso es muy tierno por tu parte. Has perdonado mi engaño.

—Habría hecho cualquier cosa. Además, en esa fiesta, deseé que de verdad fueras mi novia, quise presumir de tenerte al lado.

—Pero tú no quieres tener novia.

—No quería. Pero en ese momento deseé que fueras toda mía, solo mía.

—Representaste muy bien tu papel. Me encantó que me besaras.

—Sí, fue un buen añadido.

—Bien jugado. Supongo que tuve suerte de gustar al señor Takahari. Si no, habrías contratado a cualquier otra chica para el papel.

—Era muy tarde para ir con cualquier otra chica. Le gustaste al momento. Si hubiera llegado con otra y la hubiera presentado como mi novia, me habría tomado por un mujeriego. Así que, cuando dijiste a todos que eras mi novia...

—Te quedaste conmigo, claro. Te convencí. Estoy segura de que todas esas tías hablaban de mí, seguro que era el tema de conversación de la fiesta. Y te apuesto lo que quieras a que el señor Takahari ya sabía quién era antes de que me presentaras.

—Me gusta que me convencieras. Eres distinta de cualquier otra chica que haya conocido nunca.

—Cómo no amar a la chica que te vacía un spray de pimienta en la cara.

—Debí haberte dicho algo para que no pensaras que era un violador —respondió, riendo a carcajadas.

—Vaya, eso habría sido de gran ayuda. Pero sé por qué lo hiciste. Querías cazarme, a mí, solo a

mí. Porque ya me había hecho pasar por tu novia. Para conservar a tu cliente, debías presentarme como la mujer que te había hecho sentar la cabeza. Eso arreglaría tus problemas de imagen... porque el señor Takahari no haría negocios con un playboy.

—Es un buen resumen.

—Ojalá hubieras querido tener una cita de verdad conmigo —murmuré.

—¿Cómo?

El estómago se me retorció. *¡Oh, mierda! ¡No, por favor!*

—Creo que voy a echarla —dije—. No sé si llegaré al baño.

La azafata me pasó rápidamente una bolsa de plástico. Y vomité todo.

—Vale, vale, no pasa nada. —Sus manos frías me acariciaban el pelo. Me había puesto una toalla húmeda en la nuca—. Estás bien, cielo. Creo que ya sabíamos que esto iba a pasar.

—¿Cielo? ¿Estás practicando o es que también quieres engañar a la azafata?

Marcus rió, y yo me recosté en el asiento con un gruñido. Al momento, la bolsa había desaparecido, y Marcus estaba sentado frente a mí, sonriendo tiernamente y acariciándome las rodillas.

—¿Sabías que iba a pasar? —dije en un hilo de voz.

—Diste un lametazo al cinturón.

Mi cara se retorció en una patética mueca.

—Venga ya, Marcus. ¿Has oído alguna vez que alguien diera un lametazo al cinturón?

—No —estaba haciendo todo un esfuerzo por aguantar la risa—. Es broma.

Demasiado débil para discutir, me froté las sienes con los dedos, gruñendo otra vez. Miré sus manos, que seguían acariciando mis rodillas.

—Toma —murmuró, revolviendo en la parte trasera de uno de los asientos—.

Bebe un poco de agua.

Bebí en silencio y miré por la ventana. Los altos rascacielos de la ciudad se desvanecían rápidamente bajo una fina capa de nubes. Me temblaron las manos, ahogué un gemido y recé en silencio por mi liberación.

—Sri Lanka.

Aparté la vista de la ventana para mirar a Marcus.

—¿Qué?

—Allí fue donde conseguí a Eduardo, en Sri Lanka.

—¿Sri Lanka?

—Sí.

—¿Fuiste hasta Sri Lanka a comprar un pavo real?

—Eduardo estaba en mi hotel, y nos llevábamos bien. Yo le daba migas de pan y el me seguía. Un día le mordió un perro, y el veterinario quiso sacrificarlo. El personal del hotel decía que el pavo tenía muy mal humor, que no merecía la pena salvarlo. Pero yo vi algo especial en él. ¿Acaso no se merece todo el mundo una segunda oportunidad? —Me miró a los ojos un momento antes de continuar—. Le traje a casa y le salvé la vida.

No pude evitar darme cuenta del simbolismo. Marcus era muy guapo, igual que el pájaro. Solo necesitaban una segunda oportunidad. El pavo había tenido la suya... ¿y Marcus? ¿También la tendría?

—¿Le gustas? Porque a mí me odia.

—Me adora. Y yo a él también.

—¿Se puede ir de compras en Sri Lanka?

Marcus se inclinó hacia delante y me sonrió.

—Rebecca, hay muchas cosas en Sri Lanka. ¿Has estado alguna vez?

—Uh... —dirigí la vista al cielo antes de mirarle de nuevo—. Asumamos que no.

—Bueno, tiene playas preciosas. Y hay una increíble fortaleza de piedra llamada Sigiriya... Tenemos que ir por allí.

Negué con la cabeza con una sonrisa irónica.

—Claro, si a Takahari le apetece ir a jugar al golf un día, me apunto.

—Me encantaría. También tienen buenos campos de golf.

Entorné los ojos.

—¿En serio?

—Bueno, a mí también me gusta el golf. Me gusta que solo sea un juego aunque lo llamemos deporte. Me gusta que me haga sentir atlético cuando conduzco de un hoyo a otro, dando sorbitos a un julepe de menta y hablando de tonterías. Me gustan hasta esos calcetines de rombos. Parezco un elfo de Santa Claus con ellos puestos.

—Señoras y señores, hemos alcanzado altitud de crucero...

Levanté la mirada, sorprendida al oír la voz incorpórea, y miré por la ventanilla. El avión ya estaba nivelado, y navegábamos por los cielos azules sin sobresaltos. Solo se oía el leve murmullo de los motores.

Cuando me giré de nuevo, Marcus me miraba con una tímida sonrisa.

Empecé a sospechar; mis mejillas se ruborizaron a pesar del aire fresco de la cabina.

—¿Todo eso ha sido para distraerme?

Marcus se encogió de hombros con indiferencia y alargó la mano para coger un periódico.

—Cualquier cosa para que no vomitaras otra vez...

Capítulo 20

El resto del vuelo pasó sorprendentemente rápido, tanto que incluso me quedé dormida. Marcus y yo estuvimos casi todo el tiempo ensimismados, soltando de vez en cuando un comentario ingenioso y sonriéndonos por encima de nuestras respectivas revistas. En cuanto el avión empezó a descender para tomar tierra, Marcus intentó distraerme con una entusiasta conversación sobre murciélagos de la fruta enanos. Cuando llegamos al hotel estaba exhausta. Pero...

cuando lo vi...

—Oh, Dios mío. —Me paré frente a la fachada para admirarlo bien—. Es increíble.

Era exactamente como los complejos de bungalows adosados que había visto y envidiado tantas veces en las portadas de las revistas de viajes. Ese tipo de sitio al que los famosos iban de vacaciones y yo criticaba deseando, secretamente, poder ir algún día. El aire era húmedo y olía a flores, y cada una de las pequeñas cabañas se enclavaba en un lecho de arena blanca junto a las brillantes aguas turquesas.

¡Era increíble! ¡Imponente! ¡El paraíso!

Me quité los zapatos de inmediato y hundí los dedos de los pies en la arena mientras una cálida brisa me revolvía el pelo.

Un repentino beso en la mejilla me sobresaltó.

—Voy a hacer el check-in. —Marcus me miró, confundido por mi cara—. Eres mi novia, ¿recuerdas?

—Y representaré mi papel a la perfección —respondí. Acaricié su mejilla, le miré a los ojos y le besé suavemente en los labios.

—Creo que no ha sido lo suficientemente convincente.

—¿En serio? Porque solo tenemos cerca a esa pareja de ancianos.

Marcus miró a nuestro alrededor, sonriendo travieso.

—Juraría que uno de ellos lleva una cámara.

Le abracé fuerte.

—Entonces, mejor convencerles de que somos amantes.

—Sabía que había contratado a la actriz perfecta.

—Creo que estás disfrutando de esto demasiado —dije, mirándole a los ojos.

—Yo también lo creo.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Quieres ver lo bien que puedo interpretar mi papel?

—Por supuesto.

Una descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo cuando sus labios chocaron con los míos.

Devoró cada centímetro de mi boca mientras yo dibujaba con los dedos las curvas de su pecho.

—Creí que el acuerdo no incluía sexo —dije.

—No lo incluye. Pero lo de liarnos no estaba descartado.

—¿Tu abogado ha encontrado un vacío legal?

Me besó suavemente.

—Los besos no eran parte del acuerdo. Pero cuando estás cerca... no puedo evitarlo.

—Yo tampoco.

Marcus me regaló una preciosa sonrisa y se dirigió al mostrador del hotel. Me senté sobre una gran roca y paseé la mirada por las aguas tranquilas. Pensé, hipnotizada por el murmullo de las olas, que el océano era demasiado brillante para ser real. Era difícil creer que un color tan vivo existiera de forma natural.

El repentino sonido de una risa me sacó de mi trance, y al mirar alrededor descubrí a una pareja que caminaba de la mano por el muelle. Caminaban lentamente, casi balanceándose, felices en su pequeña burbuja. El hombre era bastante más alto que la mujer, y se agachaba constantemente para susurrar en su oído. Pero la risa de ella era fuerte, sonora, retumbaba libre en la playa. Su risa le hacía reír a él, que se agachaba para susurrarle alguna otra cosa, ella volvía a reír y así una y otra vez. Era difícil no mirarles: estaban, claramente, en los felices inicios de su amor. Me pregunté si estarían recién casados.

—¿Rebecca?

Bajé la vista de nuevo: allí estaba Marcus, mordiéndose el labio. Parecía nervioso. Bajé de la roca de un salto y me uní a él.

—¿Qué pasa?

—Ha habido una pequeña equivocación con la habitación.

Cinco minutos más tarde, estábamos frente a una cama de tamaño king-size, con un gran corazón de pétalos rosas en el centro.

—¡Guau! —dije—. ¡Es absolutamente preciosa!

—Creo que han pensado que estábamos... de luna de miel. —A Marcus no le salían las palabras—. No hace falta que te diga que está todo completo por el evento... no hay más habitaciones disponibles.

Sin decir nada, miré alternativamente al corazón de pétalos de rosa y a Marcus.

—Lo sé, lo sé —dijo levantando las manos—, es totalmente inaceptable. Les diré que cambien a alguien, o combinen habitaciones, o... puedo enterarme de dónde está la tripulación y echar a alguno para que podamos...

Alcé una mano para hacerle callar.

—Mientras no ronques, no hay problema —dije, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando la cama con resignación—. Aunque espero que tú no hayas tenido nada que ver en esto.

—Rebecca, te juro que no he... —Marcus parecía horrorizado—.

Una risa traviesa brotó, rompiendo mi gesto solemne. Marcus dejó caer los brazos, enfadado.

—¿Por qué me haces esto?

—Es uno de mis beneficios en esta relación —respondí sonriendo de oreja a oreja.

—Bueno... hay química entre los dos —dijo, mirándome seductor—. ¿Cómo demonios vamos a compartir una cama?

—En el bungalow hay solo una cama, pero hay más habitaciones. Dormiré en el sofá de ahí.

Tras una pequeña pausa, Marcus puso los ojos en blanco.

—Soy el hombre, ¿por qué no duermo yo en el sofá?

—Qué caballero —dije alegremente, dejando mi bolso en el centro del corazón de pétalos—. Pero ya te lo he hecho pasar bastante mal. Te he pegado, gaseado e incluso te he pedido que te lo montaras conmigo en el avión. Si alguien se merece el sofá, soy yo.

—Haré que te guste ser mi novia. Por favor, deja que me quede en el sofá.

—Me gusta ser tu novia de mentira.

—Señorita White, ¿sigue bebida?

—Me encantan las limusinas, el avión privado (echar la pota con todo un pasaje alrededor hubiera sido bastante más vergonzante), esta habitación, la ropa, besarte...

Me miró inquisitivo.

—¿Podrías repetir lo último?

—Besarte. Me gusta besarte. Es un beneficio extra que no estaba en la descripción del contrato.

—¿Besarme de mentira?

—A mí no me ha parecido de mentira.

Marcus me rodeó con los brazos y me besó en los labios suavemente.

—¿Te refieres a algo así?

—Me encanta que me beses así —dije mirándole a los ojos—. Y los besos nunca deberían darse con prisa.

—Estoy de acuerdo.

No estoy segura de cuánto tiempo duró ese beso, pero fue largo, lento, romántico, perfecto. Después, empezamos a deshacer las maletas.

—Lo creas o no, le eché un vistazo a la agenda. ¿Hoy solo tenemos una cena en el mar? —dije, abriendo mi maleta.

Marcus sonrió mientras sacaba camisas de la suya.

—Pensé que un paseo en barco al atardecer estaría bien. Algo muy de novios, ya sabes.

—Oh, lo es. ¿Lo buscaste en Google? —dije riendo—. ¿Qué debería ponerme para esta noche?

—No sé. ¿Por qué no me sorprendes? —Se giró para ir al salón y me guiñó un ojo por el camino—. Por cierto, tienes el armario lleno.

Cerré la puerta y me dirigí, nerviosa, a las pequeñas puertas de bambú del armario. El momento de la verdad. Sus esbirros habían estado tomándome medidas toda la semana. ¿Qué me encontraría?

No mucho, la verdad.

Bueno, quizá no me he expresado bien.

Estaba lleno de ropa... pero con muy poca tela. Un montón de modelitos cortísimos.

Cien bikinis de marca, pareos casi transparentes y un montón de pequeños, muy pequeños,

minúsculos vestidos. Sonreí de oreja a oreja mientras echaba un vistazo a la selección, casi sin atreverme a tocar aquellas delicadas prendas con mis manos sucias. Me llamó la atención la cantidad de colores, piedras preciosas, encajes, de todo. Entonces vi los zapatos, y no pude evitar reír al ver, entre todo aquel montón de taconazos, unos cuantos pares de sandalias planas que, sin duda, habrían sido cosa de Marcus.

Un leve golpe en la puerta me sobresaltó. Marcus asomaba la cabeza. Estaba guapísimo; la humedad había hecho que su pelo se rizara en unos cuantos sitios, y le daba un encantador aspecto de estar recién salido de la cama. Deseé jugar con sus rizos.

—¿Te gustan las cosas?

Me di cuenta de que tenía en la mano un tanga de bikini, y lo escondí apresuradamente a mi espalda.

—Sí, está genial. Sobre todo para los *dos días* que vamos a estar aquí.

Se encogió de hombros con una sonrisa inocente.

—No sabía tus gustos, así que he optado por cubrir todo lo posible. Solo por ser práctico.

—Muy práctico —asentí solemne.

—Bueno, tengo que bajar al barco a dejar unas cuantas cosas listas —dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al mar—. Es el blanco, el que está justo al final de nuestro muelle. ¿Nos vemos allí?

—Claro, dame diez minutos.

—Tómate tu tiempo, no hay prisa. —Volvió a mirarme con una malvada sonrisa mientras salía por la puerta—. Por cierto, me gusta ese que escondes a la espalda.

Me sonrojé y cerré de un portazo, oyéndole reír mientras se iba. Pero recordé esos hoyuelos y esos rizos, y no pude evitar sonreír. No pensaba decepcionarle.

Volví al armario y saqué una prenda roja que había llamado mi atención.

Ya sabía qué me iba a poner...

Cuando salí al muelle, no había ninguna parte de mí que no brillara bajo los rayos del sol tropical. Desde mis zapatos metalizados hasta la sombra de ojos bronce, pasando por el vestido rojo y dorado de encaje que se deslizaba por mi cuerpo hasta desaparecer en algún lugar de mis muslos. Me había recogido la melena caoba sobre la frente para que cayera, grácilmente, hasta los hombros. No llevaba maquillaje salvo en los labios, que me había pintado de rosa oscuro. La verdad es que estaba arrebatadora.

Estaba por ver si a Marcus le parecía igual de arrebatador el conjunto. Saqué mi pequeña cámara del bolso e hice unas cuantas fotos al mar. Era hipnotizante.

Empecé a sentir un hormigueo por todo el cuerpo mientras bajaba por la pasarela de madera hasta el barco, que estaba al final del muelle. ¿De dónde narices habían salido esas mariposas? ¿En serio me entusiasmaba tanto lucir un maldito vestido?

Bajé el ritmo un momento mientras me daba cuenta de que no era por lucir el vestido.

Estaba nerviosa por lucirlo ante *Marcus*.

Que sí, que era un repulsivo magnate obsesionado por Forbes, con un serio problema de imagen y una extraña inclinación por las aves exóticas... pero también era muchas otras cosas.

La forma en que su mirada se perdía en el infinito cuando hablaba de la familia, la forma en que se comportaba conmigo, pensativo y despreocupado a la vez, la forma en que me hacía sentir cuando me retiraba el pelo detrás de la oreja...

Acéptalo, Bex.

Negué con la cabeza y me alisé el vestido al llegar al barco. Las mariposas seguían revoloteando en mi estómago cuando alcé el brazo para llamar a la puerta, que se abrió antes de que pudiera tocarla. Marcus estaba de espaldas, pero se giró hacia mí con una enorme sonrisa y me invitó a entrar.

—Cielo, ¿te acuerdas del señor Takahari?

Capítulo 21

Me sentía vacía, fría. No podría explicar por qué. No podría decirte de dónde salía ese vacío, pero subió por todo mi cuerpo y se asentó en el fondo de mi estómago durante toda la noche.

La cena fue increíble, claro. Llena de toda la extravagancia que esperaba y a la que me estaba acostumbrando. Takahari había traído a su hombre de confianza (lo que supuse era buena señal) y, aunque el tema de la fusión no se llegó a tratar abiertamente, sino con discretas insinuaciones, tuve la sensación de que las cosas marchaban por buen camino.

Y yo puse todo de mi parte. Me gané el sueldo. Dejé a un lado ese sentimiento de separación inevitable y dije lo que tenía que decir. Hice lo que tenía que hacer, sonreí cuando tenía que sonreír. Fue como si estuviera leyendo mi guión.

Interpretando el mejor papel de mi vida con una precisión digna de Óscar. Sentí que aquel papel había sido escrito para mí. Una encantadora y centrada caricatura de mí misma. Un complemento a aquel montón de hombres rígidos e inflexibles con el que cualquiera podría identificarse. Era la artimaña perfecta. Pero eso era, exactamente, yo.

Una artimaña.

Aunque interpreté mi papel como una profesional, Marcus parecía cada vez más incómodo a medida que transcurría la velada. Me miraba de reojo a cada rato, como si estuviera deseando que nos dejaran solos, como si hubiera algo que quisiera decirme. Para cuando sirvieron el postre, me di cuenta de que no me importaba en absoluto.

—Ha sido absolutamente maravilloso —dije, abrazando fuertemente a Akio cuando nos levantamos para irnos—. Muchísimas gracias otra vez por haber venido.

El hombre hizo una adorable reverencia, como era su costumbre, y apoyó sus nudosas manos en mis brazos.

—El placer ha sido mío. Voy a volver a Japón unas semanas, pero estaré de vuelta en California para principios de año. ¡Espero verte entonces!

—Me encantaría —dije, sonriendo dulcemente.

Marcus volvió a mirarme de reojo sin decir nada.

—Ahora, si me disculpan, caballeros... —No podía aguantar ni un segundo más allí dentro—. Voy a dormir para recuperarme de ese horroroso viaje en avión.

Takahari y su hombre de confianza rieron educadamente, pero Marcus me miró con una especie de alarma silenciosa en la cara, un pánico mudo que brillaba en lo más profundo de sus ojos.

—¿Seguro que no quieres quedarte un poco más, Rebecca? —Sonaba a súplica—. Puedo hacer que traigan un poco de café.

Di una despectiva palmadita en su brazo, tal como haría una novia de verdad.

—No, no hace falta. Me voy, seguro que tenéis un montón de cosas de las que hablar.

Despidiéndome con la mano, salí del barco y volví al muelle, con un solo pensamiento que ocupaba mi cabeza por completo.

No podía esperar a quitarme el vestido.

Marcus me llevó a pasear en su yate. El sol brillaba en las aguas turquesas, y el cielo era del más precioso de los azules. Hice muchas más fotos, claro. Busqué delfines, pero no vi ninguno. Uno de mis pacientes me había pedido que hiciera una foto a un delfín.

Navegamos hasta una de las islas cercanas. Marcus llevaba un bañador negro y una camiseta lisa y ajustada que me permitió adivinar, por primera vez, el hipnotizante contorno de su pecho y su estómago. Yo también había elegido algo sencillo; un anodino bikini blanco que realzaba mis pocas curvas y tapaba algo más que el resto de bikinis, más llamativos, de mi armario. El capitán se acercó a nosotros.

—Tenemos compañía, pero conozco un sitio más tranquilo al que podemos ir.

Miré al barco que teníamos cerca; los paparazzi nos habían encontrado.

—No quiero irme —dije—. Esta playa es preciosa. Siempre he querido caminar por unas arenas así, tan blancas como el azúcar.

—Pero van a agobiarnos —dijo Marcus—. Y hay sitios más apartados.

—No olvides que queremos publicidad. O sea, me pagas por eso, ¿no? Para convencer a la gente de que soy tu novia. Así que, ¿por qué no me dejas hacer mi trabajo?

Miré al capitán.

—Si no le importa, nos quedaremos aquí. ¿Puede subir la música? Vamos a montar una pequeña fiesta.

—Claro —rió el capitán—. Ahora mismo.

Él y Marcus eran buenos amigos, así que le había contado nuestro pequeño acuerdo. Era una de las pocas personas ante las que podíamos hablar libremente.

Marcus sonriente, se dejó llevar hasta el centro de la cubierta.

—¿Listo para bailar un poco?

La música comenzó a sonar, y Marcus y yo nos dejamos llevar por el ritmo.

No podía dejar de bailar, y él me sujetaba entre sus brazos. Bailamos durante al menos media hora, disfrutando cada minuto bajo el sol.

—¿Quieres nadar hasta la playa? —pregunté, sonriente.

El viento mecía su pelo ondulado. Estaba super sexy con aquellas gafas de sol de diseño.

—¡Claro!

—Además, necesitas lucir ese cuerpazo ante los fotógrafos —dije—. Así que quítate la camiseta. Estoy deseando ver lo que hay debajo. Y las gafas... vamos a zambullirnos bien.

Cuando se quitó la camiseta, no pude evitar quedarme mirando sus anchos hombros, su estómago plano y su pecho musculoso. Era, sencillamente, perfecto.

El sol pegaba fuerte, así que cogí el protector solar. No podía dejar que mi novio de mentira se quemara, ¿no?

—Vas a necesitar esto.

Embadurné su espalda de crema, deslizand los dedos sobre sus deliciosas curvas. ¡Estaba buenísimo! Casi podía sentir cada uno de sus músculos.

—Es mi turno.

Sonreí mientras él me ponía crema en los hombros y la espalda. El corazón me latía a mil; me encantaba la forma en que me acariciaba.

Nos dimos la mano y saltamos al agua.

—¡Está genial! —grité. Marcus sonrió de oreja a oreja.

Nadamos hasta la orilla, cortando a brazadas el agua transparente.

Las cámaras seguían grabándonos, así que actué como si estuviera pasando el mejor día de mi vida. En cierto modo, lo era. Jugamos en la playa y nos hicimos arrumacos, corriendo a lo largo de la orilla. Nunca había pisado una arena tan suave. Marcus me abrazaba y yo reía, hasta que una ola nos hizo caer. Era la oportunidad perfecta para jugar fuerte. Marcus se puso sobre mí, lo abracé, nuestros labios se juntaron. Mi cuerpo temblaba al tocar el suyo, y nos dedicamos una seductora mirada llena de intenciones. Los paparazzi llegaron a la playa justo a tiempo para captar nuestro increíble beso. Creo que ellos también se lo estaban pasando bien; las cámaras no dejaban de sonar.

Ahí estábamos, montándonoslo en la playa mientras las crestas de espuma blanca nos envolvían, con las olas rompiendo en la orilla sobre nuestros cuerpos.

Era igual que en las películas románticas, y yo estaba poniendo todo de mi parte en aquel apasionado beso para dar un buen espectáculo ante las cámaras. Nos besamos como si lleváramos años deseándolo.

Cuando se fueron, sonreí.

—Se han ido —dije.

—¿Crees que les ha quedado bien? —preguntó Marcus.

—¡Creo que a mí me ha quedado bien!

Ambos reímos a carcajadas.

Cuando volvimos al barco, Marcus pasó un brazo sobre mi hombro y me condujo al otro lado de la cubierta.

—Mira —dijo.

Una manada de enérgicos delfines acompañaba al barco.

—¡Delfines! —grité.

Cogí mi cámara de fotos, saltando de alegría como una niña pequeña, y disparé una y otra vez. Era algo mágico. La señora Leno se alegraría mucho cuando las viera; se lo había prometido.

Lo pasamos genial el resto del día, y me comporté como la perfecta novia de mentira. Al volver a la ciudad, consentí cada uno de sus deseos y necesidades. Le cogí de la mano y le miré a los ojos, reímos, hablamos en la comida y tomamos copas en un bar tropical. Luego me llevó de compras. Creo que nunca había sonreído tanto. Marcus conseguía, incluso, que me gustara ir de compras.

A la vuelta, tuvimos una romántica cena en la playa. Rodeados de fotógrafos, claro. Miré a Marcus embelesada durante toda la cena. Estaba consiguiendo engañar a todo el mundo, hasta a mí misma.

*

Esa misma noche, más tarde, pusimos un rato la tele para relajarnos en la habitación.

Marcus recibió una llamada y cambió la cadena.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado mi relaciones públicas. Vamos a salir en TMZ, ese programa de cotilleos.

—¿Nosotros? ¡Venga ya!

—Sí.

Vimos el programa hasta que hablaron de nosotros. Uno de los presentadores puso los pies en la mesa.

—¡Oh, sí! Tenemos un poco de acción paradisíaca de lo más caliente.

Acabamos de recibir las imágenes.

Los otros presentadores rieron.

—Parece que Marcus Taylor, nuestro multimillonario favorito, está enamorado. Le hemos pillado montandoselo con una chica en Santo Tomás.

—¿Es alguna amante tropical? —dijo una chica, riendo.

—No, no creo —respondió el presentador—. Parece realmente enamorado.

Deberíais haberles visto. Vaya par de tortolitos.

—No creo que les dure mucho.

—Quién sabe. Hacen buena pareja, y tienen pinta de estar colados uno por el otro.

—Entonces, ¿las flechas de Cupido han dado en el blanco?

—Eso parece. El tío se ha enamorado.

—Bueno, puede que por fin haya crecido un poco.

—Estuvieron bailando como posesos a bordo de un yate de lujo.

—Y parece que hay unas fotos de ellos montandoselo en la playa —dijo la chica.

—¡Así es!

Entonces pusieron nuestras fotos, y no pude evitar sonrojarme.

—Bueno bueno, parece que están locos uno por el otro —dijo el presentador.

El programa hizo una pausa para publicidad, y Marcus apagó la televisión y fue a por algo de beber para los dos.

—Se lo han tragado a pies juntillas.

—¿Ves? —dije dando un sorbo a mi copa de vino—. Soy buena actriz.

Marcus se sentó a mi lado en el sofá y cogió mi mano entre las suyas.

—¿Estabas actuando?

—Te dije que sería digno de Óscar. Y por lo visto, así es. ¿Me he ganado el sueldo?

—Vaya, ese beso fue increíble. Te metiste de lleno en el papel.

—Tú también.

—Bueno, cuando una mujer preciosa me ataca en la playa, no puedo resistirme.

—Se llama “actuar” —dije entre risas—. Todas las estrellas de cine lo hacen.

Solo tienes que ver ese apasionado beso bajo la lluvia de *El diario de Noah*.

—¿Y las estrellas de cine se enamoran en el rodaje?

—Humphrey Bogart y Lauren Bacall se enamoraron. Pero no nos pasará a nosotros. Es solo un papel, Marcus, nada más.

Me guiñó un ojo.

—Me gustaría que probáramos un poco más mañana, si no te importa. Solo por poder practicar para meternos en el papel. Creo que tenemos que perfeccionarlo... necesitamos practicar mucho más.

—Solo espero que no sea mi única aparición en televisión —dije, suspirando.

—Eres una actriz maravillosa. Me has engañado incluso a mí. Si no lo supiera, creería que estás enamorada hasta las trancas.

Me quedé mirándole un momento y sonreí.

—Nadie se enamora tan deprisa.

Marcus dejó su copa de vino en la mesa.

—¿No crees en el amor a primera vista?

—Ni siquiera sé si creo en el amor.

—¿Por qué no? —respondió Marcus levantando una ceja.

—Creí haberlo encontrado una vez, y me llevé un bofetón. Creo que tendré que tener más cuidado la próxima.

—Ya. Por eso yo no pienso arriesgarme de nuevo. También me llevé ese bofetón. No es agradable.

—No, no lo es. —Se me hizo un nudo en la garganta—.

—Por eso solo quiero divertirme.

—Y yo.

Marcus levantó su copa para brindar.

—Por un fin de semana maravilloso.

Chocamos nuestras copas y bebimos.

—Puedes dormir conmigo en la cama —dije.

—Es una oferta muy tentadora —dijo con extrañeza—, pero creo que no podría tener las manos quietas. Es mejor que duerma en el sofá.

Me dio un suave beso de buenas noches en los labios.

—Marcus...

—¿Sí?

—Aquí no hay nadie. No tienes por qué besarme.

—Pero quizá quiera hacerlo —respondió, besándome la mano.

Nos miramos fijamente.

—¿Qué está pasando, Marcus? —dije, acariciando su mejilla.

—No estoy muy seguro. Tendremos que ver a dónde nos conduce esto.

—No estoy lista para algo así.

—Ni yo. Pero no se puede huir del destino.

—Yo debería huir, pero de ti. Eres demasiado peligroso para mi corazón. Y te aseguro que no permitiré que nadie lo vuelva a destrozar en un millón de pedacitos.

—Escucha... si fuera tan mujeriego como dicen, estaría llevándote a la cama ahora mismo. Pero no lo soy. Quizá eso te diga algo sobre mi carácter. Quizá debas darme una oportunidad en vez de hacer caso a todos esos cotilleos.

—Es mejor que mantengamos esto como un acuerdo de negocios —dije en voz baja—. Tú consigues lo que quieres y yo consigo lo que quiero...

Marcus me clavó la mirada.

—No estoy consiguiendo lo que quiero.

—No puedes conseguir una novia así como así.

—¿Es mejor que las contrate, entonces?

—No tienes que comprometerte con las de mentira.

Marcus rió.

—Supongo que no. Pero me lo he pasado genial hoy con mi novia de mentira.

He visto un poquito de cómo sería mi vida si tuviera una de verdad. Y, ¿sabes? Me ha gustado.

Sonreí.

—Entonces, quizá debieras cambiar tu vida de verdad, en vez de inventar que lo haces para conseguir un cliente. Piénsalo.

—Tienes razón. Buenas noches, Rebecca.

—Buenas noches.

Marcus sonrió y se fue a dormir al sofá.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, él ya se había ido, supongo que a alguna reunión de negocios o a engatusar a algún otro posible inversor. Mi agenda del día era prácticamente inexistente. Me habían recomendado que intentara tomar algo el sol. Y ahí estuve, en una de las playas más bonitas del mundo, hasta que por la noche escalé a un banco de roca en la terraza de mi bungalow para llamar a mi madre.

—¿Bex? ¿Eres tú? ¿Por qué me llamas tan pronto?

Había olvidado la diferencia horaria. También había olvidado contar a mi madre dónde estaba y qué estaba haciendo, aunque puede que hubiera olvidado esto último a propósito.

Quería contárselo pero, ¿cómo decirlo? ¿Cómo contarle a mi madre que me había ido al Caribe con un multimillonario famoso que me pagaba para aparentar ser su novia? No parecía una buena decisión, precisamente.

Porque no lo había sido.

No podía contarle a mi madre la verdad. No podía contarle mucho, realmente. Así que me dediqué a escucharla a ella, asintiendo con la cabeza ocasionalmente.

Cuando por fin terminó de contarme su vida, preguntó qué hacía yo.

—¿Qué haces? ¿Estás de camino al café?

Antes siquiera de darme cuenta de que estaba llorando, una lágrima rodó por mi mejilla. La sequé rápidamente.

—Sí... De camino al café.

Cuando colgué un minuto más tarde, dejé caer el teléfono al suelo y apoyé la cara en las manos. Sollocé en silencio, temblorosa, y abracé un cojín. Si me hubieras preguntado, no sabía por qué estaba llorando. Por el amor de Dios, estaba de vacaciones en el paraíso. Debería estar disfrutándolo. Sobre todo porque al día siguiente todo habría acabado. Creo que esa es la razón por la que lloraba; pensar que quizá no volviera a ver a Marcus nunca más me dolía. Quizá me estaba enamorando de él. Era por esos malditos besos. Yo sentía algo, y él no.

Aunque la puerta estaba abierta, unos suaves golpecitos me indicaron que Marcus estaba de vuelta. Tiré el cojín a un lado y me sequé las lágrimas, pero él ya estaba en el porche, arrodillándose frente a mí y acariciándome la espalda para tratar de tranquilizarme.

—¿Qué pasa? —preguntó ansioso, mirando el teléfono que descansaba a mi lado en el suelo—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Te ha llamado alguien?

Bueno, no por nada era el dueño de una corporación multimillonaria.

Siempre se daba cuenta de todo. Pero esta vez estaba algo equivocado.

Meneé la cabeza, pero no fui capaz de emitir una sola palabra. Me quedé ahí, sentada, mordiéndome el labio y tratando de calmarme.

Pero Marcus seguía insistiendo.

—Becca, por favor. Dime qué pasa. —Me acariciaba el pelo, me buscaba con la mirada—. Sea lo que sea, lo arreglaré —espetó sin pensar.

Le sonreí a través de las lágrimas.

—Es la primera vez que me llamas Becca.

Marcus se sonrojó ligeramente y miró al suelo.

—No creía que tuviera derecho a hacerlo —dijo en voz baja—. Pensé que lo reservabas para tus amigos.

—¿Y no somos amigos?

Dos lágrimas más rodaron por mis mejillas. Marcus colocó sus manos a los lados de mi cara y las limpió cuidadosamente con los dedos.

—Creo que sí —dijo, agachándose para mirarme a los ojos—. Eres mi amiga.

Aunque no sé qué soy yo para ti... me pegas y me gaseas bastante a menudo... — No pude evitar sonreír. Marcus, satisfecho, se apoyó en los talones—. Esa es la sonrisa que quiero ver.

Esperó un minuto hasta que por fin recobré el aliento y me compuse. Cuando pensé que tenía todo controlado, puse mi mejor cara “normal”.

—¿Qué tal fue la reunión de anoche? ¿Hablaste con Takahari sobre la fusión?

—Eso no es lo que...

Una extraña expresión cruzó por su cara. Entornó los ojos, como si me viera por primera vez. Abrió la boca, pero en vez de responder a mi pregunta bajó la cabeza. Cuando habló, su voz era suave y tranquila.

—Por favor, dime lo que pasa.

Pero mi multimillonario no podía arreglar ese problema.

Sonreí, negué con la cabeza y guardé mi teléfono. Marcus entendió que el tema estaba cerrado, pero en vez de darse por rendido probó una táctica diferente.

—¿Quieres venir conmigo a la playa?

Le miré, sorprendida.

—¿Ahora?

Todo estaba a oscuras, la playa iluminada solo por la luna llena que se reflejaba en las crestas de las olas.

—Si quieres —dijo, sonriendo y ofreciéndome su mano.

Consideré su oferta un segundo y entrelacé mis dedos en su mano abierta.

Quería, claro. De hecho, tenía muchas ganas.

Minutos más tarde, ya estábamos en la playa.

—¿Está fría? —pregunté desde la orilla.

Marcus ya tenía medio cuerpo dentro del agua. Cuando me oyó hablar, se dio la vuelta y me dedicó una sonrisa encantadora. La luna iluminaba sus rizos con un halo plateado, y sus ojos eran del color del mar bajo las estrellas.

—Más caliente de lo que crees —dijo, extendiéndome una mano—. Vamos.

Tenía razón. Cuando metí el pie, el mar estaba tan cálido como el agua de una bañera. Me sumergí rápidamente. No era una playa tranquila, desde luego. Era de esas en las que los niños adoran jugar y saltar de día. Las olas no eran demasiado altas, pero aún así las más grandes me lanzaban hacia atrás y me hacían gritar.

Marcus reía a carcajadas.

—¿Te da miedo mojarte?

Mi respuesta fue un sonoro muro de agua contra su cara; tras ocho años en un equipo de natación, podía lanzar agua a los demás como una profesional.

Marcus dio un paso atrás, tosiendo y quitándose el agua salada de los ojos.

—Serás...

Un segundo más tarde, cargaba en mi dirección. Grité y corrí en busca de cobertura, pero no fui lo suficientemente rápida. Se me daba bien salpicar a los demás, pero Marcus me sacaba una cabeza y sus brazos eran bastante más fuertes que los míos. Al poco tiempo, los dos estábamos empapados.

—¿Dónde has aprendido a ser así de bruta? —preguntó jadeante, quitándose el pelo de los ojos.

Me encogí de hombros y solté una risita.

—Tengo un hermano mayor, Max. En mi familia, o matabas o estabas muerto.

Se aseguró de que pudiera valerme por mí misma.

—Hermano mayor —rió Marcus—. Vale, lo tendré en mente.

Reímos juntos en la playa desierta hasta llegar a un incómodo silencio. No había ni un alma a la vista, nadie ante quien representar nuestro papel. Estábamos solos él, yo y todas esas preguntas sin respuesta.

Al poco, Marcus carraspeó, visiblemente incómodo.

—Escucha, Becca, hay algo que deberías saber. Cuando te fuiste del barco anoche, yo...

—¡¡Mira eso!!

Di un salto atrás al ver la gran ola que venía hacia nosotros. Marcus me abrazó, protector, mientras el agua caía sobre nosotros. Nos quedamos quietos como estatuas, jadeando y parpadeando para limpiarnos los ojos del agua salada.

—Lo siento —dije, mirándole—. No me di cuenta de...

Entonces me besó.

No había nadie alrededor. No había nadie más que nosotros.

Devolví el beso.

Vale... Definitivamente, sin duda, esto es más complicado de lo que pensaba...

Capítulo 22

De vuelta en la habitación, decidimos tomarnos un tequila. Solo uno.

Miré a Marcus a los ojos, seductora, y acaricié lentamente sus labios.

—Sabes cómo va, ¿no? Lamer, tragar, chupar.

Marcus negó con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

Cuando tomó el suyo, eché un poco de sal en su cuello e hice que sujetara la rodaja de limón con los dientes. Creo que se sorprendió cuando apoyé el vaso en su pantalón, justo encima de la cremallera.

—Rebecca, no voy a poder dormir en la misma habitación que tú.

—¿Te estoy poniendo cachondo para nada? Eso es lo que hacen las novias de verdad, ¿no?

Marcus rió a carcajadas.

Lamí la sal de su cuello. Gimió suavemente mientras mi lengua subía lenta hasta su oreja. Después, me arrodillé a por el tequila. Y juraría que podía oír su corazón latiendo a mil cuando mordí la rodaja de limón de su boca.

Fue tremendamente erótico, tremendamente sensual.

—Me estás provocando —dijo.

Cuando trató de besarme, le paré los pies.

—No, no, de eso nada. Eso es solo cuando hay cámaras alrededor. No veo ninguna por aquí, ¿y tú?

Me abrazó fuerte, pegándose a su cuerpo.

—Estás buenísima.

Le miré a los ojos y le di un suave beso en los labios.

—Buenas noches, Marcus.

*

Volví a tener ese estúpido sueño del dragón, solo que esta vez no fue él quien se convirtió en un puzzle, sino yo. Lo último que vi fueron sus ojos, verde océano, que miraban como yo caía en un millón de pedacitos, chamuscados y ardientes. Y

entonces desperté, nerviosa, tocándome el pecho, jadeando.

Putos sueños.

Había conseguido dormir toda la noche del tirón. Me puse la bata del hotel, salí de puntillas de la habitación y miré al sofá. Ya estaba arreglado y vacío, y Marcus había dejado una nota en la almohada; ya conocía de sobra su caótica letra: *He ido a por algo a la ciudad.*

Tienes el desayuno en la mesa.

La gala es a las tres.

Llevo toda la mañana sonriendo. No puedo dejar de pensar en ti.

- Marcus

Sonreí. ¿En serio habría estado pensando en mí? ¿O era parte de nuestro papel? En la mesa había un plato de fruta, croissants y zumo. Y, escondida tras el periódico del día, una bolsa de Cheetos. No pude evitar sonreír de oreja a oreja mientras la abría. Me aliviaba un poco que Marcus estuviera fuera. Después de lo que había pasado en la playa... no tenía ni idea de qué decirle.

Había sido solo un beso. Nada más. Nunca dejamos que fuera a más. Fue tierno, y apasionado, y me dejó sin aliento, pero era solo un beso.

Solo que... era mucho más.

En el país de Marcus y Rebecca, si dos personas se besaban y no había nadie para verlo, ¿pasaba de verdad?

Cogí la bolsa de Cheetos y volví a mi habitación, con la pregunta revoloteando constantemente en mi cabeza. No tenía respuesta para eso. La gala era en pocas horas... y los dos teníamos trabajo que hacer.

En la puerta de mi habitación había una funda colgada, que no había visto hasta entonces, con una etiqueta de papel con mi nombre.

Lo había olvidado; casi desde que Marcus y yo firmamos nuestro acuerdo, su gente había estado preparando un vestido de fiesta para mí. Me habían tomado un millón de medidas y me habían enseñado un millón de bocetos distintos, pero no tenía ni idea de lo que habrían hecho.

Descolgué la percha de la puerta y corrí al baño a darme una ducha. La gala era a las tres, y faltaban poco más de cuatro horas. En este mundo de extravagantes sofisticaciones, ya se me había echado el tiempo encima.

*

Alguien llamó a la puerta con unos suaves golpecitos. El corazón se me paró por un segundo; miré nerviosa desde el espejo. Me habían peinado en un elegante recogido, sujeto en el lateral con una brillante horquilla de Swarovski. El maquillaje, aunque aplicado cuidadosamente, era mínimo; solo un poco de máscara e iluminador sobre los ojos. Con eso y un ligero gloss aguantaría toda la noche. Por lo visto, mis estilistas confiaban en mí.

—Entra.

Marcus asomó la cabeza, pero se quedó en el quicio de la puerta, nervioso.

—Estás... ¿visible?

Me apreté aún más el albornoz, consciente de que la pregunta no tenía sentido alguno. Anoche,

por ejemplo, llevaba bastante menos ropa, cuando...

—Claro, pasa.

Marcus entró y cerró la puerta silenciosamente tras de sí. Aunque faltaba una hora para la gala, ya estaba vestido. El esmoquin le quedaba impecable, a medida, y le daba ese aspecto intimidatorio y encumbrado del que tan orgulloso estaba. Vi que llevaba gemelos de diamantes.

—¿Qué? —preguntó nervioso—. ¿Tengo algo en el...?

—No, no, estás muy guapo. —Entonces me percaté de que llevaba un paquetito en las manos—. ¿Qué es eso?

—¿Qué? Oh... —Miró el paquetito y se acercó a mí—. Es para ti. Es... va a juego con el vestido.

Me lo alargó en silencio, y lo abrí con dedos temblorosos. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado justo antes de nuestro gran evento? ¿Por qué narices tuve que meterme en el agua con él, más sabiendo que los tiburones cazan de noche?

¿Por qué...? ¿Por qué ha usado tanta cinta adhesiva!?

Enarqué una ceja mientras intentaba abrirlo. Marcus frunció los labios; por primera vez en mucho tiempo, la tensión del ambiente se había disuelto.

—¿Necesitas ayuda?

—No, creo que ya está —respondí sonriendo. Conseguí abrir el envoltorio por fin. Al levantar la tapa de la cajita, me quedé boquiabierta.

Un millar de brillantes diamantes refulgían ante mí, cortados en largas esquivras que no parecían seguir un patrón común. Cuando lo tuve en las manos, vi que era un collar. Un collar para toda una Reina de Hielo. Pálida, levanté la vista justo en el momento en que Marcus se colocaba a mi espalda para ponérmelo.

—¡Es precioso! —susurré mirándome al espejo—. ¡Gracias! ¡Oh, Dios mío!

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

No reconocía a la chica que me miraba al otro lado del espejo. No tenía nada que ver con esa joven pálida, de rasgos finos pero ambiguos, que se buscaba la vida en Los Ángeles como podía. Esta chica era una persona completamente distinta.

Era algo más. Una persona nueva.

—¿Es un préstamo?

—No... es para ti.

Los dedos de Marcus acariciaron mi nuca, y levanté la vista del collar para mirarle a través del espejo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, clavamos la vista uno en el otro. Marcus me miraba sonriente, con una extraña ternura que suavizaba su rostro.

—No puedo... —titubeé mirando de nuevo el collar— Es demasiado, incluso para ti.

—Quédatelo. Por favor.

Sus dedos se retiraron de mi nuca, dejando a su paso un reguero de piel ardiente. Cuando vio mi expresión de tristeza, las comisuras de su boca dibujaron una casi nostálgica sonrisa.

—Así te acordarás de mí.

Se fue antes de que pudiera abrir la boca, dejándome de pie, frente al espejo, con un millón de cuchillos de diamante colgando de mi cuello. Se fue antes de verme llorar. Sabía que nada de todo aquello era real. ¿Por qué estaba dejándome llevar tanto? Había intentado ser distante con él. Sabía qué clase de tipo era Marcus, sabía de qué iba. Era uno de esos hombres que ninguna mujer podría domesticar. Para él, esto no sería más que una gran conquista. Intenté ser fuerte, dejar de besarle. Recordarme a mí misma una y otra vez que era todo mentira. Era de vital importancia mantener los

sentimientos fuera de esto. Era solo un papel.

Enamorarte del coprotagonista era un gran, grandísimo error.

Oí que la gala comenzaba incluso antes de salir de mi bungalow. Las notas de Stravinsky se colaban por la ventana abierta; era hora de irse. Me encontraría con Marcus allí, así que eché un último vistazo a mi aspecto en el espejo y salí sola. De camino, me crucé con muchas parejas. Seguí los bolsos extragrandes y las nubes de colonia hasta que conseguí llegar a lo alto de la gran escalinata.

Era como un cuento de hadas y, por primera vez en mi vida, estaba en el sitio en que debía estar.

Todos los pares de ojos se posaron sobre mí mientras bajaba la escalera.

Flotaba, más que caminar. En cualquier otra circunstancia, estaba segura de que me habría caído. Pero esta vez todo mi mundo era tan irreal, tan perfecto, que nada podría pasarme.

Era otra vez la chica del espejo. Había llegado para quedarse.

Mi vestido era del color de la nieve recién caída. Bastante sencillo, de hecho, comparado con muchos de los modelitos que se veían por allí, pero era precisamente esa sencilla elegancia lo que le hacía sobresalir sobre el resto. Se ceñía como una segunda piel, cayendo de forma natural hasta los pies. Las tiras de gasa que caían por mi espalda desde los hombros ondeaban lentamente mientras descendía las escaleras, como pequeñas alitas, y solo llevaba como complemento el collar de diamantes. Pero, por cómo me miraba todo el mundo, era más que suficiente.

—Rebecca...

En cuanto puse el pie en el último escalón, Marcus se abrió camino a través de la multitud, apartando a la gente para llegar hasta mí. Cuando estuvimos frente a frente, sonrió radiante y cogió mi mano.

—No sé qué crees que estás haciendo —susurró en mi oído—. ¿Acaso tratas de eclipsarme en mi propia fiesta?

Sonreí y apoyé una mano en su nuca, poniéndome de puntillas para hablarle al oído.

—¿Sabes qué? Vamos a buscar un lavabo y nos cambiamos. Puedes ponerte tú el vestido.

—Ni lo sueñes, Rebecca —respondió riendo a carcajadas.

Sofoqué la risa. Apoyé la mano en el brazo de Marcus y miramos a los invitados. Todas las miradas estaban puestas sobre nosotros, como si estuvieran conteniendo el aliento. Un hombre salió de la nada y entregó a Marcus un micrófono.

—Señoras y caballeros, les doy la bienvenida a mi humilde fiesta.

Humilde. Solo Marcus calificaría algo así de “humilde”.

—Quiero dar las gracias a todos. Sus donaciones han hecho posible esta gala.

Unas cuantas personas, aparentemente algo bebidas, levantaron sus copas en agradecimiento desde la barra del bar.

—Así que, sin más dilación, ¡que comience la fiesta!

Oí el *pop* de una botella de champán descorchándose. Para mí y para Marcus, la noche no había hecho más que empezar...

Me cogió de la mano y me llevó con él de grupo en grupo. En la pequeña sala de baile se habían congregado más de mil personas, desde dignatarios internacionales hasta campeones de la NASCAR, y todos parecían conocer a Marcus y querer estrecharle la mano. Por supuesto, en cuanto le saludaban, inmediatamente querían conocer a la nueva pareja del señor Taylor. Creo que, en solo dos horas, estreché un millón de manos y besé otro millón de mejillas. Al principio de la segunda hora, ya estaba agotada. Tanta repetición era agobiante.

No sé cómo Marcus podía soportarlo. Pero si él podía, yo también.

Mantuve mi sonrisa inalterable mientras cruzábamos de un lado a otro de la sala representando nuestro número. ¿Seguía siendo un número? Creo que ninguno de los dos lo tenía muy claro.

Lo único que sabía seguro, en esa habitación llena de gente, es que nuestros dedos estaban entrelazados como salvavidas, como si solo nos tuviéramos uno al otro.

Y al día siguiente todo habría acabado.

Pasábamos de grupo en grupo sonriendo, saludando y brindando como si la vida no pudiera ser mejor. Acariciándonos a escondidas en momentos “privados”

en los que creíamos que nadie nos prestaba atención. Posando estratégicamente para las fotos y apoyando mi cabeza en su hombro casualmente cada vez que un director financiero pasaba ante nosotros.

Fue el papel de mi vida. Cuando por fin terminamos de saludar y hablar con todo el mundo, habría jurado que de verdad éramos novios.

—¿Qué dices? —susurré en el oído de Marcus cuando conseguimos dejar al último grupo de gente—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, vámonos —dijo asintiendo con la cabeza—. Pero... tengo que anunciar una cosa antes.

—Claro, cielo.

Me besó en la mejilla.

—Gracias por apoyarme.

Le di una palmadita en el brazo y sonreí.

—¡A por ellos, tigre!

Marcus se fue al centro de la sala. Yo me quedé mirándole, pero enseguida desapareció entre la multitud. Cuando llegó al escenario, la orquesta dejó de tocar.

Parecían sorprendidos. Miré a los empleados de Marcus, preguntándome qué pasaría.

—Siento la interrupción —dijo por fin—. No podía dejar que nadie se marchara sin hacer un último anuncio. Como casi todos vosotros sabéis, hoy estoy aquí con una persona muy cercana a la que quiero con todo mi corazón. Una persona que lleva poco tiempo en mi vida, pero que me ha hecho ver las cosas con una perspectiva diferente.

El tiempo se paró. Marcus levantó una mano y me invitó a acercarme.

—Rebecca, ¿te importaría subir aquí?

Sonreí mientras la multitud aplaudía y me daba grititos de ánimo. Caminé lentamente hacia el escenario, mirando a los ojos de Marcus todo el tiempo. ¿Qué as estaría guardando bajo la manga? ¿Iba a revelar nuestro secreto? ¿Haría un acto de contrición final para demostrar que se había convertido en una persona nueva?

Mil pensamientos cruzaron mi cabeza hasta que llegué a su lado. No sería capaz de revelar lo nuestro, ¿no? Miré nerviosa sus ojos océano. Por una vez, Marcus parecía tan nervioso como yo.

Marcus hincó una rodilla en el suelo y se llevó una mano al bolsillo.

—¿Qué haces? —susurré.

Por una vez, no hubo fingimiento entre nosotros. Marcus me miró con la más cálida de sus sonrisas.

—Rebecca —dijo, clavando la vista en mí—, me conoces mejor que cualquier otra persona en este mundo y, aun así, me quieres. Eres mi mejor amiga, mi único amor. Nunca olvidaré la primera vez que nos vimos en ese pequeño café. La química entre nosotros fue explosiva y poderosa, más profunda e inexplicable que cualquier cálculo. No puedo siquiera describir lo que sentí, y no es algo que se pueda forzar o replicar. Es algo que fluye en nosotros, entre nosotros, y que va con nosotros donde quiera que vayamos. Ese sentimiento es el que nos ha traído hoy aquí, al Caribe. Me robaste el

corazón aquel día en el café, y quiero que lo tengas para siempre.

Miré a Marcus, bloqueada. No podía creerlo.

Sacó un brillante anillo de diamantes y lo deslizó en mi dedo.

—Rebecca White... ¿quieres casarte conmigo?

Oh, ¡qué hijo de puta!

Continuará...

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web: www.babelcubebooks.com